

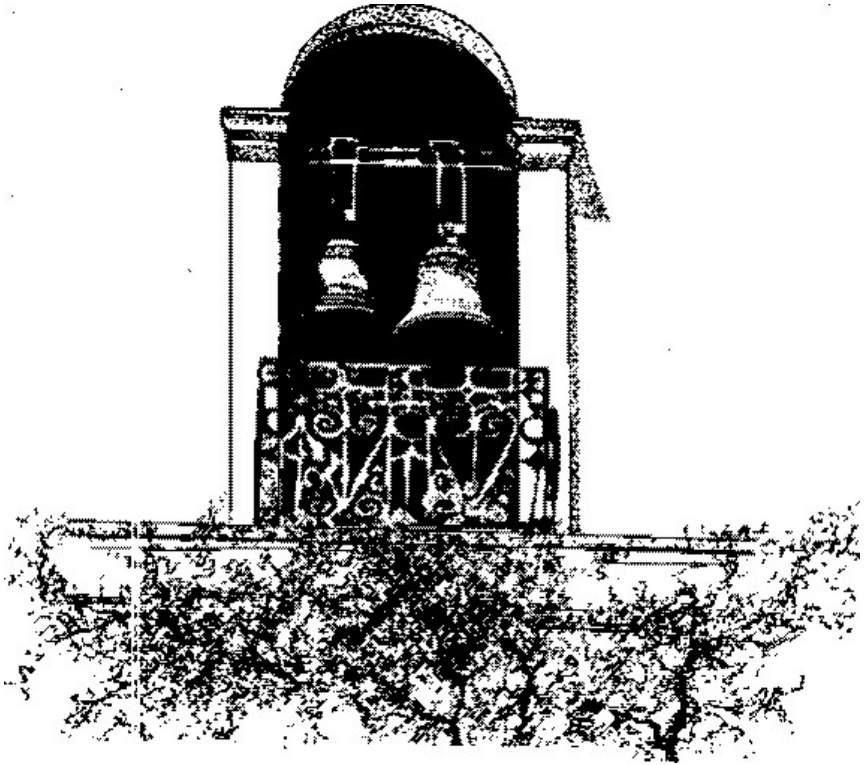
CUENTO POPULAR ANDINO



IADAP

ECUADOR

Ecuador



CAMPANARIO PALACIO PRESIDENCIAL QUITO - ECUADOR

Ediciones
Instituto Andino de Artes Populares del
Convenio “Andrés Bello”
Casilla 91-84 - Sucursal 7
QUITO - ECUADOR

ECUADOR:
Selección y Textos
Abdón Ubidia

Portada: Sacha - runa
Fiesta de Cotopaxi

ANTOLOGÍA DEL CUENTO POPULAR ECUATORIANO	PÁG.
PRÓLOGO	9
LOS CUENTOS	10
LA LEYENDA	12
LOS RELATOS	15
LOS CASOS	18
1. LOS CUENTOS	19
CUENTO DEL PATOJO	20
EL HERMANO RICO Y EL HERMANO POBRE	22
CUENTO DEL TIGRE Y EL CONEJO	23
LA REINA MORA	25
UNA NIÑA OCIOSA PERO MUY DEVOTA	26
LA PRINCESA LA CARA DE LA NECESIDAD	28
CUENTO DEL RECIÉN NACIDO Y EL GIGANTE	30
EL CULEBRÓN DE SIETE CABEZAS	34
LAS TRES HERMANAS	37
LA SAPA	38
EL LAGO DEL DIABLO	41
PAJARO VERDE	42
EL PADRE ENVIDIOSO	43
EL DUENDECILLO	46
LA MATA DE AJÍ	47
2. LAS LEYENDAS	49
LA VIUDA DEL TAMARINDO (Guayaquil)	50
EL PADRE ALMEIDA	51
EL CANDELERO (Quito)	54
EL SEÑOR DE SARABIA (Cotopaxi)	58
EL ERMITAÑO DE RIOBAMBA	60
LA CAJA RONCA DE SAN FELIPE (Ibarra)	63
EL CUCURUCHO DE SAN AGUSTÍN (Quito)	66
LA DAMA TAPADA (Guayaquil)	68
LA MANO NEGRA (Quito)	69
EL UÑAGUILLI (Tungurahua)	70
3. LOS RELATOS MÍTICOS	73
MITOS PREHISPÁNICOS	
EL ORIGEN DE LA LEYENDA DEL DORADO	74
VIRACOCHA	77
MITOS DEL DILUVIO	80
MITOS QUICHUAS ANDINOS	
EL ORIGEN DE LA LAGUNA YAGUARCOCHA	82
LOS HIJOS DELCHIMBORAZO	83

EL ORIGEN DE LAS PULGAS	83
EL CHUSALUNGU	85
EL PADRE IMBABURA CASTIGA LA ENVIDIA	87
MITOS QUICHUAS DEL ORIENTE	
LA GUATUSA	90
EL BULLO COCO	91
LA LOMBRIZ	92
GUAGRA PUMA	93
LA COTO BOA	93
MITOS SHUAR	
EL UNIVERSO	94
TSUNKI INUNDA LA TIERRA	95
NUNKUI CREA LAS PLANTAS	95
NUNKUI ENTREGA LA ARCILLA	96
IWIA MATA A LA MADRE DE E TSA	96
E TSA HIERE A SU HERMANO NANTU	97
LOS SHUSHUI Y LOS TUYA DAN COMIENZO A LAS	97
GUERRAS POR ESCASES DE ALIMENTOS	97
LOS APACHI (blancos) DE DOS CARAS	98
TSUNKI	99
MITOS CAYAPAS: PROVINCIA DE ESMERALDAS	
LOS TRUENOS	100
EL JAGUAR	101
EL MUNDO	101
HECHICEROS Y ESPÍRITUS	102
4. LOS CASOS	103
ENTIERROS	104
EL CASO DEL JUDIO ERRANTE	104
LA CABEZA DEL POTRERO	105
EL CASO DEL HOMBRE QUE NO TENIA HIÉL	106
CASOS DEL HOJARASQUIN, EL POLLO DE LAS ANIMAS, ETC	107
EL CASO DE AQUILINO	108
CASO DE UNA APARICIÓN	108
DON NICO Y EL DIABLO	109
EL COME MUERTO	110
LA VIUDA BANDIDA	111
LOS BRUJOS DE MIRA	111
EL DUENDE	112
EL CARRO DE LA OTRA VIDA	112
EL ENTIERRO DE CAMPRESTINA	112
LA CHORRERA DE LA VIUDA	123

EL CHURO DE MAMA ÚRSULA	113
PACTOS CON EL DIABLO	114
EL CONDE DE LOS LAGARTOS	115
UN DIFUNTO QUE ANDABA POR LAS NOCHES	116
EL LAGARTO ENCANTADO EN ÉL RIO GUAYAS	118
LA SEÑORA QUE MATO AL BEBE	118
EL CASO DEL BANQUERO	120
UNA LUZ EN EL MAR	122
EL DIABLO	122

ANTOLOGÍA DEL CUENTO POPULAR ECUATORIANO SELECCIÓN Y PROLOGO: ABDON UBIDIA

PRÓLOGO

La Literatura popular siempre fue, originariamente, un producto oral. A esta característica debemos añadir otros dos rasgos importantes: es también una literatura tradicional (que se transmite de generación en generación) y anónima (puesto que no cuentan en ella los autores individuales).

Los denominados “cuentos” ocupan un lugar privilegiado en la literatura popular. Con ese nombre genérico se conocen diversas manifestaciones del relato popular que no pueden calificarse, en estricto sentido como “cuentos” Los relatos míticos tanto de las comunidades primitivas como los que sobreviven en las parcialidades indígenas de la Sierra, las leyendas urbanas que a pesar de lo fantasioso de sus argumentos mencionan personas hechos o lugares reales; los denominados “casos” o relatos fragmentarios que narran supuestos testigos presenciales, mantienen, con los cuentos” notables diferencias de estructura e, incluso, de procedencia.

*A partir de esta constatación y basándonos en trabajos anteriores hemos elaborado una tipología que define, creemos eficazmente, esto es, sin riesgo c/e equívocos, cada uno de los rubros que Carvalho-Neto sugería ya en su obra **El cuento folklórico ecuatoriano** (13): 1) los cuentos propiamente dichos, 2) las leyendas, 3) los mitos y 4) los casos. Las diferencias entre cada uno de estos géneros serán dadas, en lo que sigue, por el grado de ficción” y de “realidad” que contienen y, desde luego, por la funcionalidad o razón de ser que presentan al interior de los grupos humanos que refieren esta clase de relatos.*

LOS CUENTOS

Las definiciones abundan. Y son muy diversas. Prácticamente cada estudioso tiene la suya propia. Abundan también las clasificaciones. Igual ocurre con los métodos de análisis del cuento popular (68).

Sin duda alguna el más importante tratadista del tema es el ruso Vladimir Propp. Sus fascinantes trabajos **Morfología del cuento folklórico** (48) y **Las raíces históricas del cuento** (49) son imprescindibles para comprender esta forma de la literatura oral tan difundida y persistente en todos los pueblos del mundo.

En la *Morfología Propp* establece las precisas, complejas, refinadas leyes que guían la composición del cuento folklórico. En **Las raíces históricas**, en cambio, rastrea los orígenes lejanos de los diversos motivos que ese género evoca. En esta obra el autor define a los cuentos, al menos a los maravillosos, como relatos míticos que han perdido su función sagrada.

Este aserto podría entenderse también como que los cuentos ya no mantienen una estrecha relación con la cultura que los produjo. O que han sido adoptados por otras culturas de una manera menos exigente, acaso burlona. Lo cual es verdad. Un cuento popular es, a primera vista, un objeto lúdico cuya principal misión parece ser la de entretener. Es cierto que un análisis detenido puede decodificar ciertos elementos ideológicos que perduran en una u otra sociedad, y que justifican {a adopción por parte de un grupo humano de un cuento cuyos orígenes se encuentran en el otro extremo del planeta y, casi siempre, remontados a la antigüedad. Pero esto no desmiente, en un nivel primario, su

carácter ligero, su impunidad, su desarraigo. Y no es ninguna coincidencia que en él no se mencionen lugares ni personajes reales: no importan. En apariencia es el puro ejercicio de la ficción lo que cuenta allí. Y en ese sentido, su relativa independencia con respecto a la historia, le ha garantizado al cuento popular su universalidad, su difusión y la posibilidad de perdurar en el tiempo de un modo vivo y dinámico, cosa que no ocurre en lo que respecta a los mitos y a las leyendas.

Por nuestra parte, en la presente “Antología”, vamos a entender al cuento en referencia a las otras formas de la literatura popular que ya hemos mencionado. Es decir que vamos a prescindir de las descripciones de estructura e historia -tan ricamente estudiadas en la actualidad- y a ubicar, en cambio, a este género dentro del conjunto de la narrativa oral, considerando por cierto sus conexiones con los hechos de la realidad.

En efecto, leyendas, mitos, casos y cuentos mantienen con respecto a los referentes, concretos, verdaderos, relaciones diversas. Como hemos visto, en el cuento esa relación es nula. Predomina en él la dimensión imaginaria. Entonces podemos definirlo como “una composición que pone en escena seres imaginarios que efectúan acciones imaginarias en lugares imaginarios”.

Esta definición comprende únicamente a los referentes concretos: personas, sitios, acontecimientos. Los otros referentes, ideológicos y culturales, pueden ser detectados, desde luego, si se conoce bien el grupo humano en el que se narran los cuentos. Pero en ese caso nuestra definición puramente empírica ya no es suficiente. Entendido así, el cuento popular pierde su iroscencia: siempre será posible encontrar las razones por las cuales una se ziedad produce o recepta un cuento. Razones profundas a veces; otras, lv simple voluntad de un sector de esa sociedad de ironizar, de ridiculiza’ su propio código cultural.

En el Ecuador existe una abundante masa de cuentos populares. Ubicados convenientemente en sus coordenadas sociales y culturales, pueden servir de base a un rico estudio antropológico. Hay en ellos tras-fondos muy sugestivos. Toda una gama de temas que afirman o impugnan, por ejemplo, nociones como el mestizaje, la autoctonía, la no-autoctonía, la juiticia de los débiles (héroes en la mayoría de los cuentos), la legitimidad de los poderosos, lo religioso, lo profano, etc. Existen cuentos de un tiunfalismo que no reconoce sino la moral -antifilial, antirreligiosa- de la supervivencia como el “cuento del Patojo”, en donde el héroe luego de obtener dinero con el cadáver de su madre, miente, estafa y mata a sus hermanos mayores y vive tranquilo y feliz con el producto de sus fechorías. Y existen otros, por el contrario, como “La reina mora”, que debidamente contextualizados -en la Colonia en este caso-, nos remitan a la afirmación de un código moral estricto que, por ejemplo, desde ei punto de vista de “los blancos” prohíbe el mestizaje.

LA LEYENDA

A diferencia de los mitos las leyendas son productos de lo que se conoce como Occidente. Y su tiempo histórico es el del precapitalismo. Las sociedades feudales europeas y las sociedades coloniales de América Latina, por ejemplo, son los típicos escenarios en donde tienen lugar los sucesos que narran. El mundo moderno las conserva sí, pero relegadas a su papel de antiguallas, como testimonios de un tiempo ya perdido.

Hay una tradición en el relato mismo de las leyendas urbanas. Se trata de un discurso que a fuerza de ser común y repetido debemos acatarlo así, como la manera propia, como la morfología específica de las leyendas. En principio nos encontramos con una explicación cuyo propósito es fundamentar una cierta validez histórica. Lugares, fechas, hechos, nombres de personas, son consignados a veces exhaustivamente. Algunos transcriptores emprenden verdaderas investigaciones históricas antes de empezar a referir sus relatos, de modo que el puro universo de la ficción encuentre así una encajadura real que lo califique como verosímil.

No siempre los informantes o transcriptores ponen énfasis en los elementos fantásticos de las leyendas. En muchas ocasiones ocurre precisamente lo contrario: algunos elementos que parecían configurar una trama sobrenatural, son desmentidos con una explicación de absoluto corte realista. Lo cual nos lleva a admitir que el elemento fantástico es algo que debe ser confirmado o desmentido según sea la voluntad del informante. En determinadas leyendas el carácter “documental” es su única materia: acontecimientos pintorescos, personajes exóticos, gestas históricas son registrados allí con el deliberado interés de desmitificar las tabulaciones populares que en torno a aquellos se hubieren creado.

En este punto estamos ya en condiciones de definir a la leyenda como “una composición en donde por lo menos uno de sus elementos (seres, lugares o hechos) es probadamente real”.

Aparte de esa “función inicial” () consagrada a fundamentar la validez histórica de los eventos narrados, existen en las leyendas otras dos “funciones”*

(*) Extendemos a las “leyendas” la terminología que Propp, en sus análisis, aplica a los “cuentos”

que son los auténticos soportes de su estructura: las llamaremos “Profanación” y “Castigo”.

Obsérvememos algunos ejemplos en el siguiente cuadro:

LEYENDA	PROFANACIÓN	CASTIGO
El Padre Almeida	El P. Almeida por irse de juerga sale del convento apoyándose en un gran crucifijo	En una revelación sobrenatural el P. Almeida asiste a su propio entierro
El señor de Sarabia	Enfermo de lepra enriquecido por una mina de oro, lleno de soberbia blasfema	Se abren abismos en la tierra. Lluve fuego y el S. Sarabia desaparece
El candelero de Sanrancisco	Estudiante bromista profana un cadáver	El cadáver lanza con tal fuerza un candelero que deja en la puerta de S. Francisco una huella
El ermitaño de Riobamba	Ermitaño profano, enloquecido la eucaristía	El pueblo lo lincha. Lluve sangre sobre la ciudad
El aparecido de Sanjuancalle	Un hombre resuelve asustar a su amigo. Se viste de alma en pena (Falsa aparición)	El amigo lo “castiga” enlazándolo y arrastrándolo con su caballo. (Castigo terrenal)
La caja Ronca de San Felipe	Joven acompañado de un amigo desobedece involuntariamente una orden de su padre	Son atacados por uno de los endemoniados de la Caja Ronca. Caen desmayados. Se despiertan sosteniendo cirios que luego se convierten en canillas de muerto

Estas dos funciones, Profanación y Castigo, observables en todas las leyendas no-épicas nos permiten acceder al contenido profundo de esta clase de narraciones: ellas, a diferencia de los “cuentos”, afirman siempre los “valores establecidos” de una sociedad.

Y a propósito, cabe citar aquí una importante consideración de Bolívar Echeverría : “Un mito -al interior de la sociedad que lo creó- justifica y explica la vigencia de un código cultural, en su intento por aprehender lo natural. Por eso nos remite siempre a los orígenes de una cultura, al tiempo de la fundación de su código. La Leyenda, en cambio, tiende a reafirmar el código cultural, poniendo en escena sujetos que lo respetan (17).

Ahora bien, lo anterior se cumple de una manera directa en el tipo de leyendas heroicas. En las leyendas no-épicas (las historias de ultratumba, por ejemplo),

que a nivel popular son las más difundidas, los protagonistas no sólo “respetan” sino que se ven forzados, obligados a respetar un código cuya observancia en algún momento descuidaron. Tales protagonistas son, pues, una suerte de anti-héroes cuya voluntad transgresora siempre es vencida por fuerzas naturales o sobrenaturales que acuden en auxilio de los “valores establecidos”. En las leyendas medievales europeas (26) y en las americanas de la Colonia, funciona el mismo esquema: un mundo impregnado de religiosidad somete y reeduca a / os posibles descarriados.

En las historias de ultratumba hay una larga serie de motivos que se repiten con frecuencia: la espuma en la boca de quien presencia una aparición, el arrastrar de cadenas, los fuegos fatuos, la hora tenebrosa de las 12 de la noche, las canillas de muerto, la bella muchacha que no es sino una forma engañosa de la muerte, etc. Todos estos motivos configuran un universo específico en donde se cumplen otras leyes que las del mundo conocido. Pero, paradójicamente, esas otras leyes sólo se manifiestan cuando las de “este mundo” han sido violadas. La moraleja subyacente apunta, entonces, al fiel cumplimiento de estas últimas. Tal es en el fondo, el discurso de las leyendas de aparecidos.

En lo que tiene que ver con las leyendas recopiladas en esta “Antología”, cabe una aclaración. Dijimos antes que la literatura popular es fundamentalmente oral. Por ello lo ideal sería compilar sólo las versiones orales de esta literatura, sin añadir ni enmendar nada. En general esto es posible hacer con los cuentos, los mitos y los casos. Con las leyendas -sobre todo urbanas-, por el contrario, nos vemos abocados a una dificultad: los transcritores y recopiladores de estos relatos, han hecho una tradición suya el recrearlos literariamente, ampliándolos como vimos, con datos históricos eruditos y adornándolos con malabares de estilo e incluso con latinajos (18). Cada ciudad del país tiene sus recopiladores célebres. Y sus libros son ampliamente difundidos en un gran sector de la población. Por eso no sería errado hablar, entre nosotros, de la existencia de una literatura popular especialmente “escrita” que conserva, empero, más allá de los tropos literarios, mucho de su sabor original. Enfrentados a este fenómeno, exclusivo de las colecciones de leyendas, no tuvimos más remedio que consignarlas así en nuestra “Antología”, tal y como las encontramos transcritas, aunque en algún caso hayamos recogido también una leyenda referida oralmente por un informante de excepción.

LOS RELATOS MÍTICOS

En la actualidad los mitos puros sólo funcionan en plenitud en el seno de las denominadas “sociedades primitivas”, ajenas por completo a la noción de “progreso” y que tienden a permanecer en sí mismas, sin modificarse. En ellas los mitos conforman, según lo ha demostrado Lévi-Strauss (32), un bólido cuerpo de ideas imbricado en la estructura misma de la organización social. Sagrados, incuestionables, los mitos se constituyen en la expresión necesaria de la procedencia de todos los seres del mundo conocido por estas sociedades. Justifican así el origen del agua, el fuego, el aire, la tierra, los montes, los ríos, las plantas, los animales, el hombre mismo, su nacimiento, su muerte, etc. Hay una historia que ilustra cada suceso cósmico. Y es más, en estas sociedades los distintos mitos conforman un gran mosaico armado con una lógica impecable: “los hombres siempre han pensado igualmente bien” (31-210) dice Lévi-Strauss para desmentir las aseveraciones de aquella caduca antropología para la cual un las sociedades primitivas reinaba una mentalidad infantil, prelógica.

Ahora bien, un mito, o mejor, el pensamiento mítico se expresa de varias maneras: el rito, la danza, el canto, la plástica. Una de esas maneras es el relato mítico.

Definiremos entonces al relato mítico como “La expresión oral de un pensamiento -sagrado para quienes lo comparten- que explica el origen de los distintos íeres y acontecimientos del mundo”.

El mito se estructura como un lenguaje. “El mito es lenguaje, pero lenguaje que opera a un muy alto nivel” señala Lévi-Strauss en su Antropología Estructural (31). En esa obra, el famoso etnólogo francés –a quien escogemos como un guía seguro en este campo-, expone un método de análisis de los mitos similar al de los lingüistas modernos: descompone el mito en las unidades o frases que lo constituyen. La relación que presentan unidades de un mismo tipo (hechos similares, etc. con otras de distinto tipo denotan, para Lévi-Strauss, el sentido profundo de un mito. Generalmente en él se trata de lograr mediaciones entre elementos contradictorios: vida y muerte, cielo y tierra, hombre y naturaleza, etc. Estas mediaciones, al combinarse nuevamente entre sí, establecen la coherencia del pensamiento mítico.

Como el lenguaje, la mitología es un hecho social cuya estructura, compleja y vasta, comprende determinadas reglas de composición que, sin embargo, tal cual ocurre con la sintaxis de un idioma, permanecen ocultas en el inconsciente de quienes “hablan” esos mitos. Y como el lenguaje, los mitos configuran un sistema que llega a los individuos desde el exterior, desde la sociedad misma, diríamos que con prescindencia de los individuos aislados que la constituyen. “No pretendemos demostrar como piensan los hombres en los mitos, sino cómo

los mitos se piensan en los hombres, sin que ellos lo noten..." Dice nuestro estudioso en su gigantesca obra "Mitológicas" (32-21).

En una entrevista reciente Lévi-Strauss se queja de que los pueblos de la amazonia brasileña que tan cálidamente retrató en Tristes Trópicos (33) y cuyos mitos analizó con minucia en obras fundamentales, sobre todo en las Mitológicas, es decir, los bororo, los tupí, los nambi-quara, etc., prácticamente han sido diezmados de la manera más cruel, y cabe decir "salvaje", por colonos y supuestos civilizadores. Son millones y millones de indígenas a los que no sólo se les ha despojado de sus territorios y desbaratado su cultura, sino que hasta se les ha dado muerte.

En el Ecuador si bien la violencia "civilizadora" no ha cobrado tales proporciones, no es menos cierto que los indios cayapas, colorados, quichuas "del Oriente", secoyas, huaoranis, cofanes, tetetes, sionas, shuaras, se encuentran en franco peligro de extinción. En este aspecto, la labor del tristemente célebre "Instituto Lingüístico de Verano", nombre académico de la secta religiosa Wycliffe, ha sido decisiva, y las consecuencias de esa labor no siempre resultaron incruentas. Jorge Trujillo (66) anota que luego de la muerte de cinco misioneros del ILV por parte de los "aucas" (huaoranis), conocido suceso que se suele comentar omitiendo el hecho de que los misioneros portaban armas de fuego, en los quince sucesivos "asaltos" de los huaoranis los únicos muertos fueron indígenas miembros de ese mismo pueblo. El mismo autor señala con razón que los misioneros del ILV era para los huaoranis "tan extraños como los temibles caucheros que habían assolado la región amazónica hacia comienzos del siglo, sembrando el terror entre los grupos indígenas que fueron entonces sometidos a las más crueles formas de esclavitud y servidumbre y a las masacres más espantosas" (66-47).

Ahora sabemos que las comunidades primitivas son sociedades que han evolucionado a lo largo de los siglos hasta dotarse de una estructura actual que les garantiza la supervivencia. Esa estructura, fundada en un elaborado sistema de reglas de parentesco, rige la vida, las ceremonias de la muerte, el amor, la alegría, la pena, las relaciones con la naturaleza, la cotidianidad misma de los miembros de esas sociedades. Se trata pues, de "culturas" en el pleno sentido de la palabra. Esos "salvajes" han llegado a entender el mundo así, de esa manera. Destruir su cultura es destruirlos desde "adentro", en lo más íntimo, en lo que les constituye como hombres.

Nada de esto importa, desde luego, para ciertos afanes civilizadores. Sobre todo si su objetivo concreto es el despojo de tierras aptas para la minería, la agricultura, o la simple explotación forestal. Por si fuera poco, la alternativa que se ofrece a los sobrevivientes de aquellas culturas, es la incorporación marginal a una sociedad en la cual muy contados dejarán de ser tratados como parias.

En nuestro país quienes mejor se han organizado -de los pueblos indígenas

que antes mencionamos-, para hacer frente a tales amenazas, son los Shuar. De ellos, así como también de los quichuas “del Oriente” y los cayapas, hemos podido consignar unas cuantas muestras fragmentarias de sus mitos en esta “Antología”.

* * * *

Mención aparte merecen los mitos quichuas de la Región Andina, que son referidos en una importante extensión de lo que antes fuera el enorme territorio del Tahuantinsuyo.

Luego de cuatro siglos de una dominación brutal, luego de que el pueblo quichua he sido incorporado masivamente, en calidad de explotado, a modos de producción precapitalistas y capitalistas; después de haber sido sometido a drásticos procesos de reeducación profunda -en los cuales la iglesia na jugado un papel preponderante-, resulta que las viejas tradiciones, las antiguas costumbres, los ritos y mitos inmemoriales, es decir, el conjunto de la cultura quichua sobrevive aún, y es más, evoluciona y se readecúa a las nuevas circunstancias pero aferrado siempre a sus cánones primordiales.

Este es un hecho real que asombraría al antropólogo más escéptico. Un ejemplo son las fiestas indígenas. A su manera, sabiamente, la Colonia superpuso celebraciones religiosas católicas a las celebraciones vernáculas que tenían lugar, por ejemplo, con ocasión del comienzo de la siembra o el fin de las cosechas. En muchas parcialidades indígenas es posible ver, al cabo de ios siglos y a pesar de que la fiesta haya sido rebautizada con un nombre cristiano, cómo emergen en ella claros indicios “paganos”, que son el recuerdo imborrable de los antiguos ritos.

Se trata pues de una cultura todavía viva, “en resistencia”, que se resiste a morir. Con lo cual pudiéramos decir que en buena parte de la región andina, cultura quichua y cultura popular son términos sinónimos.

Como toda literatura popular la del pueblo quichua es oral por excelencia. Y comprende mitos, leyendas, cuentos y una variada lista de poemas que se los canta al compás de ritmos característicos. Los esposos Cosía/es (15) (16), y en los últimos años el padre Fausto Jara, Ruth Moya, Ileana Almeida, entre otros, han recopilado y transcrito muestras de esa literatura.

*Los relatos míticos quichuas que reproducimos en esta “Antología”, han sido tomados de **Taruca**, obra de Fausto Jara y Ruth Moya (29).*

LOS CASOS

Remanentes fragmentarios de lejanos mitos, cuentos o leyendas, o simple relación de sucesos insólitos, los casos -al menos en países como el nuestro-, son ejemplos vivos de los poderes de la imaginación popular. Los casos tienen un marcado carácter actual. Su tiempo histórico es el presente. Estos relatos inacabados de hechos extraños o sobrenaturales, son referidos por personas que se autoproclaman testigos presenciales de estos hechos. "Yo lo vi" es la expresión común que utilizan los informantes cuando describen una aparición fantasmal o un acontecimiento portentoso. Y no importa que el relato empate con conocidos cuentos de duendes y brujas. Aquel "yo lo vi" desbarata cualquier vacilación o duda por parte de quien los escucha. A su manera, es el mismo recurso propio de toda narrativa, un primer paso que tiende a subrayar un nivel de verosimilitud que hace posible la coherencia interna del relato.

Si bien, en cierta medida, pudiera entenderse el fenómeno de los "cosos" -que en la actualidad es masivo y muy variado en las clases populares-corno propio de un momento en el que la literatura oral, sometida a los embates de los modernos medios de comunicación, empieza a desconstituirs, a fragmentarse, dejando sueltos los motivos que la componen, es posible suponer por eso mismo, que, en otro tiempo, los cosos fueron juntamente la materia prima los motivos básicos que al combinarse y organizarse entre sí, dieron origen o los cuentos y a las leyendas.

De cualquier forma los casos son, ahora, parte entrañable de la "cultura popular", ese espacio que ha sido definido como conflictivo, en donde se encuen irán y pugnan tanto los apremios de la cultura dominante cuanto las resistencias e impugnaciones que ella misma engendra, amén de las tradiciones que no puede destruir.

Como en los cuentos, en los "casos" encontramos las señales de tal debate. Desde la ironía que "demoniza" a los poderosos -tal el "caso" del banquero Emilio Estrada"- hasta la aceptación dócil de la norma dominante.

Por último, hay que decir que una fuente inagotable para la aparición de nuevos y nuevos "casos" es el enorme fondo de creencias y supersticiones que tan difundidas están en nuestro pueblo (23).

Abdón Ubidia

NOTA: Agradecemos profundamente a las siguientes personas quienes durante la elaboración de esta "Antología" nos prestaron su valiosa ayuda: Miguel Castillo, Jenny Estrada, Gilda Holst, Guido Garay, Teresa Mogrovejo, Amparo Moreira, Jorge Trujillo y Carmita Vicente.

1. LOS CUENTOS

CUENTO DEL PATOJO

En una montaña, vivía un patojo con su mamá que era muy viejita y con dos hermanos. El patojito todos los días, sacaba a calentar al sol a la mamita.

Los dos hermanos, como eran bebiones, no paraban; bebían de lunes a sábado y el patojo en la choza con la mamá ya vieja, que no tenía qué comer...

En una esas, llegó un sábado, tan; se murió la mamá. Se murió la viejecita ¡Ahora, el patojo no tenía ni con qué alúmbrale ni con qué tener!

Al otro lado, había una ciudad. Entonces, el patojito se pasó para allá a pedir caridad. Entonces, recogió un poco de plata y compró un poco de querosín y con puro querosín, le veló a la mamá... Y los hermanos estaban que beben y beben y no sabían la muerte de la mamá.

Entonces, ya le veló, amaneció domingo. El patojito cogió a la viejecita y la cargó. Entonces, llegando a la ciudad, el patojito cargando a la mamá.

El que llegó a la ciudad, siguió repicando misa. (El que = cuando)

Entonces, el patojito cargando a la mamá muerta, se dentro en la iglesia y por ahí le acomodó bien bonito, hincada como que estaba viva. Bueno!

El patojito cogió y se escondió atrás del altar mayor y la viejecita hincada...

Entonces, ya salió misa. Entonces, el sacristán espera que salgan todos. Ya salió toda la gente y entonces, el sacristán decía:

— ¡Esta vieja, que bien devota! que no sale breve. Yo ya quiero cerrar la puerta! Entonces, ya le faltó la paciencia al sacristán; llega y le dice:

— Hola, viejecita ¿Hasta cuándo va a estar aquí rezando? Pero apenas la tocó y pun, cayó. Entonces, salió el patojo detrás del altar mayor y dice:

— ¡Ele, ya le mató a mi mamá! ¡ya le mató a mi mamá!

Ya me voy a denunciarle que usted le mató a mi mamá!

Entonces el sacristán le dice:

— Ve, ve, ve, patojito. No, no, vení, te voy a pagar tanto por tu mamá.

— ¿Cuánto me va a pagar?

— Te voy a dar unos cinco mil sures.

— ¡No! dice. Yo con cinco mil sures no repongo a mi mamá.

¡Me paga un poquito más! de eso puedo hacer.

— ¡Te voy a pagar veinte mil sures a que no digas nada!

— Ahí sí, dijo, y la enterraremos aquí mismo.

Así hicieron, señor, levantaron una tabla del altar mayor y ahí mismo le metieron a la vieja. El patojo cogió esa plata, señor, y se fue a su chocita. Domingo tarde, pun, los hermanos ahí.

— ¿Qué es, patojo? ¿qué es de mi mamá? ¿cómo has estado?

— Yo mal...

— ¿Y mi mamá?

— ¿Cuál mamá? ¡Cuando ya la enterré a mi mamá! ¿y quieren saber una cosa? que en la ciudad, está valiendo muertos.

— ¿Saben cuánto me dieron por mi mamita? ¡Me dieron veinte mil sures!

— ¡No, mientes, patojo!

— No, hermanito ¡veinte mil sures me dieron!

Entonces, se conversaron entre los dos:

— Esta noche, matamos dos; vos te cargas y yo me cargo al otro y vamos a la ciudad a que nos compren.

Bueno, asilo hicieron: de noche, se fueron y mataron dos. Ensangrentados toditos ellos, andaban por la ciudad:

— ¡Compren muertos!

Entonces, en una de esas, le repara la polecía y pun, le ‘ cogieron ‘

— ¡Y qué usted les han matado esta gente!

Y le llevaron; tiro a la chirola.

— Hay, dijeron ya presos, a la salida de nosotros, a este patojo maldecido por mentiroso, lo matamos rápido.

Mientras ellos estaban en la cárcel, el patojo estaba gozando de la plata de su mama; ya hizo su casa, ya tuvo con qué comer, vivía tranquilo con esa plata.

Bueno, tanto así, llegó el día que estos cumplieron la prisión y salieron directamente a má-tale al patojo.

— No disque, dicen, a no matarle; mejor, hagamos esto: hagamos trabajar un zurrón, le metimos ahí, lo hacemos cargar a un burro y lo vamos a despeñar!

Así lo hicieron; le estaban metiendo con todo cabeza pa’ cose’le. El le dice:

— No, hermani os, siquiera la cabeza déjenme afuera, siquiera pa’ir viendo por’onde me van a llevar.

— Bueno, dijeron, éste de ahí no puede salir; llegamos allá, bunn, le despeñamos, man que esté viendo...

¡Cargaron el burro y largo!... Era de pasar por esa ciudad. Entonces, allá lejos, había un volcán y estos come eran bebiones, el burro se adelantó y ellos quedaron bebiendo en el estanco. El burro que se il a s’iba s’iba... Más allá, encuentra un longo, así al filo del camino, con un manadón de borregos. Entonces le dice:

— Ve, longo, vení, longo vení.

Se apegó el longo...

— Ve, a mí me están llevando aquí a una boda tremendísima que yo no he de avanzar a comer,. Siempre usted descomen más y luego para vos, sí, te queda bien. Hasta que tú regreses, yo me quedo con la manada de borregos. Sácame de aquí.

El longo con sar ta paciencia, cogió el saco, le apeó y de ahí cogió el patojo y bun, le metió al longo ahí.

¡Ele, ca! ya no le dejó la cabeza afuera. Le metió con todo cabeza y pun, le cargó y ahora sí, cogió la manada de borregos hacia un lado de una loma. Estaba él tranquilo con la manada. Mientras, ya venían ¡stos borrachos atrás del burro a despeñarle al patojo.

Ya llegaron al volcán este, que le iban a despeñar. Ellos no estaban por apearle del burro. Siguieron con todo y burro y le mandaron.

— ¡Ahora sí! Nos zafamos de este patojo maldito que nos hizo poner presos de buena mente...

Bueno, ya regresaban.

— Al patojo, ya se lo llevó el diablo. Ahora sí, de ese gusto vamos a seguir tomando más.

El patojo les dejó que pasen y pasaron ellos.

El patojo iba bajando con su manada de borregos hacia el camino.

A lo lejos, le alcanza a ver uno y dice:

— Hermano ¿y ese no parece el patojo?

— Calle ¡El patojo, ya le mandamos al infierno y el va a venir con borregos!

Más allá, les dice:

— Hermanitos, espérenme.

— Ya viste qué te dije! Que era el patojo ese que te dije!

Al fin, le esperaron.

As'que, hermanitos, en lugar de hacerme un mal, me han hecho un bien; cada bote que daba, tres, cuatro borregos (Cada bote que daba, tres, cuatro borregos más y esta es la manada que hei recogido en lo que me despeñaba.

— ¡No! mientes, patojo.

— ¡Pero, hermanitos, vean que vengo arriando mi manada de borregos!

— ¡Hacenos a nosotros así también!

— Bueno, dijo el patojo, lleguemos a la casa.

El patojo se fue y se trajo dos zurrone; en el uno, le metió al uno, en el otro, le metió al otro. Cogió un burro y lo cargó.

— Ahora sí, vamos ¡Bandidos, conrnigo están!

Llegó al barranco ese, apeó y les puso al filo del despeñadero, cogió y bulundún, entre ambos, pa'dentro.

Cogió su burro y regresó montado en su burro.

Llegó a su choza, siguió cocinando y siguió comiendo. Con toda esa manada de borregos que vendía, que comía, recogió hartísima plata.

Se hizo su buena casa y hasta ahora vive tranquilo. (19).

EL HERMANO RICO Y EL HERMANO POBRE

Eran dos hermanos, el uno era rico y el otro pobre. Este último quiso que su hermano le ayudara, pero tras de insistir algunas veces sin ningún resultado, optó por robarle unos puercos para dar de comer a su familia. Su esposa no estuvo de acuerdo con que haga tal cosa, pero no tuvo más remedio que aceptar..

Como el rico se imaginó que fue su hermano pobre el que le robó le cuenta a la mamá y hacen un plan para t atar de descubrirlo. Le mete a la mamá en una caja grande, le pone comida y manda la caja conde el hermano.

Al rato los hijos iel pobre oían que alguien hablaba dentro de la caja y le avisan a la mamá. Ella va a ver y le encuentra a la mayor y de las iras de que les había ido a espiar, le llena la boca de máchica y queso, a vuelve a encerrar, por lo que la señora se muere atorada. Al llegar el esposo

le cuenta lo sucedido e inmediatamente va donde su hermano rico a reclamarle por lo que ha hecho con la maná y le inculpa de la muerte de ella.

El rico para que el otro no diga nada y para que entierre a su madre, le dio tres talegas de plata. Su hermano, aprovechándose de la situación le exige que le dé más dinero y el otro acepta.

Pero no satisfecio el pobre, compra una ropa de militar y un fusil y le viste a la madre muerta embarcándola sobre un caballo rumbo a la casa del otro hermano. Este enseguida va donde el pobre y le exige que entierre a la mamá, diciéndole:

— ¡Cómo es posible que te cojas el dinero y no le entierres a mi mamá! Ya esto no es justo.

— ¡Ah!, con tan poca plata quieres que le entierre a mi mamá. Tienes que darme más. Acepta y le da. Pero el pobre no satisfecho todavía, compra ropa negra, viste a la mamá, va a la iglesia, ve quí no hay nadie y la arrodilla en un confesionario.

Sale el padrea dar misa y ve a la señora y le dice que se acerque. Como no le hacía caso, le da un empujón y la añorase cae. El hijo que estaba escondido, se aparece y le culpa al cura.

— Padre, se da cuenta de que mi madre se cayó de cerebro! Ya la mató, no es justo. No, no hagas bu la, yo te voy a dar plata para que la entierres.

Así es que el padre le dio dinero para que no hablara, pero el pobre quería seguir aprovechándose de lo sucedido y le obliga al padre para que le dé misa sin que le cobre nada.

Al fin en tierra a la madre. Y como si todo lo que hizo no fuera suficiente, presenta a las autoridades una demanda contra el hermano rico, aduciendo que las propiedades que él tenía eran de su madre y por ley le correspondía la mitad. Se cercioran las autoridades de la verdad y les reparten mitad a rritad la herencia. Con eso los dos hermanos quedaron en similar condición económica. (39).

CUENTO DEL TIGRE Y EL CONEJO

El tigre andaba una vez, bien ambria-o, se encontró con el conejo. Ya el conejo lo vio enseguida nomá' que se ue pa' 'llá:

— ¿Tío tigre, qué anda haciendo por aquí?

— Con hambre que ando, Sobrino conejo.

El conejo era empleado del rey, el rey tenía un elefante y conejo le cuidaba pero cuando conejo tenía hambre, se metía por el trasero del elefante y cuando estaba adentro, cortaba carne, la sacaba y se iba a su casa a come'...

Entonces, el conejo le dijo al tigre:

— Tío tigre, yo tengo por ahí una cosita que cuando yo tengo hambre, yo como. Yo lo voy a lleva'.

Bueno, ya le explicó todo como eran las cosas y se jueron. Ya llegaron allá, enseguida el conejo le dijo:

— Yo me voy a mete' al puzón chiquito y Usté' se va a mete' al puzón grande pero ahí está el corazón; no se lo vaya a toca' porque entonces, ¡nos jodemos!

— No sobrino, si yo estoy es a sus órdenes y hace' lo que Usté' me dice.

— Bueno ¡no le vaya a corta' el corazón!

Llegaron y se metieron; el conejo llevó su alforjita chiquita y el tigre metió una alforjísima. Bueno, ya se cogieron y corta y corta... El conejo llenó su alforjita y se le acercó al puzón grande y le dijo:

— Tío tigre, ya vamos.

Y el tigre estaba viendo el corazón y decía:

— ¡Qué bonito corazón!

— Tío, no vaya toca' ese corazón porque nos vamos a jode!...

— ¡No, Sobrino!

Y se cogió y corta y corta carne y da y da vuelta hasta que en una de esas vueltas. Truss, cortó el corazón.

Nomá' jue cortarle el corazón, cuando, Pun dun, cayó muerto el elefante y se cerró el trasero.

— ¡Vea lo que mi Tío Tigre hizo! ¿Se fija? Y ahora, cómo vamos a salir'?...

— ¡Ay, sobrino, no jue culpa!

Ahora, sí, se han cogido y da vuelta y da vuelta sin poder salir.

Ahí tuvieron todita la noche.

Al otro día, la novedad del elefante que se había muerto.

Ya le dijeron al rey que el elefante se había muerto. Enseguida, el rey preguntó:

— ¿Onde está el conejo? (Que es el juez circuito).

Enseguida, ordenó que trajeran al elefante y que buscaran al conejo. Se jueron lo trajeron al elefante al palacio.

Ahora, sí, ya lo pelaron, lo despostaron y sacaron la mondongada.

Buscaron una mujer para que lavara y beneficiara la mondongada.

Enseguida, la señora se cogió y desenreda y desenreda cuando ya acabó de desenredar, se cogió a cortar y corta y corta, cuando ya llegó a los puzones...

Así es que en una de esas, se salió el conejo y se jue por el plan del agua, lavándose, limpiándose toda esa mondongada que tenía pegada.

¡ Ahora sí, llegó más allá y empezó a bañarse y a sacudirse.

Cuando ya estuvo bien limpio, noma' que pegó el grito:

— Bueno, vea mujer ¿A usté' qué es que le pasa?

Viendo que el juez circuito se está bañando y usté' está botando su porquería.

— ¡Ay, perdone, Señor Juez! Pero es que el rey me mandó a lavar esta mondongada.

— ¿Y eso? ¿De qué es?

Contesta la muje:

— Es del elefante del rey que se ha muerto.

— ¡Que'el elefante del rey se ha muerto! ¿Y que tenía?

— Lo que tenía, era ios puzones crecidos.

— ¿Y el puzón c'ande, ya lo partió?

— No, todavía no lo he partido.
— Bueno, que no lo partan hasta que yo llegue.
Enseguida, se fue a la casa, se vistió, se enzapató y se vino y llegó 'onde el rey.
— Buenos días, ni sacaríal Majestad.
— Bueno, Conejo, y vos ¿'onde habís estado?
— Usted sabe que el hombre es hombre, y yo andaba por allá. ¿Y qué es lo que el elefante ha tenido?
— Bueno, son los puzones que ha tenido crecidos.
Enseguida, se vino pa'onde estaba la mujer lavando las tripas y empezó a pulsar el puzón grande y el Tigre se novia a lo que le tocaba el conejo.
— Mi sacaríal! Majestad, este puzón tiene espíritu y hay que matarlo pa' que no siga matando los animales.
Enseguida, mandó a cortar seis garrotes y que vinieran dos hombres pa' que le dieran garrotes al puzón.
Y ahora sí, se han cogido y dele palo y dele palo y el Tigre quería gritar y nomás que decía:
— Yo con co...
Y el Conejo gritaba más duro
— Delen palo
Y el Trigre decía:
— Yo con co...
Y el Conejo gritaba:
— Delen palo pa' a que mueran los diablos.
Y dale palo y dale palo hasta que lo mataron. Ahora sí, lo partieron.. Cuando va saliendo Tío Tigre bien muerto
Enseguida nomás que dijo el Conejo.
— ¡Vea, mi sacaríal! Majestad, el que mató al elefante!
Enseguida la carne del tigre la beneficiaron con la del elefante y Conejo se llevó su parte y se quedó bien tranquilo. (19).

LA REINA MORA

Había una vez un jar de Reyes, eran muy felices. Una vez el Rey se fue a la guerra. La Reina siempre salía al balcón a esperarlo. Por allí pasaba una negra que era bruja. Una vez ella le dijo a la Reina que se agache y, al hacerlo la negra le clavó un afiler en la cabeza y la Reina se convirtió en lora. La negra se puso el vestido y la corona de la Reina y se dispuso a esperar al Rey. Los sirvientes estaban asombrados, no sabían lo que le había sucedido a su Reina.

Cuando llegó el Rey se encontró con la Reina negra y se despertó. No estaba feliz, se encerraba en su dormitorio y lo único que le alegraba era una lora que siempre se paraba en un árbol cercano y decía "hortelanita, hortelanita, como está el Rey, la Reina mora, que a veces canta y a veces llora".

El Rey, viéndole a la Reina negra, le preguntó:

— ¿Por qué estás cipo? Ella le contestó:

— Fue por el sol. Después le dijo:

— ¿Por qué estás cipo?

Y ella le contestó:

Porque rodé sobre unas arvejas. La

negra dio luego una orden y era:

— Cojan a la lora porque quiero comérmela.

— El Rey prohibió esta orden y al acariciar la cabeza de la lora sintió un afiligran y al sacarlo la lora se transformó en la Reina. Después de la sorpresa, ella le abrazó y le contó todo lo que ha bía sucedido. Indignado, el Rey llamó a la negra, escondiéndose antes la Reina, y le dijo:

— ¿Qué castigo darías a la persona que intente brujear o encantar a la Reina?

Y ella le contestó:

— El castigo que yo le daría sería que le despedacen cuatro muías bravas.

EL Rey entonces le dijo:

— Eso es lo que te pasará a tí.

Entonces le amarraron a la negra con sogas, los brazos y las piernas, a cuatro muías, a las cuales les incitaron a correr dándoles con un fute, lo que originó la muerte y el despedazamiento de la negra. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado. (11).

(Quito, 1964)

UNA NIÑA OCIOSA PERO MUY DEVOTA

Había una señora que tenía una niña muy ociosa, sólo pasaba durmiendo y comiendo en la hamaca y su madre era quien hacía el trabajo de llevarle la comida a la hamaca todos los días.

La señora como era muy pobre, iba diariamente a pedir caridad a la reina y un día ésta le pregunta si tiene hijos. La señora le contesta que sólo tiene una hija.

— ¿Y qué hace tu hija?

— Mi hijita est idia, mi hija se entretiene en la casa barriendo, lavando, bordando, todo.

— Si tu hija sa ie tejer, que se case con mi hijo el príncipe, pero sino sabe, ordeno que la maten -dijo finalme ite la reina.

Y en la casa la nuchacha lo único que hacía de bueno era arreglar un poco y adorar a los santos que tenía, pidiéndoles que nunca le falte la caridad ni a ella ni a su madre.

Bueno, la seño a muy preocupada con la sentencia de la reina, pues su hija jamás fue a la escuela y menos sal ía tejer ni nada. Ya la reina le mandó varias madejas de lino para que teja.

Llega y le explca a a su hija lo ocurrido y ésta muy asustada se dedica a rezar con más fe a los santos pidiéndolas ayuda. Al siguiente día ya salió la señora y la niña se pone a arreglar la casa y a adorar a sis santos. Luego sale a la ventana a mirar el pasaje, cuando oye un silbido

lejano y una voz que dice “María”, era que la llamaban.

— ¿Quién es?

La saludaron tres mujeres negras muy feas. La una con la jeta bien larga, la otra con los pies con unos dedo es y la tercera con unas manotas.

De todos modos, la muchacha que era muy amiguera, las hace pasar y se quedan conversando. Entonces les olatica su triste situación porque la mamá la crió muy floja y ahora la reina le manda lino para tejer. Además la reina quería conocerla, pero la mamá le mentía que no llega al palacio porque te lía muchas ocupaciones.

Las tres mujeres la consuelan y se ofrecen para tejerle. En un momento el tejido quedó listo y muy bonito, peio le dicen que a la mamá le diga que ella misma tejió, nadie más.

Llega la señora , la chica le muestra el tejido. Incrédula pero muy contenta abraza a su hija y lo guarda para ir a día siguiente donde la reina.

Al ver el tejido la reina comenta:

— Palabra de rey no puede faltar, se casa con mi hijo.

Pero le envío m is lana para que siga tejiendo.

Sucedió que tar ibién le ayudaron las tres mujeres extrañas. Al tercer día -era el último que debía tejer para la reina- las tres mujeres le explican a la niña que ellas no son verdaderamente así tan feas, que ellas son las Tres Marías que viéndola como era muy devota de la Virgen y de los santos resolvieroi ayudarla. Además por probar su corazón, si las recibía bien pese a su fealdad o no. Le dicen también que el día de la boda van a asistir, pero que ella debe recibirlas como primas suyas. La muchacha accede a todo y les agradece muy cariñosa. Ya fue luego al palacio para presentarse ante la reina, quien al verla afirma su nueva promesa de casarla con el príncipe.

En el día de la boda, estando el banquete listo, se oye un silbido, eran las Tres Marías que llegaban. La novia sale gustosa a recibirlas, las presenta como sus primas y se sienta con ellas en la mejor mesa de a fiesta. El príncipe pensaba: “Qué feas esas primas!”. Y la mamá pensaba: “Si mi hija nunca ha tenido primas”.

Pero en fin, conversando con el príncipe, la una mujer le dice:

— Usted quiere que su esposa siga con el trabajo del tejido en lino?

— Sí, por eso me casé -le responde el príncipe.

— Yo no le acóncejo que le haga tejer, porque por eso mire como yo estoy con la jeta hasta acá abajo de mojar la lana. Y si usted quiere que su mujer se desfigure, hágala tejer.

La segunda mujer le dice al príncipe:

— De veras quiere que teja su esposa? Por tejer mire como tengo las manos.

Y la última le dice:

— Mire como tengo los pies por templar el hilo para tejer, hinchadotes los dedos sólo por eso. No la deje tejer a su esposa, porque desfigurada usted ya no la va a querer.

Con esto la salvaron. Se convirtieron en tres palomas y se fueron. Enseguida prometió el príncipe que no permitirá que su esposa teja nunca, porque la quiere mucho y no va a hacerla fea. Vivieron entonces muy felices para siempre. (39).

LA PRINCESA LA CARA DE LA NECESIDAD

En la torre del castillo estaba un príncipe y le ve pasar a una doñita, le tira una piedra y le rompe la vasija que llevaba llena de agua. Ella le dice:

— ¡Ay príncipe!; ¿usted porque no conoce a la princesa la Cara de la Necesidad me hace esto.

— Sube. ¿Qué sabes de ella?

— Solamente tengo una foto

Le enseña y le regala la foto. El príncipe la ve tan linda que decide ir a buscarla y le avisa al papá.

— Me voy, tengo que encontrar a la princesa.

— No puedes irte, si eres el único heredero.

De todos modos se va en su busca y llega a la orilla del mar. Pasa un buque y pide que lo lleven al castillo de la princesa. Aceptan embarcarlo, le ponen un terno y unos zapatos. Cuando arriban al puerto, ahí estaban unos soldados, quienes al verlo con el traje le dicen:

— Aquí está el asesino de nuestro príncipe:

Lo llevan a los calabozos sin hacer caso a sus explicaciones. En la cárcel conoce a un amigo y éste le dice:

— No sufra, porque aquí va a conocer a la princesa la Cara de la Necesidad, ella nos trae todos los días el desayuno.

Así fue. Al siguiente día va la princesa y lo presentan. El le cuenta lo que ha pasado y ella le promete hablar con el papá y decirle que es inocente. Pero el papá no le creyó a la princesa y al único que accede es a dejarlo un mes convida, para que salga con ella a conocerla ciudad.

Durante ese mes salían a pasear todos los días, pero ya se acabó el plazo y lo lleva al patíbulo. En ese momento él pide le concedan tres deseos:

— Quiero una flauta.

Le pasan la flauta y toca una canción que sólo los hijos de reyes podían tocarla. Entonces el rey exclama:

— Tiene que morir porque no tenía derecho a tocar esta canción.

— Pero si yo soy un príncipe.

Todo el pueblo gritaba que tiene que morir. A lo que les responde:

— Entonces, lo primero que quiero que muera es mi sello.

Se acerca el rey y comprueba que era un sello del príncipe en verdad, y anula la pena por miedo a una guerra. Pero le dan veinticuatro horas de plazo para que salga de ese país.

Se embarca en un buque y la princesa fue a despedirlo. Por la pena de separarse de ella, no resiste y se vuelve loco.

Cuando llegó a su palacio, por más que su padre hizo muchos esfuerzos, no podían curarlo y lo encierran en la torre del castillo.

En el otro reino, la princesa también sufría mucho por el príncipe y se fuga para ir a buscarlo. Después de caminar algunos días llega a un llano donde ve una casa roja y golpea.

Sale una viejita y le pregunta:

— Hijita, ¿qué haces aquí?

— ¡Ay.abuelita!, usted conoce las torres altas y caladas del rey turco?

— No hijita, tal vez mi hijo, el sol sepa, espérame.

Así que ya viene el hijo sol. La señora le mete a la princesa en un pondo de nieve para que no se cocine. El sol, le dice:

— Aquí huelo a carne humana.

— Pero, ¿quién va a venir aquí No seas tontito,

Al fin la viejita le cuenta lo que ocurre y le pregunta por esas torres del príncipe. Pero el sol no sabe nada, pide de comer y se va.

La anciana se ¡ncariñó con la princesa y le regala un mantel mágico que debía servirle buena comida apenas lo extendiera. Toma el regalo la princesa muy contenta y se va.

Llega después a otra casita blanca y sale también a recibirla una ancianita.

— ¿Sabe dónde están las torres altas y caladas del rey turco?

— No, pero tal vez mi hija luna sepa algo.

Llega la luna, pero tampoco sabe nada. La anciana le regala a la princesa una gallina, que aplaudiéndole salían unos pollitos de oro por el pico. Se va feliz con la gallina.

Llega luego de mucho caminar a otra casa que se movía de un lado a otro, en donde sale la mamá del viento. Sostienen la misma conversación y cuando llega el viento le preguntan por las torres.

En un principio el viento niega que las conoce, pero luego admite que son altas y bien rojas y que ahí hay un príncipe que está loco y que no deja de nombrar a la princesa la Cara de la Necesidad.

Entonces la mamá le ruega a su hijo viento para que transporte a esta niña, porque sólo con ella el príncipe podrá curarse. El viento accede con la condición de que se transforme. Le toca el pelo y se le hace todo tieso, luego la cara y se le arruga. Le toca la ropa y se la cambió por otra muy humilde. for último le tocó la pierna y empieza a cojear.

— Así sí puedes ir, agárrate de mis barbas.

El viento tenía b arbas muy duras y con la princesa bien agarrada a éstas empiezan a subir y a volar hasta que He ian a las torres altas y caladas del rey turco. La princesa en verdad se fija que están rojísimas.

Para entrar al castillo pide a los guardias algún trabajo. Ellos se burlan de verla tan fea, pero de todos modos le preguntan a la reina y le dan trabajo de cuidadora de gallinas, poniéndole el nombre de Cipriana.

Un día en el gallinero saca su gallinita, la golpea y le saca los pollitos de oro. La criada la espío y va a contarle a la reina. Ambiciosa la reina va a ver a Cipriana y le pide que le cambie por todas las gallinas que estaba cuidando.

— No -le dice Cipriana-, mi reina. Yo le regalo mi gallina si usted me lleva donde está el príncipe Gustavo.

— Pero si está loco, te ha de matar.

— No me ha de matar, lléveme.

Cuando lo ve, estaba dormido por los calmantes y tiene que regresarse sin hablarle.

Otro día en el gallinero, saca el mantel mágico de virtud. Ante el prodigio que vio una persona que la espiaba, va a contarle a la reina, quien le solicita el mantel. Pero otra vez Cipriana pide a cambio ir de ni 3vo a ver al príncipe. Ya la llevan y por segunda vez está dormido.

Un día estaba trabajando de rutina en el gallinero, y saca una penilla que le había regalado el viento. Al peinarse rodaban muchas piedras preciosas y joyas. Asimismo se entera la reina y le pide la peinilla. Pero esta vez Cipriana pide ver al príncipe cuando esté despierto.

Esta vez, entonces, ya no le dan calmantes al príncipe y la llevan a verlo, pensando la reina que así la mate a Cipriana no importa porque ya no tiene más cosas de virtud.

Al presentársele al príncipe, él le queda viendo y empieza a reírse porque ella le dijo que era la princesa la Cara de la Necesidad. Como no le creía, le dice:

— No príncipe, solamente tengo que invocar el nombre del viento y darme un baño de rosas, entonces vuelve a ser lo que era antes.

Como prueba le muestra un vestido celeste que tuvo el día en que se despidieron. Ahí sí reconoce la prenda el príncipe y repentinamente empezó a recuperarse. A los vasallos les ordena preparar el baño de rosas para la princesa. Todos se burlaban creyendo que se trataba de otra locura del príncipe. Le pide lo mismo a la mamá, insistiendo en que ya no está loco.

La madre le cree y preparan el baño para Cipriana.-esperan por ella en el cuarto de baño y en verdad sale convertida en una hermosa princesa que se peinaba un cabello larguísimo y del peine salían piedras preciosas a millares, tras de las cuales corrían los vasallos.

El rey pide perdón a la chica por el trabajo que le dieron y se celebraron las bodas con mucha pompa. (39).

CUENTO DEL RECIÉN NACIDO Y EL GIGANTE

Esta era una vieja que vivía en su casa con su única hijita... Un día, como a las tres de la tarde, se juormó una tempesta y llovió todita la tarde y la noche.

Al otro día, amaneció hondísimo; tres escalones subió el agua encima de la escalera...

La vieja tenía un chocolatal y al otro día dijo:

— Púchica, iba a coger mi chocolate hoy día pero el río ha amanecido hondísimo y la vega hundida; ¿Cómo cojo mi chocolate? ¡Púchica!

Después de un ratico, dijo:

— Deverá' que tengo la canoa!

Enseguida se embarcó en la canoa y se fue a coger su chocolate y coge cacao y coge cacao...

Cuando en media chocolatera, oyó que ñua, ñua, ñua, un muchacho lloraba como si recién hubiera nacido: Enseguida dijo:

— Voy a Y pa'allá!

Llegó allá; era un muchacho que estaba, que recién había nacido con todo lo que sale el muchacho.

Enseguida, ya llegó y lo llevó a la casa y le cortó el ombligo y lo puso en una cuna. A los tres días, le dice:

— Mamá, quiero ir a conocer a mi padre. Mi padre es un hombre muy millonario y yo sé donde vive.

Entonces, le dice la vieja:

— Hay, y usted con tan tierna edad ¿Cómo va a llegar allá y cómo sabe quién es su padre? Le dice:

— ¡No, mamá, yo sé quien es mi padre! Acomódeme mi hermanita que con ella me voy. Déme una hamaca para que mi hermanita me la guinde.

Bueno, ahora sí, los acomodó, cogieron el camino y se fueron. Más allá delante, había una casa de un gigante que vivía en medio camino y que, de todas maneras, se tenía que quedar ahí porque hasta ahí llegaba completo con las seis de la tarde.

Bueno, entonces, el gigante, cuando llegó el muchacho, apenas llegó le dijo:

— Hay, m'hijito, suba para encima.

Porque vio a la muchachita y se dijo:

— ¡Ajo! ya te go comida. El gigante dijo:

— Suba a hacer la merienda, buena niña...

— No, señor, ya venimos merendados.

Entonces, cuando lo ya fue hora de acostarse, le dijo:

— Vengan a hacer la cama acá, en media sala.

— No, señor, nosotros somos acostumbrados a dormir acá en el portal nomás.

— Pero, porque van a dormir allá aguantando frío, eso que no duermen acá en medio de la sala!

— No queremos dormir allá, señor.

Enseguida, allá en el alar de la casa, le guindó su hamaquita y ahí se acostaron.

Bueno, se acostó el gigante. A las diez de la noche, ya venía; suas, suas, suas, despacito, cuando le dice el muchacho:

— Hey. ¿Gigante para onde vas?

Huu juun, aguádate, gusanillo de la tierra ¡que si voy es a mear!

Enseguida nomá que se hizo a la esquina y; chorrorororórs; el hueco donde meó.

Bueno, enseguida se volvió a acostar.

Después de un ratico, ya venía vuelta y; suas, suas, suas,...

— Oye, gigante, ¿Para onde vas?

— hum ju jum, aguádate, gusanillo de la tierra, si voy es a cargar la cachimba.

Ahí mismo jaló una bola de tabaco y; pas, pas, pas, pas, la picó; agarró prass, la cargó y se abrió y; pos, pos, pos, pos, pos... Bueno, fumó. Se fue a acostar. A otro rato, como a la una de la mañana, se levantó vuelta.

Cuando ya venía suas, suas, suas....

— ¿Oye gigante, para 'onde vas?

— Huu jun ju, ac uádate, gusanillo de la tierra, si voy es a cagar.

Enseguida, no fui cuento, que se hizo a la esquina y; poropopopopopo, topó al piso de la casa el montón de ñinga.

Bueno, enseguida ya se durmió el gigante y al otro día, muy a las cinco, el mucfachito la movió a la hermana y le dijo:

— ¡Vamonos!

Camina y andar, camina'y andar, andar y caminar, como a las tres de la tarde fueron llegando a una hacienda. Le dice el muchacho.

— Hermanita, esa casa que está allá es la de mi padre y allá vamos a llegar.

Bueno, ya llegaron allá y enseguida él dice:

— A ver...

Enseguida ya se a somaron, ya vio a la muchachita enseguida le dice:

— Suba para 'riba, niñita.

— Una niñita que viene con un niño muy de tierna edad, recién nacido.

Dice el hombre que estaba ahí.

Ya subió y le dice si muchacho:

— Pues casualmente, vengo en busca suya porque usted es mi padre.

— Caramba, este niño tan de tierna edad y me viene a decir que yo soy su padre ¡Bueno pues desde que usted lo dice así ha de ser!

Enseguida ya, el hombre le mandó a hacer colada...Ya la comida, bueno, comieron. Al otro día le dice:

— Pues, lo único que vengo a molesta'lo aquí, a su hacienda es que me dé un novillo de los más grande' que tenga en su hacienda y que me dé uno de sus hombres; el que pueda con él al hombro.

— Bueno, le dice el hombre, lo de menos es eso.

Enseguida, cogió un pito; antes de eso, ya había hecho encerra' todo el ganado en el corral.

Bueno, pras, pras, pras, cogió el muchacho y dijo:

— Este me voy a llevar.

Era un grandíssimo. Bueno, y ahora sí, los hombres se pararon en fila.

Se metió el primero, el de adelante; huun, no lo hizo; ¡pero ni mover a ese toro! Se metió el otro; Tampoco!...Atrás, en la última punta de atrás había un hombre que tenía el hombro medio así...casi una vara salido pa'fuera. Bueno. Llegó ese hombre y pras, se metió y pegó una carrera para allá y regresó y pras, lo asentó.

— Bueno, papacito, con este me voy.

— Bueno, le dice el hombre.

Al hombre con el hombro salido, el muchacho le dice:

— Usted se va con el toro en el hombro y más allá me espera,

no se va a ir del todo!

Enseguida, ya se despidió y se fueron. Más adelante, el hombre había asenta'o el toro.

— Vea, le dice el muchacho, más adelante, usted va a llegar a la casa del gigante que está más allá y le va pedir permiso para amarrar este animal. El le ha de decir que lo amarre allá en un guallabo que está allá lejos. Usted me va a subi' el toro encima casa y me lo amarra en media casa en un poste que está ahí.

Bueno, a las dos por ahí de la mañana, se levanta y me mata el toro; recoge toda la sangre en esta lavacara y me lo hace sólo cuatro cuartos, me saca la cabeza y el menudo aparte ¡Que no caiga una gota de sangre en el suelo!

Bueno. Ahora sí, se fue el hombre, se echó su novillo encima. Llegó allá y dijo:

— A ver...

Ya se asomó por la ventana el gigante.

— Buenas tardes, Señor.

— Buenas tardes ¿qué es lo que vos quieres aquí?

— Que me dé un posadita por favor, para amarrar este animal.

— A ve', llévalo allá a ese guallabo que está allá; allá amárralo,

— Allá me mandas a amarrarlo! Nomás ¡Encim'e casa es que lo voy a subi', carajo!...

Enseguida, ahí momas cogió y pros, pros, pros y bum, encima'e casa. A media casa bueno, ajo; Cuando ese gigante vio eso, nomás que hizo y trun, adentro de su cuarto!...

Bueno, ahora sí, llegó el muchacho y suas, ya se acostaron.

Esa tarde, el gigante no se levantó para nada; estaba era con fiebre adentro'de ese cuarto.

Bueno, el homi re, a la una de la mañana, se levantó, picó ese animal, lo peló y sacó los cuatro cuartos comí el muchacho lo había dicho; el menudo, la cabeza y la sangre aparte.

Bueno, entonces, lo movió y le dijo.

— ¡Ya 'sta!

Bueno, ahora s , el muchacho se botó abajo de esa hamaca al suelo. Enseguida, se puso así (a cuatro patas) y le dice:

— A ve'. Métame ese cuarto por el culo.

Y cogió el hombre y ruum...

— Métame el otro.

Y ruum

— El otro..

Y ruuu.

— Métame el otro.

Y ruuu.

— Métame la
cabeza. Ruuu

— El menudo

Y ruuu.

— La sangre tai ibién.

Y ruuu.

— Y vaya allá dentro del cuarto y tráigame ese pendejo y métamelo también por el culo.

Enseguida, ese lombre se fue y pin, a esa puerta le metió un manazo y ahora sí, se han cogido y cri, cri, cri, cri... El uno pa'afuera y el otro pa'adentro.

La casa tenía un i ventana así y estaba parada al pie de un huaico que eso; él que caía allá pues, ahí no mas quedaba.

Y el muchacho esperando acá.

— Bueno, dice, carajo y Usted no puede traer ese pendejo!

¡Ahí voy yo!

Enseguida, se paró y cuando el gigante oyó "Ahí voy yo" nomas que raass, abrió esa ventana y guuiinn, se botó al huaico y ahí acabó el gigante.

Bueno, entonces, el muchacho cogió y pras, sacó el novillo a cómo lo había traído el otro: ¡enterito!

Entonces, le dice el muchacho:

— Bueno, con Usted tenemos que ir onde mi mamá..

Y ya se fueron con el hombre y ya llegaron acá, a su casita.

Entonces, le dio :

— Mamá, venga a ve' lo que tengo para Usted. Venga.

Cuando ya llega on todos a la hacienda del gigante otra vez.

—Mamacita, es a hacienda es de Usted y de este Señor porque por él, hemos matado al gigante. Porque fue el único hombre que pudo con el novillo al hombro.

Así es que ya le dice:

—Yo no soy carne humana de la tierra sino que soy ángel del cielo que he venido por liberarla a usted. (19).

EL CULEBRÓN DE SIETE CABEZAS

Un rey se queda viudo y tenía una hija que se llamaba Niña Bella. Al pasar de los años la niña le pide a su padre que se vuelva a casar con una mujer que le quiera.

Inicialmente él se negó, por miedo a que maltraten a su hija, pero luego se casa con una señora que tenía dos hijas muy feas. Antes de casarse el rey le dijo que no debía maltratar ni humillar a su hija. La mujer aceptó. También le explicó que cada tres meses debía viajar a un puerto y que regresaba en quince días, durante los cuales deberá cuidar de su hija. Con estas condiciones se casó el rey.

Llegó el momento de irse de viaje y le dice a su mujer:

— ¿Qué quieres que te traiga?

Tráigame un vestido sobre dorado de oro

Les preguntó a las hijastras y le pidieron lo mismo. Se va donde su hija y ella no quiso que le traiga nada, porque tenía coraje por haberle preguntado primero a la madrastra. A tanta insistencia de su padre, le pidió una flor cualquiera que no le cueste. Se despidió de todas y salió de viaje.

Durante los quince días la madrastra maltrató a la niña, salían a las fiestas y la dejaban encerrada. Ya cerca de volver el padre, le dicen:

— Si le cuentas a tu papá que te hemos pegado, te mataremos.

Cuando ya llegaba el rey al palacio, se acuerda de la flor que su hija le encargó y se regresa a buscar una junto con un obrero. Caminaron algunos días y no encontraba nada. De pronto se encuentran con una casa abandonada donde había un hermoso jardín, golpean la puerta y como nadie salía entran y ven una flor muy linda. La coge y salen. En ese momento oye una voz que le decía:

— Rey picaro que te robaste la flor más linda del mundo y no sabes cuánto te va a costar!

El rey miraba a todos lados y no veía a nadie. Entonces seguía su camino pero a cada momento le repetían lo mismo. Al llegar a la casa pregunta quién es y le dice que se asome, que quiere conocerlo.

— Si de veras quieres conocerme, enciende esta mecha.

El momento que prende la mecha, mira para arriba y ve que por la mecha bajaba un culebrón de siete cabezas. Se asusta y le pregunta:

— ¿Cuánto quiere que le pague por la flor?

— No tienes con qué pagarme.

— ¿Cómo, que no tengo? ¿Cuántos millones quiere?

— No, tienes que desprenderte de algo que quieras mucho, más que a nadie en la vida.

— ¿Quieres a mi mujer?

— No.

— ¿Quieres que te dé a algunas de mis entenadas?

— No.

— ¿Quieres a i ti hija, o qué?

— Sí.

— Puedes matarme, pero a mi hija no te la doy.

— A ti no te he de matar, pero sí a tu mujer y a tus tres hijas. Tu te quedarás ufriendo.

— Si mi niña no se ha de salvar te la doy, pero no ha de haber ningún padre en ei mundo que te quiera.

— A mi dame la palabra, que yo sabré qué hago. Mañana a las siete de la mañana me la das.

Llega el rey a la casa. No merendó, estaba muy triste y preocupado y su hija le pregunta qué es lo que le pasaba y el padre le contó lo sucedido. Ella le dice:

— Papacito no te preocupes, que el culebrón no ha de ser tan bravo como esas tres culebras que hay en la casa.

Y le contó todo lo que le hicieron.

Al día siguiente va llevando a su hija y le entrega al culebrón, quien la ve y le dice:

— Niña Bella, pasa al comedor que tu desayuno está servido.

Y luego:

Niña Bella, pasa a la sala que ahí hay revistas para que leas.

Por la noche le dice:

— Niña Bella, pasa a tu cuarto que tu cama está lista. Fue y durmió muy bien. Al día siguiente pide permiso para ir a ver a su padre y contarle cómo le ha ido. El culebrón le aceptó, pero solamente tienes permiso hasta las cinco de la tarde. Le dio un caballo blanco para que se fuera.

Llega a su casa y les cuenta cómo estaba ella y que podía visitarle solamente hasta las cinco. La madrastra y sus hijas planean hacerla quedar la noche para que tenga problemas. Entonces cuando ya se despedía la niña Bella, la madrastra se hace la enferma por tristeza de que ella se iba y el padre compadecido le pide que se quede. Se quedó a dormir ahí sólo por su padre.

Al siguiente día se fue a las siete de la mañana y el culebrón le recibió bravo, pero le perdonó porque sabía que la habían engañado. Ahí le pide que se case con él y la niña le acepta por ser esta la voluntad de su padre. Y le dice, el culebrón.

— Tenemos que irnos a casar a un pueblo, pero antes de llegar a él tenemos que pasar por cuatro pueblos en los que nos van a atacar y tú tienes que defenderte.

Ella acepta y le pide:

— Antes de ser tu esposa quiero conocerte.

— Si quieres conocerme enciende esta mecha.

Al encender la mecha, vio bajar el culebrón y en ese momento le dice:

— No no, ni pienses que yo me caso contigo.

— Si tu no te casas conmigo, mataré a tu madrastra y a tu padre, a tí no te mataré.

— Si mi padre no se ha de salvar, yo me caso contigo.

De este modo se fueron a casar. Llegaron al primer pueblo y salió la gente y la policía a matarlo al culebrón. La niña sale a defenderlo.

— No lo toque, porque sino la ciudad quedará en escombros.

En el segundo pueblo sucede lo mismo.

En el tercero y cuarto la gente se escondió del miedo. Y al llegar al quinto, cuando iban a entrar a la iglesia, el culebrón no pudo pasar por la puerta y mandó a la niña a que llame al padre y los case.

Al cura le explica la niña que iba a casarse con el culebrón de siete cabezas. Este en vez de extrañarse le dice que no importa con quien se case, que a él lo que le interesa es el dinero que le paguen por celebrar ese matrimonio. Aunque en realidad cuando se topa con el novio, decide que no debe casarlos, pero ahí la niña lo amenaza y no tuvo más que casarlos.

Una vez casados, el culebrón sale convertido en un príncipe y le dice:

— Gracias padre por haberme dado la libertad; yo era un príncipe muy justo y famoso, pero una bruja envidiosa me transformó en culebrón.

Le pagan al padre y se van a la casa del papá de la niña. Ante todos reunidos les cuentan lo ocurrido y la madrastra que no cabía de envidia, va a prepararles el dormitorio a los recién casados y puso un alfiler envenenado en la almohada, de tal manera que cuando se recuesta el príncipe, se le clavó en la cabeza y quedó muerto.

La niña desesperada viendo a su esposo muerto, siente miedo de que la culpen de haberlo asesinado y huye al monte. Una noche se queda dormida en un tronco de árbol y aparecen dos palomitas; una negra y una café. La café era una bruja carmelita hechicera y la negra era

una bruja voladora. La una recorría la una mitad del mundo y la otra la otra mitad. Estaban conversando estas brujas sobre los sucesos del día y la hechicera le cuenta que el príncipe, debido a las artimañas de la madrastra de la niña Bella, había muerto. Que en ese momento están en junta cuarenta médicos en el palacio y no pueden salvarlo.

— Tú no sabes cómo salvarlo? -le pregunta la voladora.

— Mira, si a tí te sacan tu aceite y le untan en el cuerpo de cualquier persona, podrían volar. Y si a mí me sacan mi aceite y lo ponen en la cabeza del príncipe, encontrarían el alfiler y lo salvarían.

Como la niña escuchó todo desde el árbol, prepara una trampa: consigue un frasco y cuando llegaron las dos brujas les da un palazo y las mata. Sacó el aceite del ave carmelita y lo puso en el frasco. Saca el aceite de la voladora y se pone en su cuerpo para volar donde el príncipe.

Llegó al palacio disfrazada de médico y pide entrar para curar al príncipe, pero el rey le anuncia que si no cumple lo que ofrece, le cortará la cabeza.

Entra sola al dormitorio del príncipe, le puso el aceite en la cabeza y encontró el alfiler. El príncipe en ese instante ya empezó a despertar y riéndose llamó al rey y le dijo:

— Págueme lo que sea a este médico que me ha salvado.

Entonces ella se descubre y denuncia a su madrastra y hermanastras todo lo malas que habían sido y le pide al papá que las haga morir, que muy bien quedarían tranquilos sin ellas. Las hicieron amarrar a las culpables de cuatro novillos ariscos. Los animales corrían arando la tierra y las mataron a golpes. (39).

LAS TRES HERMANAS

Habían tres hermanas bien pobres, que para poder subsistir trabajaban en la noche tejiendo. Pero sucede que en esta ciudad el rey había prohibido que se prendan las luces en la noche, que sólo se trabaja de día. Entonces ellas trabajaban a escondidas, porque si eran descubiertas, el rey las mataba.

Conversando entre las tres, decía la una que ella se casaría con un cocinero; la otra con un panadero y la tercera con el rey porque él manda.

Los vigilantes las descubren y desde afuera oyen la conversación.

Regresan y le informan todo al rey.

Viene personalmente el rey y averigua.

— ¿Quién quiere casarse con un panadero?

— Yo.

— ¿Quién con el cocinero?

— Yo.

— ¿Quién con el rey?

— Yo.

Resolvió que las tres hermanas cumplan sus deseos y en consecuencia las dos primeras

no vieron con buenos ojos el matrimonio de su hermana que se casó con el rey.

Esto le promete al rey darle tres hijas que se llamarían Marías y el rey le contesta:

— Si tú no me das las tres Marías, te mato.

Quedó embarazada y en el momento del alumbramiento, las dos hermanas envidiosas le cambian las niñas por tres perros recién nacidos.

Las niñas fueron mandadas por el río. Ella lloraba convencida de que tuvo tres niñas.

Cuando llega el rey, la despreció para siempre, la amarró en una mesa desnuda y ella se lamía los huesos que él desperdiciaba de su comida, o las migajas que el rey le tiraba. Sólo así se alimentaba.

Las niñas se fueron con la corriente y llegaron al palacio de otro rey cuya esposa no tenía hijos, por lo tanto las acogieron con el mayor beneplácito y las criaron como princesas.

Al nuevo padre, al otro rey, le interesaba que sus hijas sean felices, les dice que pidan lo que ellas deseen y éstas le piden tres instrumentos: una guitarra, un bandolín y un violín; además que traiga un profesor para aprender a tocar y cantar.

Desde el palacio antiguo, el rey, el padre legítimo las escuchaba tocar todas las noches. Un día va para este palacio y se enamora de una de ellas. Hicieron una fiesta y entablaron muy buenas relaciones.

Pero había un loro que se dio cuenta de todo y les dice:

— No le crean nada a este viejo sucio, sinvergüenza, no le atiendan, este viejo es infame, incestuoso y a la mierda que debe atender no la atiende.

— ¿Y cuáles son mis hijas? -pregunta el rey acusado.

— Estas son tus tres Marías, las que dio a luz tu mujer. Y le aclara todo lo que ocurrió.

Van todos a la casa y descubren a la reina tiranizada. El loro insistía en culpar al padre infame, quien no pudo resistir y murió con ataque cardíaco.

Las niñas conmovidas ante su verdadera madre, la curan y se quedan a vivir con ella.

Los padres adoptivos se cambiaron entonces a vivir en el otro palacio con sus hijas. Entonces encontraron a las dos hermanas y las mataron con sus maridos el panadero y el cocinero, por envidiosos. Después todos juntos vivieron felices. (39).

LA SAPA

Había una familia que vivía en una granja, cuya fuente económica era un manzano con mucho árboles que daban frutos constantemente y de una calidad excepcional. El hogar tenía tres hijos: dos normales físicamente y un patojito. Los dos primeros, holgazanes, amantes del fácil vivir; el último de buenos sentimientos y extremadamente cariñoso con sus padres y hermanos.

Cierto día, el huerto amaneció destrozado: todos sus follajes, flores y frutos se encontraban en el suelo. El padre del hogar no encontraba la causa. Ante tal situación, el hijo mayor se presentó al padre para expresarle el deseo de que él determinaría el motivo o el hechor de seme-

jante cosa si se le diera una botella de trago, una guitarra y una beta (*ojo) a fin de velar la noche y poder cumplir su misión. El padre le dio los objetos requeridos. Pero el hijo tomó el trago y se pasaba tocando la guitarra y cuando terminó de beber el licor se quedó profundamente dormido y ni siquiera salió a ver en el huerto, por la noche o la madrugada.

Al día siguiente, antes de que la aurora rompiese, el padre ansioso por saber el resultado del plan de su hijo, salió de sus poltronas. Su sorpresa era mayor que antes, pues se habían destruido más manzanas. Incepó fuertemente a su hijo farsante.

Luego de algunas horas se presentó el otro hijo físicamente sano a ofrecerse que él destruiría al intruso que acababa con los árboles. Su padre se mostró incrédulo al principio y terminó por acceder a la propuesta, pero tenía que darle un queso, un atado de raspadura y una beta.

El hijo, con tal comelona, se retiró a esperar la noche. Se encontraba en su cuarto cuando comenzó a comer el queso y la raspadura. Hartado que se quedó no tuvo como salir a realizar algo por descubrir el motivo de la destrucción de los frutales.

Asimismo el padre salió a las cuatro de la madrugada a apreciar algo bueno que podía haber hecho su segundo hijo. Experimentó igual decepción o más que la que tuvo con su anterior hijo. Lleno de rabia insultó a ambos y les obligó a que abandonaran la casa.

En instantes del almuerzo, el patojito se ofreció de igual manera a fin de ver qué es lo que sucedía por la noche en el huerto, asegurando que tomaría todas las medidas para atrapar al malhechor. El padre apreció la actitud de su hijo patojito como una ironía y le manifestó, extrañado, que si los dos anteriores, siendo fuertes y normales no hicieron nada, mal podía el inválido. Insistió éste que le dejara probar y que sólo necesitaba la beta. El padre, considerando que el pedido era diferente al délos otros... permitió entonces que su último hijo se encargara déla situación.

El patojito, envuelto en las sombras de la noche y guiado por la penumbra de una pálida luna que se ponía, colócase bajo de un copioso árbol, de una de cuyas ramas pendió la beta, atándole aquel extremo, mientras el otro extremo lo tenía en sus manos. Se echó en el suelo y fingió estar dormido.

Pasaron algunas ñoras y sintió que algo se acercaba; dejó que penetrara en el lazo colgado y tiró la beta para sujetar al bulto. Era un conejito vivaracho que comenzó a hablarle:

— Tu eres diferente a tus hermanos; ellos perseguían sólo el placer. Tú eres de buenos sentimientos, y por eso me acerqué para contarte un secreto: soy hada, estoy encantado pero con poderes inmensos que permiten realizar imposibles.

Y le entregó al patojito atónito ante lo que le parecía un sueño, una bolsita para que se colocara en el pecho. Cuando deseara algo debería pedirle a la bolsita con estas palabras: “Chupushita, chupushita, por la virtud que Dios te ha dado, quiero... (tal cosa)”.

Rogándole que guarde el secreto desapareció el animalito con la velocidad de un relámpago.

El patojito, embriagado de alegría por tan singular poder que obtuvo, tomó la beta y se colocó en el centro del manzanal. Ahí invocó a la bolsita para que se rehagan todos los árboles...

(*) Beta: Cordel fuerte de cuero crudo de res.

Pasaron pocos minutos y ante su asombro y perplejidad, todos ellos iban cubriéndose de follajes, flores y frutos con más exuberancia que la que tenían antes de ser destruidos.

Salió el padre y se maravilló contemplando tanta belleza y abundancia de su huerto y flotando de alegría infinita no podía como agradecer a su patojito. Tal acontecimiento, en cambio, aumentó la ira de padre en contra de sus dos hijos holgazanes, a quienes les volvió a exigir que salieran de la casa y que se fueran lejos, a que regresen después de un tiempo aprendiendo a trabajar y casados. Pero el patojito decidió seguir a sus hermanos, a quienes tanto quería.

La madre le preparó un gran fiambre. Así comenzó su marcha por el camino que iban aquellos. A poco que los vio, gritaba, llamándolos. Le oyeron, pero llenos de indignación y, a la vez, de astucia, lo esperaron. Tomaron todo su fiambre, lo maltrataron gravemente, le quitaron los vestidos... para luego atarlo con las betas (todos llevaban las betas pedidas al padre) junto a un árbol a fin de que perezca. Así lo dejaron los hermanos malvados y siguieron su marcha.

El patojito no se acordó de invocar a su bolsita. Pasó un hombre en su carreta y se acercó al infeliz que iba a ser presa de los buitres; pero no podía desatarlo. En tales circunstancias, el patojito se acuerda del regalo del conejito e invoca.

— Chupushita, chupushita, por la virtud que Dios te ha dado, sálvame.

De súbito se presentó el conejito y lo vistió con toda elegancia y le dio un suculento fiambre.

De nuevo el patojito sigue a sus hermanos, los alcanza y les da de comer, pero sigue la ingratitud de aquello;. Nuevamente lo castigan y lo cuelgan con la beta hacia un enorme abismo. Implora el patojito a su mágica bolsa y se salva. Continúa el camino para juntarse con sus hermanos. En esta vez comprendieron que los seguía por amor fraternal.

Entonces se reunieron para planificar sus actividades futuras. En tal punto había tres caminos: el de la izquierda, del centro y derecha. El hermano mayor se fue por la izquierda; el menor por el centro y el patojito por la derecha.

La consigna entre los tres hermanos fue de que buscarían fortuna y esposas, para regresar a donde sus padres.

Caminaba el patojito horas y horas y se encontró con un palacio majestuoso en el que se movían solamente sombras y se escuchaba una música sublime. Las sombras lo invitaron para prodigarlo toda atención. Pero se intrigó con todo aquello, por lo que trató de descubrir la causa y quién interpretaba semejantes melodías. Miraba por todas partes y por unos claros ventanales de cristal vio que una Sapa saltaba sobre las teclas de un hermoso piano. Era, pues, ese animalito que ejecutaba el instrumento con tanta dulzura.

El patojito se puso a conversar con la sapa que era una princesa encantada. Ambos se contaron su vida. La sapita se alegró de la llegada del patojito, a quien llegó a amarlo. Ordenó a sus sirvientes (sombras) que le dieran todo cuanto quisiera el hospedado. En efecto, feliz y lleno de toda comodidad vivió algunos meses. Pero llegó la fecha que tenía que regresar a encontrarse con sus dos hermanos. Deseaba, entonces, un regalo para su padre, pero muy especial. La princesa le dio una cajita mágica.

Salió del palacio el patojito a encontrarse con sus hermanos en el sitio donde

partieron antes. Se unieron todos y partieron a casa con sus regalos correspondientes, con más la noticia de que tenían enamoradas bellas (los dos); pero el patojito no podía decir que la suya era una sapa. Llegaron a donde los padres. Les dieron los regalos, pero el mejor fue del patojito, regalo que surgió de la cajita mágica, y así impresionó mejor a sus padres.

Regresaron a llevar a sus novias. El patojito estaba de nuevo en el palacio y se encontró con la princesa, la misma que ya se había desencantado de sapa.

Maravillosa mujer, quien lo amó y salieron con las riquezas fabulosas para la boda.

Asimismo los otros hermanos hacían cosa igual, pero en condiciones menores, tanto en fortuna como en belleza de cada una de sus novias.

Alegres, padres y familiares, desde entonces vivieron completamente felices.

Colorín,

colorado,

que el cuento se ha acabado. (11).

(Quito, 1962)

EL LAGO DEL DIABLO

En un pueblo había cierto anciano llamado Pedro, el mismo que tenía un hijo llamado Juan. Un día, al cumplir los 20 años, su padre le dijo:

— Hijo mío, he luardado este secreto hasta que cumplas 20 años: atrás de esta llanura hay un lago que lo llaman del Diablo, en el centro hay un árbol de manzano que da manzanas de oro, el que coge una de éstas inmediatamente se secará el agua y quedará a la vista un hermoso palacio.

Juan preguntó a su padre por qué el palacio asoma en el lago. El le constestó:

— Antiguamente había un rey degenerado que no se preocupaba por su pueblo y, en castigo, el diablo inundó el palacio.

Al día siguiente, Juan salió en busca del árbol de los frutos de oro. Pasó por la llanura y cuando estaba en el camino más peligroso oyó una carcajada. Regresó a ver y no vio nada. Se subió a un árbol en el cual estaba un pajarito de bello plumaje. Nuevamente oyó la carcajada y se preguntaba “quién era?”. Entonces vio al pajarito que batía las alas y que, con una voz dulce, le dijo:

— Juan, no desmayes. Sigue hasta encontrar el lago del diablo.

Enseguida el pajarito emprendió vuelo. Juan siguió avanzando y nuevamente oyó la carcajada del diablo y dijo “Dios mío, dadme fuerzas”.

Hasta que al fin vio el lago del diablo y en el centro el árbol de las manzanas de oro. Cuando se disponía a cogerlas un dragón de dieciocho cabezas lo iba a devorarlo; entonces Juan dijo “Dios mío, no me abandones”. Se armó de valor, cogió su espada y se dispuso a combatirlo. Cuando la primera cabeza iba a devorarlo, de un solo golpe la cortó y así sucedió con las

demás. Luego cogió una manzana de oro y en ese momento las aguas se secaron y apareció el famoso castillo. Entró a éste y vio a su padre con una hermosa doncella, el cual le dijo:

— Por valiente, te casarás con esta doncella y serás rey de este pueblo.

Juan fue rey del pueblo y vivió feliz con su querida esposa. (11)

Quito, 1962

PÁJARO VERDE

Este es un hombre con su mujer. Tenía dos hijos Antuquita y Francito. Murió la mamá y quedó el papá con los dos hijos y había una vecina que tenía 10 hijos y allí el papá se casó con la vecina. Se mataba un animal (no les alcanzaba) y después la madrastra le dijo al papá que se llevara a Antuquita y Francito donde los pajaritos no cantaran, ni el agua corriera”.

Al otro día el papá los llevó y Antuquita llevó ceniza. Iba hechandola por el camino. El papá les dejó lejos, habían matado un venado y les dejó colgado un calabazo que sonara como hachadura de palo. La noche venía y ellos estaban en el monte y el padre salió con el venado. La madrastra estaba cocinando a las 12 de la noche y Antuquita y Francito llegaron a la casa de noche y se metieron debajo de la casa, la madrastra dijo: ¿En dónde Antuquita me dejó la cuchara de mate? Y ella le contestó: —Madrastra, encima de la barbacoa está —

Le dijo: —Marido yo te dije que los fueras a dejar donde los pajaritos no cantaran, ni el agua corriera.- Los hizo cubrir y no les dio de comer. Al otro día el papá les llevó a la Selva. Llevaron maíz, las pepas que echaron por el camino los pájaros se lo comían y cuando ya fue la noche no sabían cuál era el camino. Durmieron en un árbol. Al otro día caminaban, tenían sed, hambre y no sabían donde ir. Después apareció un pájaro verde que les hizo una casa, les dio de comer y les dijo:

— Cuando quieran algo, pídanme.

Pasaron los días el pájaro verde durmió con la chica y le hizo un hijo. Le pedían zapatos y les daba, el pájaro verde se la quería llevar a la casa de él y el hermano no quería y le dijo:

— Hay dos caminos, el uno tiene una flor abierta y el otro una flor cerrada-. Y Antuquita agarraba la flor cerrada. Se fue y el hermano quedó llorando.

— Cuando lleguemos donde mi mamá —el pájaro verde dijo— no te hagas tocar de mi mamá. Todas las chicas que llevo, ella las mata.-

Cuando llegaron no se hizo tocar. Pájaro verde se iba y quedó Antuquita en la casa, no se hacía tocar déla mamá del pájaro verde. Ahí cerca no había agua y la mamá del pájaro verde le dijo a Antuquita que trajera agua. No había qué hacer y le dice a la cuñada:

— Llama al pájaro verde, pega 3 gritos; a los 3 gritos el ya está aquí y le pides lo que quieras.

Pegó 3 gritos, el pájaro verde llegó:

— Tu mamá quiere que le traiga agua pero no sé donde queda el agua —.

Al instante pájaro verde le trajo el agua, después pasaron los días. Como no la podía matar

la mamá de pájaro verde, de todas las aves del mundo pidió una pluma. Llamó a pájaro verde y le dice:

— Tu mamá quiere que de todos los pájaros del mundo le saque una pluma y si no le traía las plumas me mataría- .

Pájaro verde trajo todas las plumas de todas la aves del mundo. No la pudo matar. La mamá de pájaro verde subió encima del cielo, donde la hermana que era bruja y le dijo que iba a mandar a Antuquita para que la matara y después regresó a la casa y le dice:

— Antuquita, tiene que irme a ver un peine que se quedó en donde mi hermana — .

Antuquita no sabía qué hacer. Pájaro verde no estaba por ahí, ni por mucho que lo llamara, no llegó pájaro verde. Antuquita se fue y llegó donde la hermana, y se puso a sacarle piojos, cada piojo una chispa de candela, la bruja se quedó dormida, Antuquita la puso despacio y salió corriendo, decía: —Palos, piedras, háganme pasar— . Después se levantó la bruja y corrió detrás de Antuquita -Malditos palos, malditas piedras, háganme pasar— Antuquita iba adelante —ríos, mares, todo lo que se encuentre en mi camino háganme pasar y Antuquita pasaba y la bruja decía: —ríos, mares, háganme pasar—. Se ponían más bravos los ríos y los mares.

Después Antuquita llegó a la casa, estaba en días de dar a luz y después la mamá de pájaro verde se puso furiosa porque la hermana no mató a Antuquita.

Cuando llegó la hermana, Antuquita ya tenía los dolores para dar a luz, llamó a pájaro verde, él al instante llegó y dice: - Cuando estés dando a luz, no te hagas tocar ni por mi madre, ni por mi tía, sólo de mi hermana.

Así lo hizo Antuquita, cuando dio a luz no se hizo tocar ni por la mamá de pájaro verde, ni por la tía. Se fue la mamá y la tía y nació el hijo de Antuquita.

Vino el hermano de Antuquita, se casó, se quedaron viviendo en el palacio y se terminó el cuento. (69).

Guayaquil, 1981. Gilda Holst, recopilación. Luzmila Porozo, Informante.

EL PADRE ENVIDIOSO

Informante: Agapito Rodríguez.

Este era un Padre envidioso que vivía en una ciudad. Y en esta ciudad había un señor que era también muy pobre, bien pobre, y 'solutamente tenía una sola vaca. Que él de esa sola vaca decía que él d'esa sola vaca vivía [¿no?], de la leche para el sustento de to'o sus hijos.

Y para esto [¿pue'?), el Padre v'ía de que esta vaca daba vestimento para to'o su' familiar'. El Padre no estaba conveniente que ese hombre pobre tuviese esa vaca.

Así que el Padre to'o' los días iba a la casa del hombre pobre, le decía:

-Hijo -l'ice. Dice-: ¡Véndeme la vaca! -l'ice.

— No —le 'ice- , mi Padre. No la vendo porque esta vaca es la que me da la vida. Bueno. Se iba y el siguiente día volvía el Padre:

— Hijo —le 'íce — . Buenos día' -le dice — , ¡Véndeme la vaca! Y si no —'íce— dale a la Virgen —dice-, que la Virgen te dará más d'eso.

¡Caramba!

— ¿Y qué he d'hacer? —él pensaba mucho. Y le decía a la mujer: —Mujer —le dice— ¿qué dice'tú —le dice', le daremo' la casa a la Virgen? —dice. Que el Padre —dice— que la Virgen no' (nos) da máh d'eso —dice-, más de la vaca.

Entonce' le dice un día la mujer, le dice:

— Sabe, marido? —le dice—. No —le dice — , si es la vida que no' (nos) da la vaca. ¿A dónde vamo' a darle (a) la Virgen, si la Virgen no nos va da? — dice — , ¡Imposible!

Así que to'oh los días, to'oh los días el Padre venía 'onde este hombre pobre:

— Hijo, déme la vaca para la Virgen, que la Virgen le dará más d'eso.

Un día ya el hombre se le removió to'o la consciencia y le dijo que “bueno, que sí se le daba (a) la Virgen la vaca”.

Para esto se le dio, a la Virgen, la vaca. Entonce' la mujer quedó resentida porque él le había dado la vaca. Entonce' ya al siguiente día vino él del trabajo, ya no le tenía nada, porque... no había de adonde [pue', ¿no?]. Entonce' [pue'] no dijo él nada, dice:

— Bueno.

Cogió él su cama y se acostó, sin comer nada de comida. Entonce' para esto' la mujere viendo eso (pue'), lloraba ella (pue' ¿no?) que “porque la vaca era la vida que tenían ello' porque le' daba todo”.

Entonce' el hombre... un día... para esto [pues], así días van días vienen... el hombre sufriendo [pues] de necesidades [¿no?], porque ya la vaca [pue'] conforme le dijo el Padre que ya se le daba le cogió el Padre y le herró de su fierro. Entonce' la vaca ya no contó con él sino que la vaca ya contó en mano' del poder del Padre.

Así que para esto [pues], un día de esto se pone la vaca dispuesta. Y para esto [pue'] el Padre tenía una semejante cantidad de sabana que había encerrado [pues], potreros [¿no?]. Y entonce' allí tenía alto ganado. Tenía más... [se puede decir] más cría' toro' que vacas.

Así que la vaca se puso alunada, entonce' [pues] dispuesta y empezaron [pues] los toro' a molestarle a la vaca. Hasta que la vaca [pues] le hicieron loca [¿no?].

Y entonce' para esto [pue'] la vaca se sale del potrero, golpeó el alambre. Se sale. Y entonce [pue'] con corneo la vaca salió [pue, ¿no?]. Empezaron a salir [pue'] to'o el ganado [pue'] 'el Padre Cura [¿no?].

Entonce' cuando un día al amanecer la vaca se fue derecho al corral del dueño [pue'], del hombre pobre [¿no?], porque tenía su corral adonde su vaca lo tenía. Entonce' cuando él se levanta en la mañana, que ya se i'a a trabajar, díceles ahí, dice:

— ¡Caramba!

Ya sin na'a [pueh] de alimentos. Entonce' él sale a la ventana y ve [dice], entonce' ve [pue'], to' ese ganado que estaba encerrado en su corral que su vaca l'había traído. Entonce' llega y le dice:

— Ya ve —le dice — , mujer —le dice— ¿no te dije qu'es cierto que la Virgen me iba a dar más, más d'eso de la vaca? Mira —le dice — , levántate, ve el corral cómo está lleno de vaca. De vaca hembra y toros.

Entonce'el hombre se bajó y to'as lo que 'taban afuera encierra encierra encierra... en su corral. Encerró. Ent mee' él subió y empezó a herrar to'o el gana'o, de su fierro d'él, del hombre pobre. Hien a, hierra, hierra, hierra, hierra... hasta que terminó d'herrar.

Bueno, entonce, para esto tpue'] como en una' ciudad en los pueblo' [pues], tanta gente [¿no?] que conoce de los biene' de uno' de de otro' [¿no?], se conocen, se fue un señor donde el Padre (Padre Cura , le dice: "Fulano le está herrando to'o su gana'o, ya lo tiene herra'o"

— dice.

— ¡Amba, hijo! ¡Caramba!) —el Padre se rascó la cabeza:- ¡Vea! -dice-. ¿Qué pasa? Sí que se vino el Padre enseguida donde el hombre, le dice:

— Oye —le dice— hijo, ¿por qué me ha herrado to'o mi gana'o?

— Padrecito, ¿Ud. no me dijo que le diera mi vaca que la Virgen me daba más de eso? Yes muy verdad que la Virgen me ha da'o porque ha venido to'o a mi corral. ¡Es mío!

— No, no, no, h jo. No, eso no. ¡Es mío!

— No, mi Padre. La Virgen ha hecho milagro y me ha dado to'o eso. ¡Es mío! El Padre se caler tó, se molestó, se fue. Se fue a demandar el hombre donde el Teniente. Entonce' ya donde e Teniente llamaron al hombre pobre. Entonce', le dice:

— Sabe —le dice —, mi Teniente, que es mi Padre to'o' los días —dice— como tenía mi vaca —dice to'o' los días iba que se la diera (a) la Virgen porque la Virgen m'iba a dar más de eso. Y es muy verdad í, pues —le dice — , mi Señor Teniente, mi vaca ha llegado a mi corral y con to'o esa... ¡es m o! pues —le dice.

— Bueno, hijo - dice-, está bien —le dice-. Mi Padre —le dice el Teniente Político — le dice — , es d'él, | ues. Ud. le hizo esa propuesta, pues, la Virgen le ha mandado —le dice—, es d'él.

— Bueno...

Se fue, caliente, el Padre, "no y que no y que no entrego".

— Bueno —ledice —, ahí vai (va) otra cosa. Que si tú —dice — , me despierta —dice— en la hora 'e la noche a la jna 'e la mañana en punto en el convento donde yo duermo te llevarás —dice — to'o. Y si no me despierta -dice-, pierdes.

— Bueno —le dio—, mi Padre, 'ta muy bien.

Y para esto [pue] el Padre tenía una criada que era como hija [¿no?], que había criado él [pue' ¿no?], como una hija [pue' ¿no?].

Bueno, entonce' [pue'], temprano este hombre [pues] dentro la misa a la' siete, ocho [pue']... El se metió, se fue a el convento donde dormía el Padre, de una vez se fue y se le pone adebajo 'e la cama, e hombre pobre. Bueno, para esto .-?' quedó ahí durmiendo él.

Cuando ya terminó to'o el rezo de misa, to'o eso [pue'] ya el Padre so arrecogió. Y como esto' [pue'] señore' [pues] cada uno duerme en tu departamento [pues, ¿no?! entonce' ello' ya se pusieron to'o' en paño' menore' a dormir.

Cuando [pues] pi ra esto [pue'] el Padre [pue'] liabía sabido vivir con la criada [pue'] que había criado [¿no?].

Ya eso empezaron ello' de su ama de allá de donde dormir ¿esta niña, y el Padre acá, empezaron a ello' jugarse. Entonce' [pue'], el Padre le echaha ¡pues! mano a ella [pues]... le echaba [pue'] en el molde [pue', ¿no?] y le decía:

—¿Cómo se llama eso, hija? —dizque le decía. Y todavía le decía “hija”. Dice:

— Eso se llama “infiernillo” —le dice.

Entonce' [pue'], esta niña le echaba mano también [pue'], al Padre [¿no?]:

— ¿Cómo se llama eso?

— Eso se llama Pilato'

— Entonce', pues —le dice [este...] el Padre, dizque le dice— entonce', pue', que entre Pilato' al infiernillo, pue.

Y se cogen.

Bueno, para esto este hombre estaba viéndolo ahí. Cuando ya era [pues] una 'e la mañana en punto por reloj [ya ve]:

— Mi Padre, mi Padre —que estaba dormi'ísimo —. Ya —'ice— tenemo' la una en punto 'e la mañana.

No se recuerda [pue'] el Padre y ve [pue'], la muñequera: “la una en punto”. Dice:

— Hijo, ya me ganaste —dizque dice — . Ya me ganaste, ¿y desde (desde qué) hora está aquí, hijo? —le dice.

— Sabe, mi Padre — le 'ice —, yo estoy aquí desde que entró — dice — Pilato' al infiernillo — le 'ice.

— Ah hijo, ah hijo ¡por Dios! —dice — . Vayse, vaye, vaye, ya —dice— llévase, no vayas a decir a nadie —le dice — . Ya te llevas to'a mi hacienda —le dice.

Y ahí terminó.

Engabao, provincia del Guayas 1966.

EL DUENDECILLO

Informante: Amparo Moreira.

Esta historia es verdadera, solamente los nombres no los recuerdo con exactitud pero en variadas ocasiones la escuché én labios de mi madre contarla a todos sus amigos que conocía.

Sucedió aquí en la ciudad, en ese entonces las calles no tenían asfalto y habían muchos árboles. Era prácticamente una aldea, una comunidad, la que estaba sujeta a restricciones de parte de la iglesia y un irracional temor a Dios.

Se llamaba Mercedes, era rubia, con las pestañas largas y arqueadas, todos los mozos casaderos la cortejaban pero ella no les prestaba atención alguna hasta que cierta vez se enamoró de Faustino perdidamente, y él de ella. Pero había una pequeña criatura muy hermosa que aparecía y desaparecía misteriosamente y le hacía la vida imposible a Mercedes. Cuando ella iba a comer, el duendecillo le escupía la comida. O le jalaba de los cabellos. Delante de personas la tomaba en peso para llevársela. Los padres de ella no sabían ya qué hacer porque Mercedes parecía agonizar, no comía, ya no reía, semejaba un alma viviente.

Cierto día, una viejita le habló al oído al padre de la chica, éste, prestó gran atención a lo que decía la señora.

Poco tiempo después el padre de Mercedes llegaba al pueblo con un hombre negro.

Una noche cuando Mercedes dormía, el negro se desvistió completamente y se acostó al lado de la chica.

Más tarde apareció el duende y al ver a su amada junto a un negro huyó a toda carrera y nunca más volvió a aparecer.

Mercedes se casó con Faustino y vivieron largos años.

La viejita que le habló al oído al padre de la chica le dio el remedio del negro para que el duende la dejara en paz y así sucedió. (69).

Portoviejo 1982

LA MATA DE AJÍ

Yilda Holst. Recopilación: Luzmila Porozo. Informante.

Este era un hombre con su mujer. Tenía dos hijos (los nombres no me acuerdo de los hijos). Todas las tardes iba a trabajar con el varón. Cuando llegaban iba al encuentro la hija. Había una vecina que estaba enamorada del papá de los chicos, y le dijeron:

— Papa cástate con la vecina.

El papá les dijo:

— No, si les da pan con leche, cuando nos casemos no les va a dar nada.

De tanto insistir el papá se casó. La madrastra era mala, se fueron a trabajar el papá y el hijo y la hija quedó en la casa. La madrastra la mandó a asar un verde que no se quemara ni un poquito y si se quemaba la mataba. Se descuidó, se quemó el verde, ella calentó un fierro y la mató. La fue a enterrar lejos de allí. Cuando llegó el papá y el hermano, preguntaron. Les dijo la madrastra que la hija andaba en la ciudad; ya venía la tarde y no llegaba ella. El hermano se fue a encontrarla en el camino, caminando que iba encontró una mata de ají bien frondosita (bonita). El hermano cogió un ají y la mata le dice:

(Cantado): - Hermanito, hermanito no me cortes mi cabello,
mi madrastra me ha matado por un pan que yo
he quemado.

El hermano agarró otro ají y ella le canta:

(Cantado): — Hermanito, hermanito no me cortes mi cabello,
mi madrastra me ha matado por un pan que yo he
quemado.

El hermano corrió donde el papá y le dice: - papá, topé una mata de ají y agarré un ají y me cantaron:

(Cantado); — Hermanito, hermanito no me cortes mi cabello,

mi madrastra me ha matado por un pan que yo he quemado.

Llevaron, pala, pico y la fuerona desenterrar. Cuado llegaron allá, el papá agarró un ají y le canta:

(Cantado)¹. — Papacito, papacito no me cortes mi cabello, mi madrastra me ha matado por un pan que yo he quemado.

El pensaba que era mentira y agarró otro ají y le cantó (Bis) todo lo cantado.

La desenterraron y estaba viva, la llevaron a la casa y la bañaron. El papá puso a calentar un fierro para matar a la mujer. Cuando estuvo bien caliente la mataron, la fueron a enterrar y quedó viviendo con sus dos hijos feliz.

Guayaquil, 1982

2.— LAS LEYENDAS

LA VIUDA DEL TAMARINDO - Guayaquil

Informante: Miguel Castillo

Era un tamarindo antiguo que existía donde era la quinta Pareja. La quinta Pareja quedaba donde es ahora la Clínica Guayaquil. Las calles exactamente creo que son: Tomás Martínez y General Córdova, en esa área. En esa época era una finca. No era una quinta: se llamaba quinta y era un lugar abandonado y los tunantes, o sea las personas que andaban tras del trago, iban solos, iban que se iban ya a su casa, miraban una mujer vestida de negro que parecía muy bella. En ese tiempo no había pues mayor alumbrado. Entonces el tunante, pues, este que estaba, seguía ¿no? seguía, perseguía a la viuda ésta, a la aparición ésta, y ésta lo llevaba siempre a un tamarindo añoso ¿no? lo llevaba allí. Cuando él iba pues, cuando él llegaba ya casi al pie del tamarindo y luego se volteaba ¡la viuda había sido una calavera de la muerte!. Una calavera, de decir: ¡tremenda!. El tunante caía hechando espuma por la boca.

Esa es una conseja que ha existido mucho, aquí, en Guayaquil. Así que es una cosa muy cierta. Esta es una leyenda de las madres que por no confesar su adulterio pues ahogaban al hijo al fruto de sus pecados, de su adulterio, de su infidelidad. Eso era en la época prácticamente de la Colonia. Era ahí esta mujer, era la mesonera de un tambo que existía en la provincia de por donde es ahora es la provincia de Los Ríos, Babahoyo, por ahí. El marido se fue hacer un largo viaje. Por aquel tiempo los viajes se hacían a muía, todas estas cosas de entonces. Ella se quedó en el tambo, en el tambo tuvo su enamoramiento, tuvo con otras personas que no eran su marido. El fruto de esto fue un niño, tuvo un niño, salió dando a luz de este hombre, pues, y" ella creyendo que el tipo había muerto. Como en aquel tiempo los viajes eran larguísimos, demoraban un año, dos años, tres. Cuando que tiene noticias, que regresa el marido. Entonces esta criatura ya tenía algunos meses de nacida. Ya era grande y pensando que no iba a pasar nada entonces ella coge a la criatura esta. Se monta en una canoa y va y la ahoga. Esto era en el río Caracol, en uno de estos ríos de arriba le ahoga al niño, mata al niño. Viene el marido, pues. Y no falta, pues, quien se lo diga ¿no?. El marido le hace una gran escándalo. La mujer se vuelve loca ¿no?. Le viene -digamos- cargo de conciencia. Ella enloquece y ante la vergüenza de todo esto que pasa en aquella época, pues se va a buscar a su hijo en la canoa para darle cristiana sepultura, porque son creencias que si no se entierra pues en tierra santa, pues se creía esto. Ahora que se riegan las cenizas en el agua por eso es que incluso los curas cobraban para enterrar, sino imagínese, semejante problema.

Desde entonces esta mujer busca. Y hay gente que jura y lo vieron todos, todos los pescadores sobre todo, juran que la han visto, que va todas las noches, que va esta mujer, que va toda la condenona ¿no? que anda con la condenona, que anda con la ataúd, un ataúd pequeñito en la canoa, en la proa de la canoa ¿no?. Encima del ataúd revolotean un poco de moscas y anda con un farolito, busca y busca y llama al hijo y llama al hijo.

Y hay pues pescadores que juran ¿no? por Dios, por todo que la han visto. Algunos dicen que el cuerpo recuperó, pero que sólo le falta el dedo meñique, eso, ¿cómo es eso?... Ella por

último encontró todo el cuerpo del hijo. Sólo le falta encontrar el dedo meñique, y eso es lo que busca todavía, esto es por el lado de Juján. Por eso viene a hacer la penitencia que tiene que cumplir por todos los siglos de los siglos. (69).

Guayaquil, 1982

EL PADRE ALMEIDA

Transcripción: José Gabriel Navarro

Religioso austero y muy entregado a la vida contemplativa era Fr. Bartolomé Rubio. En 1597 fundó la recolección Franciscana en el Valle de Iñaquito, muy cerca del lugar donde pereció el primer Virrey i el Perú, don Blasco Núñez de Vela decapitado por un negro esclavo de Suárez de Carvajal, en la tétrica noche de un lunes 18 de enero de 1546. A instancias del pueblo de Quito, del Cabildo y del Obispo, trasladó dicha recolección con el título de la Orden de los Descalzos de San Diego de Alcalá al occidente de la ciudad unos terrenos que en las faldas mismas del Pichincha contorneaban la estancia Miraflores del rico vecino don Marcos de la Plaza, marido de doña Beatriz de Cepeda e Hinojosa, sobrina de Santa Teresa de Jesús, el cual los donó a aquel santo religioso para dicha fundación.

No podía ser mejor escogido el sitio. Apartado de la ciudad, aún ahora mismo cuando ya se han poblado sus alrededores, aquel lugar es el retiro de los monjes, el solitario nido que tal vez soñaron las mujeres de la Tebaida.

El convento es una inmensa ermita con su capilla con los claustros cuadrados, muchas celdas, un precioso humilladero, una clásica fuente castellana, un jardín, un huerto y un gran bosque de eucaliptos que antes lo fue de cedros, capulíes y arrayanes. Los claustros del piso superior son angostos, bajos de techo e iluminados con una que otra ventana o algún tragaluz, que produciendo durante el día la indispensable claridad impide la curiosidad de la mirada y concentra necesariamente el espíritu en el ambiente austero de santidad y recogimiento que rodea a este lugar. A un lado y otro de las antiguas celdas de los frailes, pequeños cuartos enjalbegados con cal, e i algunos de los cuales aún se encuentra el lecho de madera con tejido de cuero que, cubierto de miserable estera, les servía para su descanso ya de noche, ya en las horas de silencio. Algunas de esas celdas tienen una sola ventana alta en el techo con una puerta que funciona median e un curioso sistema de cuerdas y poleas; otras tienen dos ventanas en una de las paredes, pero tan diminutas que apenas si el espíritu puede salir por ellos.

Las puertas de entrada son de una sola hoja y sus marcos forrados de cuero para apagar el sonido si la puerta se cerrara alguna vez sin cuidado o precipitada o bruscamente. La iglesia, un relicario de arte y de recuerdos. Allí la vista recorre maravillada el artesonado de lazo morisco que cubre el presbiterio, las afiligranadas labores de su pulpito, los restos de la antigua riqueza de la capilla de Chiquinquirá, los artísticos retablos de madera dorada con sus magníficas estatuas, y se detiene, sin quererlo, ante la hermosa Virgen de las Angustias, el ídolo de los

antiguos devotos de San Diego, entre los que se cuentan los marqueses de Maenza, de Lises y de Solanda y los condes de Selva Florida.

Recorriendo el convento, la imaginación más fría se exalta y el espíritu más tranquilo y estoico es arrebatado hacia la edad media o revive las admirables páginas en que describe la vida de los monjes de Occidente el Conde Montalambert. Dan pábulo a la imaginación etc.

A pesar de que en la prolongada ausencia de los religiosos se ha destruido un tanto el convento, no deja de impresionar su ambiente lleno de recuerdos y también de leyendas. Por la iglesia, por los claustros, por las celdas cruza la silueta del célebre Padre Almeida, cuya leyenda no puede ni podrá separarse jamás del convento sandiegano, a pesar de que gran parte de su vida lo pasó aquel religioso en el Convento Máximo, en donde tuvo cargo tan honorífico como el de Guardián y Secretario de Provincia.

Quien no conoce en Quito la leyenda de aquel fraile, en quien la tradición ha querido sintetizar una de las malas épocas de la religión franciscana en el Ecuador y pintando en su persona al fraile picaro, jugador y tunantón que solía pasar algunas noches de claro en claro y no pocos días de turbio, en turbio aprovechando del relajamiento de la disciplina monástica de su convento.

Era don Manuel de Almeida joven de 17 años cuando entró como novicio en el Convento Seráfico de Quito. Único hijo varón de don Tomás de Almeida y de doña Sebastiana Capilla, renunció todos sus bienes en favor de su madre y de sus hermanas Isabel, Guzmán, Gabriela y Catalina. Devoto debió de ser el joven cuando abandonó una regular fortuna y los placeres de la edad los cambió por la disciplina monástica de su convento. No fue ningún pintado en la pared los demuestran los altos cargos que llegó a tener en la Orden: Definidor, Guardián, Maestro de Novicios, Predicador de Precedencia, Secretario de la Provincia y hasta Visitador General.

Pero cuando ingresó en el Convento, malos vientos corrían por los claustros: el demonio de la relajación se había cernido desde la portería hasta el altar mayor y la indisciplina cundido de una manera escandalosa: era la época en que los frailes se hacían arrastrar en coches y literas, jugaban a los naipes y tiraban escopeta para matar al tiempo y el Convento era mirado por alguno de ellos como una gran casa de posada que debía sólo ocuparse a ratos y desocuparse cuando a bien se tuviera, sea por la puerta, sea por el tejado. ¡Las veces que el hermano síndico tuvo que pagar las tejas rotas hasta por los frailes mozos! El joven religioso de nuestra leyenda, no pudo, pues, permanecer por mucho tiempo libre del contagio.

Un buen día cedió a las tentaciones que le tendiera Satanás por uno de sus compañeros de claustro y acudió a comer por la Noche Buena unos ricos buñuelos en casa de cierta devota que se creía honrada con la presencia nocturna de los relajados hijos de San Francisco. Cuatro de estos frailes fueron los que aquella noche saltaron las tapias, entonces bajas, del Convento hacia las calles del Conde y arrebujados en sus mantos se dirigieron por Santa Clara y la quebrada del Auqui hacia la Cruz de Piedra. Junto a la fuente del Sapo se hallaba la casa cuya puerta cedió fácilmente al primer empuje del más confiado de ellos.

Cuando entraron en la sala, el silencio se hizo general, llamando la atención del novicio Almeida la actitud desairada en que se hallaba tendida por los suelos una arpa casera, al compás de cuyos sonos habían ingresado a la casa.

No debió de causarle impresión buena la frialdad del recibimiento, pero no pudo prolongarse el disgusto con que probaba la vida mundana del religioso porque bien pronto desdoblóse un biombo de siete mil colores y saltaron a media sala hasta media docena de frailes dominicos.

Ari chicu, chicu, nuestro Padre San Francisco fue el saludo de ellos, dando brincos y almadras delante de los seráficos.

Gin, gun el niño Jesús fue la respuesta que dicha en coro y seguida de carcajadas y bromas hizo latir de gisto el corazón del Fr. Almeida.

Volvió el arpa a las manos del dominicano que le había suelto rápidamente para jugarles una broma a los hijos de San Francisco y en medio de cantos y danzas concluyeron los sabrosos buñuelos de aquella primera noche buena de Fr. Manuel.

La del alba era cuando regresó al convento, en donde apenas se notó en el coro y refectorio la falta de dos o tres religiosos que se habían quedado rezagados. Comer y rascar hasta empezar, dijo Fr. Maní. Al día siguiente, pidiendo a sus compañeros de la víspera que volvieran a llevarlo aún cuando fuera para no comer buñuelos. A los pocos días, ya era él quien invitaba después de algunas semanas y eran los otros los que debían contenerle en los límites precisos de un escándalo religioso. Pero era imposible, y ni Fr. Mateo de San José que en memorable lunes, once de julio de 1672 se atrevió a hablar desde la cátedra sagrada contra la vida relajada de algunos de sus hermanos, en momentos que se honraba a los religiosos difuntos con solemne ceremonia pública y gran misa de réquiem, pudo convencerle de la necesaria moderación en el escándalo.

Un buen día ya no le pudieron aguantar los mismos compañeros y le recluyeron en San Diego, para ver si se moderaba. Todo en vano. Durante el día pasaba inquieto esperando la llegada de la noche para largarse muro abajo en dirección a la ciudad. Había estudiado con toda detención el mejor sitio para la comodidad de sus nocturnas evasivas y visto que el Cristo enorme que se hallaba en el Coro, al pie de la ventana que daba hacia la plazoleta podría servirle de escalera y de él se utilizó durante largo tiempo. Mucho debió ser cuando el mismo Cristo se cansó de aguantar las irreverencias del fraile. Cierta noche que volvía, sin duda, a las mil y una noches de sus escandalosas orgías, abrió sus labios el Cristo y le dijo estas palabras: ¿Hasta cuándo Padre Almeida? Levantó la vista el fraile, se repitió a sí mismo la interrogación impresionante; pero el diablo le trajo al vivo en su recuerdo de lo que afuera le esperaba, y entonces sin vacilar contestó: "Hasta la vuelta, Señor".

En efecto, aquella noche fue la última (*). Regresando que hubo al amanecer, ya no fue a la celda. Postróse de ante del Cristo, que ya no le volvió a hablar y prometiéndole ponerle punto final a sus desvarios.

Aún existe todavía los restos de la ermita que, muy encima del bosque, se fabricó Fr. Manuel para su recogimiento. El Cristo que no ha variado de sitio. Y si la preciosa urna cineraria que en letras de ore llevó el nombre de Fr. Manuel de Almeida, por voluntad devota de los fieles

(*). En otra variante, aún más conocida, el padre Almeida no se inmuta ante el reclamo de Cristo. Sólo llega al arrepentimiento cuando un amanecer, de vuelta de una juerga, presencia su propios funerales. (N. del T.)

se mostraba todavía en San Diego en 1880, ha desaparecido; pregona su memoria en los villancicos que en cada Navidad repiten los quiteños durante la novena del Niño:

Dulce Jesús mío,
Mi niño adorado,
Ven a nuestras almas
Ven no tardes tanto.

Que la piedad del fraile convertido escribió junto con un Vía-Crucis y una auto-biografía que también desaparecieron en esa misma época. (3).

EL CANDELERO - Quito

Transcripción: Luis N. Dillon.

Quien ha tenido en su casa una de esas viejecitas de cabeza blanca como copo de nieve y de rostro surcado, de profundas arrugas, al punto adivinará como ha venido hasta mi la vulgar leyenda del candelero acaecida en esta noble ciudad de San Francisco de Quito.

Me cupo en suerte, allá en mi infancia, tener a mi lado una de estas crónicas andantes que, con sus cuentos y leyendas, suelen endulzarle a uno los ratos de mal humor. De boca de ella recogí la tradición objeto de este articulillo. La escuché en una noche de Invierno, mientras caían torrentes de agua en el patio de mi casa y el viento azotaba con furia las vidrieras, circunstancias que contribuyeron de consumo a aumentar lo medroso de la leyenda y a imprimirla de un modo indeleble en mi delicado espíritu de niño. Hoy que la traslado al papel, no garantizo por su verdad. Vayan, los que quisieren hacerme cargos, al panteón de San Diego; allí reposa Doña Marta la cual, pundonorosa como era, todavía, a pesar del epitafio, sabrá volver por su reputación de mujer verídica, pues yo no hago otra cosa que, sin comentarios, escribir lo que ella me contara.

Es el caso, decíame la Sra. que allá por los años de no sé qué tantos hallábase agolpado, muy por la mañana, un gran concurso de gente delante de la Iglesia de San Francisco de esta heroica y pacífica ciudad, y varias personas parecían examinar cierta parte de la puerta con minuciosa y viva atención. ¡Los demonios! ¡El enemigo malo! ¡Qué extraño! ¡Qué singular!, exclamaban las viejas despavoridas y todas se ponían al abrigo de un per signum crucis de padre y señor nuestro. Semejantes palabras y acciones excitaron mi curiosidad; acerqueme, y vi, a manera de bajo relieve, esculpida en la superficie de la puerta la figura de un candelero gigantesco: la imagen era verdaderamente maravillosa, pero mostraba haber sido producida por algún choque violento.

Por fin resonó en los arcos del templo el ¡pitac! ¡pitac! de las alpargatas destalonadas y barbudas del sacristán, que pausadamente se encaminaba hacia nosotros; él vendría a ponernos en paz, aclarando nuestras dudas, y para el efecto era suficiente, interrogarle como lo hacemos las mujeres: minuciosa y tenazmente. Dicho y hecho: llegando que no llegando le

destacamos tal retahíla de preguntas, que el pobre para no perder la serenidad de espíritu, hubo de apelar al rosario mientras pasara el chubasco.

Todavía me parece que lo veo a D. Telésforo -así se llamaba el sacristán- Era hombre de baja estatura, regordete y de carrillos tan soplados que amenazaban estallar en la primera de espadas, arrastrando en el descalabro el corto número de barbas que yacían diseminadas por su encendido rostro. Sus ojuelos encandilados y saltones andaban en perpetua ríña, pues, mientras el uno miral a a la tierra, empeñábase el otro en contemplar el cielo. El pelo largo y aborascado, le salía por debajo de un solideo verdoso y raído que, según el decir de malas lenguas, prestaba muchí sanos ha, sus servicios al P. Provincial, El chaquetín de paño decía clarito que en sus mocedades había sido frac; pues, para volver a serlo, sólo le faltaban los faldones. A consecuencia fe este descabalamiento, atentado inicuo de las tijeras de D. Telésforo, su rabadilla se manteía a la rasa, y los cuatro vientos jugaban a su antojo con el **fundillo** que caía desencajado de su lugar. Los calzones que cargaba este sujeto eran con rodilleras y un muestrario ambulante de casimires. En el otro cabo de la figura ya sabemos que traía alpargatas no muy **católicas**, las cuales dejaban que algunos dedos se asomaran, de cuando en cuando, a tomar aires más **puros** que los de su cárcel. Allá, por la alturas de la barba, parecían las puntas desmayadas y lánguidas del cuello de la camisa, dejando a la interperie una manzana, pero ¡qué manzanota aquella! que se la distinguía a tiro de ballesta en el pescuezo de nuestro personaje. **Y tem** más Tunos cuantos cordones mugrientos a manera de collares de los que pendían escapularios y medallas de la Purísima y San Juan Bautista.

— Y ¿qué? D. Telésforo; díganos Ud. qué significa esta imagen que ha amanecido hoy impresa en la puerta? D ganos, por Dios, que mucho se comenta, prorrumpimos todos los que nos hallábamnos amotir at.Jos delante de la iglesia al llegar el sacristán.

- Pues, nad; ¿qué va a haber?... Sólo que ha sido bonita la noche que nos hizo pasar el demonio!...

— ¿Ya lo oyen?... No lo dije yo?... ¡Jesús, María y José, la Virgen Santísima nos ampare!

— Bah! bah! ¡que mujeres! dijo D. Telésforo, al verlos aspavientos de las beatas; cálmense ustedes y déjemne acabar, quiero decirles, el demonio de D. Pedro nos hizo una humorada muy divertida; sí ¡tan divertida! que aún después de que esta humanidad se haga polvo y ceniza, todavía se me han de poner los pelos de punta; no de miedo,por supuesto, sino por la broma, que no es mala. ¡Ya la van ustedes a oír!

Y después de murmullos en el auditorio, nuestro orador cuadróse en el dintel de la puerta, y estirando el pescuezc para tragar saliva, comenzó a hablar **ex-cátedra**.

Ingratitudo pésima la ingratitud aborrece Dios como ningún otro pecado. Los quiteños son muy ingratos con el Sagrado Corazón, nuestro abogado y defensor, y esta es la causa por la que El se nos ha resénitido -saltaron dos lagrimones de los ojos de D. Telésforo — y retirándonos su benefactora p otección nos castiga hoy duramente con la peste que anda desolando la ciudad, como Uds. n uy bien lo saben.

¡Missere Dómine peccatis nostris!

Los pobres estudiantes del San Fernando han llevado en esta ocasión la peor parte, no obstante las misas, trisagios y comuniones a que devotamente se han entregado: pues casi no hay día que no tengamos uno de ellos a quien cantarle el **de profundis**; y les juro, como

buen cristiano que soy, y con esta boca que se ha de hacer tierra, que se me cuaja la sangre en las venas, cuando está aquí alguno de estos Sres. y que tengo que venir, muy por la madrugada, a desentonar las puertas de esta Santa Casa:

Pues bien, anoche ocurrió lo de siempre: es decir, tuvimos muerto en casa, y este era estudiante por añadidura y, según se estila en el colegio, dos alumnos debían pasar la noche, que de veras es mala, custodiando el féretro y atizando los cirios, —la suerte quiso designar para esta enojosa tarea a dos tipos diametralmente opuestos: Pedro Cedeño, uno de los elegidos, es un mozalbete truhán y desalmado; al él poco le importan las cosas del otro mundo; en nada cree y siempre tiene aún para lo que mella el corazón más corrompido, risa sarcástica en sus labios: lo más respetable: aquello que tiene esa seriedad tan imponente por hallarse envuelto en el misterioso ropaje de lo eterno, es para él objeto de las más cáusticas burlas. No así Juan Alvarez; muchacho devotito, fervoroso y recatado, respeta todo lo respetable, adora lo adorable

Las siete de la noche serían cuando las puertas de la Iglesia impelidas por mi mano, giraban pesadamente sobre sus goznes. Pedro y Juan tomaron asiento en el confesonario, para vigilar cómodamente el túmulo y precaverse del frío que era intensísimo. Les encargué, que se encomendaran a las ánimas benditas, no sin exponerme a la fisga de Cedeño, y desaparecí enseguida en busca de mi lecho. De lo demás, no soy testigo presencial, pero vengo de oírlo de boca del mismo Pedro, y ¡por San Millán el cogolludo! que yo no sé mentir: primero me pondría, como San Ramón, candado en la boca, antes de que por estos labios salga una falsedad.

Es lo cierto que a eso de las doce de la noche, uno de los amigos le decía al otro: ¡que flojo eres hombre! te vas a morir de miedo, **mariquita!** Ve a la fonda de la esquina y tráeme algo que engullir. No te olvides que primero necesito remojar la garganta para no atragantarme: echaremos un trago a la salud de los condenados y otro se lo ofreceremos al difunto, que estoy seguro, lo ha de aceptar de muy buena gana, pues el gznate no le debe andar muy fresco. ¡Deja no más, que esta noche vamos a armar parranda con las almas del Purgatorio!...

— ¡Calla, por Dios, deslenguado, yo no voy!..., respondió Juan a las blasfemas palabras de Cedeño, dando diente con diente al considerar que tenía que habérselas solo hasta llegar a la fonda. Más, con furibunda interjección y soberano golpe hizo Cedeño salir a su amigo del confesonario, obligándolo así a cumplir sus órdenes.

Tan luego como Juan hubo salido del Templo, Pedro se dirigió a las andas con ánimo resuelto, y tomando en brazos al cadáver, lo colocó en el confesonario en actitud muy natural. — Pocos momentos después el profanador ocupaba el ataúd, mientras decía para su capote: ¡Buena jugarreta! ¡Valiente susto se va a llevar el muy **mariquita** al darse de narices con el difunto! Ja! Ja! ¡Cómo nos vamos a reír mañana en el colegio!

Después de un instante, oyóse un rumor sordo producido por telas que se arrastraban; pasos mesurados cuyo eco iba a perderse en las oscuras bóvedas del Templo; respiraciones profundas, quejidos prolongados, fúnebres suspiros que parecían salir del fondo de una tumba.

La serenidad de Pedro iba flaqueando: preciso era desvanecer las neblinas que empezaron

a bullir delante de sus ojos, y para lograrlo se decía: es sin duda Juan que, de vuelta de la fonda trata de probar una vez más mi indisputable valor fingiendo esos suspiros y las otras bobadas; si, pero ¡qué caro le va a costar el chiste! ¡Vamos a ver cual de los dos es el que se lleva el chasco! Mas, los pasos se acercaban; aire fétido era el portador de esos lúgubres ruidos y aún cierto fulgor siniestro parecía iluminar a intervalos las tinieblas que envolvían el Templo. Pedro no pudo ya sobreponerse; las sienes le latían con violencia tal, que amenazaban hacer saltar las tapas del cráneo; la respiración era difícil y los cabellos estaban erizados, cuando haciéndose esfuerzo sobrenatural levantó la cabeza y, con ojos desmesuradamente abiertos, contempló un cuadro horrible; el cadáver que había recobrado la vitalidad para volver por sus fueros indignamente ultrajados, avanzaba con paso majestuoso y solemne hacia él, para pedirle cuenta de la profanación. Cada dos pasos se detenía con ademán espantoso. El hábito de San Francisco que le servía de mortaja se rozaba con lentitud por el suelo, produciendo un ruido aterrador. Por entre el capuz, que caía sobre sus pómulos huesosos y macilentos, se dibujaba su mirada cristalina, indecisa y orva. Los labios rígidos y blancos, ligeramente entreabiertos, dejaban asomar dos hileras de dientes empañados por el vaho de la muerte y daban a la faz del difunto aspecto por demás medroso y siniestro. La luz pálida y mortecina de los pizmientos cabos de los blandones, que chispe roteaban con tristeza, al ir a dar sobre el sayal del difunto, producía resplandores lívidos y temblorosos que se destacaban perfectamente sobre la densa lobreguez de la nave. La vez que en su camino se detenía el muerto lanzaba un gemido desgarrador, pero entrecortado y apenas perceptible; la cabeza se doblaba sobre sus hombros y los yertos brazos se erguían para caer de nuevo por su peso, produciendo, al chocar con la mortaja un sonido cavernoso, que los recodos del templo se encargaban de reproducir mil veces.

Aquello era horrible, espantoso, y Pedro, por tanto, más muerto que vivo, vaciló, tembló; quiso gritar, pero una i laño de hierro le estrechaba con saña la garganta; sudor meloso corría a raudales por su frente, el cerebro estaba conturbado, los músculos habían perdido su potencia motriz, y así, más bien rodó que saltó sobre el pavimento. Aunque el mozo perdiera su valor, todavía le quedaron fuerzas para levantarse y correr despavorido en dirección a la puerta principal. Poco antes de llegar a ella volvió la cabeza, y su estupor llegó al colmo al ver que el cadáver había empuñado uno de los cuatro enormes candeleros; que se hallaban colocados en los ángulos del catafalco, y enarbolándolo le seguía a más correr. — Los muros de la Iglesia, vacilaron para él; el fantasma que le perseguía se volvió inmenso, inconmensurable; en sus ojos brillaban centellas prendidas con el fuego del infierno, y allí en su mano relampagueaba el candelero vengador: candelero elaborado por la furia satánica y para maldición de la humanidad. Un ruido seco vino después: era que Pedro se desplomó y rodó por tierra. Al mismo tiempo un estrépito inmenso, enseguida silencio pavoroso: el candelero había sido arrojado con la violencia de un rayo al desprenderse de las nubes, y ahí está impreso en la puerta para eterna memoria de hecho tan singular; como sello de un juramento de venganza terrible, como testimonio irrecusable de un castigo impuesto a la profanación y fulminado desde ultra tumba.

No bien había pasado esta escena horripilante, cuando Juan entraba por la puerta falsa de la Iglesia cargado de buena cantidad de provisiones de boca. Después de echarse encima una persignada se dirigió a confesionario en busca de su amigo. Su sorpresa fue grande al encontrar vacío el asiento, y quedóse mudo de terror al oír por el lado de la puerta un ronquido

bronco, mezclado, de cuando en cuando de quejas agudas que parecían salir de los antros malditos y que se iban apagando poco a poco en el silencio. Juan, que de poco necesitaba, huyo poseído de pánico, al convento en pos de auxilio.

A los cinco minutos aquello era una algarabía: los padres, casi trastornados, buscaban sus libros de oraciones, colgábanse al cuello sendos escapularios y medallas, y armados de crucifijos descendían a la iglesia formados en columna. Yo llevaba la vanguardia asido de mi acetre. El puesto no dejaba de ser **peligroso**, pero en desempeño de mi cargo hube de ocuparlo haciéndome de **tripas corazón**. Los salmos penitenciales de David y los exorcismos fueron nuestro **refugium**. ¡Qué de rezos, qué de cantos! hasta llegar a la iglesia. Yo, siempre atento y comedido, quise cederle el paso al P. Prior:

- Pase vuestra Paternidad primero.
- Sigue no más, hijo, que yo he de ir después.
- No mi Padre, siga vuestra Reverencia.

Y en este diálogo nos amaneciera -porque no se cuál de los dos tenía más miedo- si el Padre tomándome por el brazo no me hubiera puesto de un sólo tranco en media iglesia. -Allí vinieron los exorcismos y asperges por mayor; pero nada, el muerto estaba bien muerto, tendido sobre el anda no daba muestras de haber hecho ninguna excursión; más Pedro estaba tendido junto a la puerta, para comprobar que no es cuento la historia que os vengo narrando: exánime, tenía la boca espumajosa, los ojos enturbiados, las manos crispadas y los cabellos en completo desorden; la huella que había dejado el candelera en la puerta, decíame, además, que los muertos no deben ser objeto de burla.

Así terminó el sacristán su narración a las viejas que lo escuchaban como bausanés. Yo, por mi parte, y en vía de moraleja, aconsejaré a los que se tomen la molestia de leer esta tradición, que no se anden en broma con los del otro barrio, porque se exponen a un candelarazo. (3).

EL SEÑOR DE SARABIA - Cotopaxi

Transcripción: Franklin Barriga López.

Las riquezas, particularmente el oro, han captado la voluntad de los pueblos sometiéndoles a desmedidas ambiciones que han originado muchas desventuras, así como también grados de esplendor maravilloso. La sed de oro eclipsa voluntades dando lugar a acciones temerarias. La Historia nos da debida cuenta de los hechos acontecidos con la guía del noble o vil metal. La conquista hispánica, la muerte de Atahualpa, los sacrilegios en el arte... atestiguan obviamente nuestro aserto.

Ponemos a estudiar la trascendencia del oro, especialmente en las Indias Occidentales, demandaría un especial estudio que no se piensa efectuar a través de estas columnas. Sin embargo quede lo arriba enunciado para comprender el fatídico o, en todo caso, progresista

resplandor que ciega las pupilas y entorpece maneras de ser o de obrar, en cerca de la totalidad de los casos.

La región occidental de la Provincia (*) es exhuberante en productos del subsuelo, esto está demostrado de muchas maneras. Desde el tiempo de los gentiles hasta años recientes aquella reserva metalúrgica explotada ha sido, mas no en la proporción cual habría que hacerse. Tal vez porque no se comprende en la justa medida cuál es el acervo de riqueza que guardan, no se hace una campaña de explotación para aprovecharse de ésto que bien podía ser motivo de redención económica de Cotopaxi. Los ríos de por allá arrastran pepitas del codiciado producto de la tierra; que deben, lógicamente, venir de un venero muy rico.

Las minas de Macuchi, luego de la ida de la Compañía yanqui que las explotó, son para nosotros una lección que no debemos eludir por ningún concepto, nos están enseñando algo que penetra en lo hondo.

Sobre estas célebres y tristes minas existe una leyenda de bastante palpito, la del Señor de Sarabia.

Afines del siglo XVIII por esos lindes de atractivos muy suyos, se asentó un español. Manifiestan que huyendo de la sociedad fue a dar por esos lares; era enfermo de lepra, el temible e infeccioso mal que introduce máculas y nudocidades en la piel causando mutilaciones paulatinas de los órganos. Errante, pobre y desesperado, acaso pensaría poner fin a sus días que llegaban presagiando horizonte de cuervos. Así!... oh ¡maravilla! tópose con rocas de oro.

Al cambiar su mala estrella, opulento y soberbio se volvió. Las llagas cubriólas con finísimos atuendos, por vienda edificó un palacio que sólo la fantasía puede imaginar. Se llenó de trabajadores que en verdad, eran subditos. Y esa fama, de rico y de malo, se expandió por los confines con la celeridad de un relámpago.

Cierta vez sus poderes omnímodos rebasaron los límites... volvióse homicida. La justicia acudió donde él. Los emisarios déla Ley, fueron convidados a una cena. La mesa rebosante de manjares, tenía junto a cada vianda muchas onzas de oro lo que más gustó a las torcidas autoridades que emprendieron el regreso, pocos días después, besando la mano del Sr. de Sarabia.

Aumentando su extremado y sádico orgullo, se sintió el amo del Universo. No había nadie quien osara desafiarle y él pavoneábase de ellos ejecutando acciones propias de un orate. En uno de sus arranques de vanagloria lanzó la imprecación: — Quién contra Sarabia. Su propio grito no tardó en dejar de oír: —Ni Dios con su poder. Entonces, refieren, se oyó un estrépito ensordecedor; se abrieron abismos en la tierra mientras caía tempestad de fuego... Y, a los pocos minutos, del señor Sarabia y de su reino no quedaba la más paupérrima presencia: todo era sólo colinas que parecían pisoteadas e incendiadas por un embravecido y gigante fantasma...

Luego, la vegetación cubrió la zona. Luego y luego, muchísimo después, "las minas de Sarabia" fueron el blanco de una empresa extranjera que se llevó lo que más pudo y

*Del Cotopaxi

que, cuando se levantó de la región, fue dejando un recuerdo como el del fin del potentado que le enterró en vida su soberbia. (4).

EL ERMITAÑO DE RIOBAMBA

Transcripción: Cristóbal Gangotena y Jijón.

La hoy floreciente Capital de la Provincia del Chimborazo era, en el año del Señor de 1570, un poblacho miserable que apenas contaba con unos pocos vecinos españoles, que más vivían en sus fundos enormes, atendiendo a las pingües encomiendas de indios con que el Rey Nuestra Señor les había agraciado. Esto, para decir a ustedes que si bien a los Encomenderos se les contaba como a vecinos del pueblo de San Pedro y San Pablo de Riobamba, apenas estaban en la aldehuela el domingo, en que allí les juntaba la cristiana obligación de oír misa.

Era uno de aquellos días de precepto del año ya citado, y el pueblo de Riobamba estaba lleno de gente que, en la feria que cada domingo se celebraba en la apenas trazada plaza, se afanaba en proveerse de lo necesario para la semana siguiente, cuando, de pronto, el alegre vocear de las mercaderías, el ir y venir de compradores y vendedores cesó para cambiarse en un solo grito de terror y espanto de la multitud allí reunida: los españoles invocan a Dios y a los Santos, los indios dan alaridos. —¿Qué pasa?— Gruesas gotas de sangre caen del cielo que se ha encapotado de súbito, y la tierra va encharcándose en el rojizo líquido.

El fenómeno, afortunadamente, dura poco, -apenas un cuarto de hora-, y la calma vuelve a la atmósfera, pero no al ánimo de los riobambenos, que quedan aterrorizados con semejante prodigio, con aquella tan espantosa señal del cielo, en la que cada uno cree descubrir el anuncio de las peores calamidades.

Así, con el alma en un hilo vivieron los habitantes del poblado por algún tiempo, pero como los previstos males no llegaban a realizarse,; poco a poco todo el mundo vino a olvidarse de la lluvia de sangre, y aún hubo quien quisiera dar una explicación natural del fenómeno, diciendo que tal vez habían sido aves de rapiña que pasaron, con sus presas, por los aires...

El pueblo de Guamate es más antiguo que Riobamba. En 1570, era ya una importante parcialidad de indios, y un camino muy practicable lo unía a la incipiente villa de los españoles.

Por la época a que vengo haciendo relación, apareció entre Guamate y Riobamba un hombre de lo más extraño y de quien nadie pudo nunca saber, no digo la procedencia, que Ni siquiera el nombre.

Por su aspecto, manifestaba llevar vividos sus cincuenta años: cenefío, alto y recio, de negros, vivos y penetrantes ojos, parecía ser oriundo de las desoladas llanuras de Castilla, pero nadie, vuelvo a repetirlo, sabía su origen, y, como no tenía amigos, los curiosos no contaban siquiera con la indiscreción para averiguarlo.

Al verlo andar de pueblo en pueblo, de Ceca en Meca, creyérase que fuera el mismo judío errante, con denado a movimiento perpetuo hasta la consumación de los siglos, mas esta suposición hubo de desecharse al constatar que el extraño peregrino se fabricaba una choza a la vera del camino de Guamote a Riobamba.

Allí vivió, concluida que fue su vivienda, encerrado y sin salir sino para buscarse el alimento, que de puerta en puerta mendigaba.

Y lo extraño era que, en aquellos tiempos de fe, no pidiera limosna en nombre de Dios, ni por las purísimas entrañas de la que tuvo la dicha de engendrar al Hijo del Eterno Padre.

En lugar de la sacramental fórmula de "Una limosna por amor de Dios", el que ya la gente reputaba por un santo hermitaño, decía: —¿Habrà, por desgracia, un pan? ¿Habrà, por ventura, un real?— al llegar a la puerta de algún encomendero, en donde, aunque inquietara un tanto aquel singular reí uerimiento a la caridad cristiana, no dejaba de recoger algo el mendigo, cuya manera de pedir era generalmente atribuida a tanta humildad y reverencia de las cosas santas, que el pobre se creía indigno de nombrar a Dios.

Además de la caridad pública, el solitario contaba con la granjería de un caballo morcillo de que era poseedor. Era el tal animalejo tan singular como su dueño: al verlo, nadie diera por él un peso: flaco, macilento, desmedrado y viejo, era fiel Trasunto de Rocinante, pero en poniéndose a andar, el Pegaso de la fábula se quedaba chico. — El Padre Calancha, historiador a quien llegaron frescas estas noticias, pondera la velocidad del cuadrúpedo de mala muerte de que me voy ocupando: él nos informa que era tanta, que apenas subido en él un jinete, estaba ya al fin de la jomadai... ¿No es esto una maravilla? Y como el solitario tenía fama de santo, la virtud del caballo era atribuida a la santidad del amo.

Viajaren un caballo tan rápido, y ejercer al mismo tiempo la caridad cristiana, socorriendo al solitario con el alquiler de la bestia, era ejecutar de una vía dos mandados, era hacer dos jornadas a la vez: una en la tierra, y otra que le acercase a uno la gloria, que a todos mis lectores deseo. Así pues, los pesos de a ocho no le faltaba al santo solitario, ya que estaba con frecuencia alquilando su rocín.

Riobamba celebra la fiesta de sus santos patronos: era el 29 de junio, día en que la Iglesia Universal conme ñora el martirio de los dos santos. Apóstoles San Pedro y San Pablo. Corría el año de 175 .

Ya la modesta iglesia del pueblo estaba que no cabía de gente, y el cura había salido a decir la solemne misa cantada: ya las señoras que, para la circunstancia, se habían echado el resto, principiaban a hacerse en la cara esa musaraña que el sexo débil tiene la debilidad de creer que constituye el **por la señal**, los caballeros habían incado reverentes la rodilla, y la música había preludiado sus acordes, cuando, abriéndose paso entre la devota multitud, llegó hasta el altar mayor el Ermitaño. Se arrodilló, humilde al parecer, en las gradas del presbiterio, y recogido, inmóvil como un iluminado, se puso a orar, edificando a la concurrencia con su compostura.

Todo pasó sin novedad, y nada anunciaba que hubiera una, hasta el solemne momento de la Consagración, en que el pan, entre las manos del sacerdote, se transforma en el Cuerpo de Dios.

Apenas el campanillazo del acólito hubo anunciado al pueblo que el milagro de la transustanciación estaba consumado, cuando el solitario se levantó bruscamente y arremetió

furioso contra el sacerdote que en aquel momento alzaba la sagrada forma. Turbado con lance tan brusco, el Cura, no acierta a defender el Pan de los Angeles que tiene en sus manos, y el sacrilego, al quitársel o lo despedazaba entre las suyas, y, sacando un puñal de entre las ropas, quiere victimar al clérigo.

Menos que este horrible crimen era necesario para que en la iglesia se armara el gran tole. Las señoras chillan, y les da pataleta, los caballeros desenvainan sus espadas y se lanzan sobre el sacrilego, quien, viéndose acosado al tiempo por multitud de estocadas, se bate en retirada del presbiterio.

Ya en la nave, llega a apoderarse de una silla, y sirviéndose de ella como de rodela, intenta taparse de los golpes que de todas partes le asestan, hasta que un magistral garrotazo le quita el sentido y, ya desarmado, acaba de morir de mil pinchazos que cada cual le propina.

¡Y lo admirable es que, cosido a estocadas, por ninguna de sus heridas deja escapar gota de sangre! ¡Dios no quiso, según lo afirma el Padre Calancha, que la sangre del impío manchara su santo templo!

El cadáver del sacrilego fue luego arrastrado hasta fuera de la iglesia y, apenas había traspuesto su carroña el umbral, la sangre salió a borbotones de las heridas de que estaba acribillado.

Habiéndose dado cuenta de tan extraño suceso al Presidente de Quito, Don Lope Díez de Armendáriz. Su Señoría mandó que al cadáver fuera quemado y las cenizas sopladas al viento. - así se ejecutó puntualmente, instruyéndose en seguida el proceso respectivo, por el Comisario del Santo Oficio, a quien tocaba el conocimiento de la causa. El que había guardado también el incógnito en vida, siguió guardándolo después de muerto, de suerte que jamás se supo nada de él.

El famoso caballo morcillo desapareció con su dueño; sin duda era el diablo que acompañaba al solitario bajo forma de rocín, porque es fama que, en ciertas noches, se ven en las llanuras de Riobamba una sombra parecida a un rapidísimo caballo, que huye con un extraño jinete...

¿Y a qué viene contarnos lo de la lluvia de sangre? — dirán los lectores.

Pues, sencillamente, a que, después de consumado el horrendo sacrilegio, cada vecino de Riobamba dio por cierto que aquel fenómeno había sido profecía muy clara de lo que en breve debía suceder.

Informado el Rey del sacrilegio de Riobamba, dio a la ya para entonces villa un escudo de armas en que figura un cáliz con una hostia, y debajo, una cabeza sangrienta atravesada de espadas. (18).

LA CAJA RONCA DE SAN FELIPE - Ibarra

Transcripción: Luis A. Martínez de La Vega.

Hoy traemos a conocimiento de nuestros lectores otra de las maravillosas tradiciones de nuestra ciudad de Ibarra que la mantuvo fresca la memoria de muchas generaciones que se han sucedido a través de los años; y, con el mismo sabor de ibarreñidad que constituyó un encanto en las conversaciones de nuestros mayores cuando se reunían para las amenascharlas o para tomar las clásicas tasitas de chocolate.

Pues oigamos como referían nuestros abuelos esta tan horripilante tradición: "LA CAJA RONCA DE SAN FELIPE".

Sea que tenga algún tanto por ciento de verdad la relación que hacían especialmente a la gente menuda cuando quenan silenciar el llanto por una golosina o por el "emperró" por cumplir algún capricho infantil; o también sea el producto de la fantasía de nuestras viejecitas, quienes echaban pronta mano a los cuentos de los cucos, o de las almas en penas o quizás de muertos aparecidos para cortar nuestras salidas, si nocturnas podrían llamarse a las corriditas, no menores de una cuadra, hechas al derrepente, a las ocho de la noche, bajo la pena de caer víctima de los espantosos seres que no se acomodaban con el silencio de las tumbas, ni con la medrosa colma de los cementerios, fantasmas éstos que hallaban mucho placer en poner de puntitas los cabellos de cualquier mozalbete huidizo.

¿Qué cosa era e jto de la Caja Ronca de San Felipe? Vaya una santa curiosidad de todos los que buscaban de cubrir la verdad de este pasaje nocturno, que era cosa muy corriente en boca de nuestros anepasados y del vulgo en general.

Pues, allá, al recordar desde el año 1850, y quizás hasta muy avanzado el siglo décimo nono, los habitantes de la calle conocida con el nombre de Colón, precisamente en el Barrio San Felipe hasta el "Quichi-Callejón, vivían en constante zozobra nocturna con la voz común que decía que nadie podía salir de casa, ni hacer sus andanzas amorosas hasta las 11 de la noche, sin que dejaran de oír la Caja Ronca y ver la procesión de las almas en penas, o los diablos traviesos y juguetones que salían de los estrechos y oscuros callejones, de entre corpulentos y enramados guabos, aauces, nogales, o aguacates. Oigamos la referencia que dizque sabía hacer:

Un abuelo que enía su casa de habitación en esta calle, muy cerca de la plazoleta de convento de San Felipe próxima al Quichi-Callejón, quien también era propietario de una estancia un tanto retirada, hacia el barrio de San Juancalle, era muy propicia para los aparecidos. Nos refiere lo siguiente:

Siendo mocetón Don Carlos, que así se llamaba el hombre de la referencia, tenía un amigo de la misma edad y de mucha confianza para él. Eran más que hermanos para todo juego o travesura, como también i para las secretosas huiditas de casa.

Una de aquellas loches tocó el riego en la cuadra de la Estancia. Para cumplir con las órdenes de su padre e ir a las 11 de la noche a recoger el agua de la toma vecina, consiguió de Manuel que durmieran juntos, aquella noche en la misma cama de Carlos, con el fin de tener

un compañero seguro y para no atrasarse de las 11 de la noche, hora en la que debía ya estar, pala en mano, tapando la toma del vecino, so pena de caer bajo los latigazos de su padre a quien respetaba y temía más que a un dictador.

Los dos muchachos para no domirse, quisieron matar el tiempo con varias conversaciones; pero eso sí cuidándose de mentar ni de paso esto de la Caja Ronca, que si ambos recordaban no querían pensar en ello.

Parece que el repertorio se les terminó a los dos jovencitos tanto que ambos cayeron en un profundo sueño, entre eso de las diez de la noche.

De repente, Carloü despierta asustadísimo, oyendo un ronco golpe, como ser de tambor destemplado y que parecía venir desde el “Quichi-callejón”, a la vez que también se oía el silbido de un instrumento como no ser un flautín de dos notas solamente.

El tan !... tan !... tai ! del tambor y el monótono flautín iban acercándose cada vez más por la silenciosa y oscura calle.

Entonces, Carlos sobrecogido por el miedo y a la vez por una inusitada curiosidad, despertó a codazos a su compañero Manuel que roncaba al rincón de la cama.

¡Manuel... !...!Manuel.... ! y los codazos como los pellizcos se repetían en el cuerpo del dormido hasta que al fin despertó.

— ¿Qué pasa? pregunta.

— ¿Oyes esos golpes y esos silbidos funestos? Manuel se incorpora en el lecho como para para oír.

— Sí, ya oigo. Recemos, Carlos...

Pero ni uno ni oti o era capaz de hacer la señal de la Cruz.

El tan...tan...tan se acercaba cada vez más a la casa.

Carlos un tanto más valeroso, como el mayor de la pareja, se levanta, vestido como estaba. Su amigo hace lo mismo, diciéndole: “No seamos cobardes.

¿Qué nos puede pasar?...¡Nada!

Salgamos al zaguán y detrás del portón, veamos por las hendijas que mismo es esto.

No Carlos. Yo no oy. Me da mucho miedo. No vaya ha ser la Caja Ronca, que dizque sale por aquí.

-¡No!...¡No....!

Tanta fue la exigencia de Carlos y el coraje que infundió en el compañero, que ambos fueron al portón. Y... con los pelos de punta, deteniendo la respiración y hasta las buenas ganitas de orinar, se quedaron en espía.

De pronto vieron que en la calle se iluminaba por unas luces mortecinas. El ronco golpear era más cercano. Ellos...allí. Mudos, curiosos y llenos de pavor, pero sembrados por sus pies, sin poder dar un paso.

Al fin, el par de muchachos, fijó en cada cual su respectiva hendija, no perdía ni el más mínimo detalle de lo que afuera pasaba. Entonces por delante de ellos empieza a pasar una procesión de dos hileras, unas sombras negras, llevando, en esqueléticas manos, ceras de color verde que arrojaban también una luz verde mortecina. Las luces iban pasando una a una por delante de los miedosos, pero curiosos muchachos.

Atrás, esto es lo horrible del cuento, venía una especie de carroza, toda ella envuelta en llamas. Sobre este carro-mato iba un personaje cuernudo, de cuyos hombros se descolgaba un manto rojo. De la mano derecha, peluda y con uñas descomunales, sostenía un cetro grande a manera de un trinche. Tras de este carro seguían dos personajes vestidos también de rojo: El uno tocaba esa caja ronca; y el otro, el flautín.

Terminado este cortejo fúnebre, los curiosos no advirtieron que se habían orinado en el puesto.

Este pequeño incidente les causó una risa nerviosa que a bien vino para recuperar la serenidad, para redoblar la curiosidad como el coraje.

Sin más esperar y por ese invencible deseo de algo ver más de la procesión, abrieron el portón y salieron a la calle.

Pero...¡Oh sorpresa!... nadie ni nadie asomó. Se había esfumado por encanto la procesión del infernal cortejo.

Pero... ¿a dónde fueron? ¿Dónde se metieron esos miedosos demonios o difuntos?

Apenas debieron estar a pocos metros de distancia. Pues. No señor, se fueron y se perdieron sin saber a dónde apuraron el paso. Aquí sí cabe decir: "se fueron con su música a otra parte".

Ahora, ¿cómo ir a regar en la cuadra de la estancia. Es la hora del regadío. Las doce de la noche. Mala hora. Y si no estaban regadas las cebollas, lechugas, papas y nabo del huerto, los azotes del papacito eran más temibles que la misma caja ronca y sus demonios juntos.

Sacando ánimo de donde no había, y como la noche estaba silenciosa, se encaminaron los dos muchachos, perdiéndose por entre la brumosa oscuridad. Entre rezos y súplicas al cielo para que nada les pasara, avanzando a paso ligero.

Cuando ya estuvieron entretenidos en el trabajo, cada cual con su respectiva pala llevando el agua por los surcos, oyeron nuevamente por la cabecera del huerto el mismo ronco golpear.

— ¡Vaya... !...¡Santo Dios...! El hombre de la caja, o mejor dicho ese personaje de rojo, venía en dirección de ellos, rompiendo el silencio con su fatídico, tan, tan, tan..

Presas del más inaudito terror, quisieron salir corriendo, botando las palas; mas, todo fue en vano. No podían dar un paso. Entonces, entre gritos y peticiones de auxilio, se abrazaron en fuerte nudo con los ojos cerrados y perdida la razón. Desmayados habían caído sobre las matas y el lodo.

Serían las cuatro de la mañana, iluminados por la luna, despiertan asustados y echan a correr... Mas. ¡oh, sorpresa! Cada uno tenía bien agarrado en la mano derecha una cera verde, aún humeante. No hubo más que salir del huerto como pudieron entre zancadas y caídas, dirección a la casa. Una vez en la calle, miraron lo que tenían en la mano.. ¿Qué había sido éso?. Nada menos que canillas de muerto. Tras un fuerte grito de terror y haber lanzado por los aires los terroríficos huesos precipitaron como locos la carrera.

Llegaron a la casa de Manuel y de allí quedaron caídos en el zaguán, echando espumarajos por la boca, hasta cuando los familiares acudieron en auxilio.

Supieron lo que pasó, al otro día, después de haber sido roceados con agua bendita y

con una voz de aliento, para contar a los sucesores de esta tradición de la CAJA RONCA DE SAN FELIPE. (35).

E L CUCURUCHO DE SAN AGUSTÍN - Quito

Transcripción: Neptali Merizalde O.

A mediados del s glo XVII, en una de las casas de la calle hoy llamada Flores, entre Mejía y Chile, y frente a la muralla del Convento de Agustinos, vivía un matrimonio de abolengo español: don Lorenzo de Moncada y doña María de Peñaflo y Velasco, de resultas del cual nació la niña Magdalena, en esta muy Noble y muy Leal Ciudad de San Francisco de Quito.

En la casa de estos nobles, tenían su habitación y empleo Don Jerónimo de Esparza y García, buen hombre, pobre y trabajador y su esposa, Doña Josefa Piñera a cuyo hogar también les vino un niño al que le bautizaron con el nombre de Pedro.

Ambos niños, el del empleado y su señor, eran hermosos. Criándose juntos, jugaban y se querían como hermanos bien llevados. Mas tarde y cuando habían desarrollado físicamente, el cariño de la infancia alcanzó el sincero amor de la adolescencia. Se quisieron de niños y después se amaban con locura.

Los padres de la niña se percataron de los coloquios amorosos de los dos jóvenes, e irritado de cólera el padre de Magdalena, hizola llamar a su presencia, y le increpó tildándole de sentimientos bajos e innobles, al aceptar el cariño del pobre muchacho hijo de su empleado e inquilino. Con este disgusto Don Lorenzo de Moncada, sacó furioso a la calle al pobre Don Jerónimo y su familia, pretextando haber sido ultrajada la nobleza de su familia.

En tales circunstancias, la situación de los amantes tornóse bastante difícil. Ya no tenían las ocasiones de antes para verse y sostener sus cuitas. Ahora la oportunidad era rarísima debido a la severa vigilancia de parte de los padres de la joven noble, pues apenas podían cambiar furtivas miradas en la iglesia de la iglesia de San Agustín, a donde concurrían de costumbre.

La situación creada entre los amantes era cada vez más desesperante, sobretodo para Pedro que a más de no tener de alta alcurnia, carecía de fortuna, por lo que decidió marcharse en busca de riquezas y gloria para su nombre al Dorado ecuatoriano y todo para alcanzar la gracia de matrimoniarse con su Madgalena a quien tanto ambicionaba.

Tratábase de una aventura en pos de oro al Oriente, en donde la explotación del precioso metal ha sido siempre una halagadora realidad, si bien es cierto que antes y después de su conquista debían pasar aventuras tantas, en las que muchos perecían. Así fue como nuestro don Pedro de Esparza y Piñera, enrolado con una docena de valientes jóvenes, partieron a las selvas del Napo, plenos de entusiasmo y decisión a lavar las arenas en playa del aurífero río.

Más, poco después se conoció en la ciudad el triste y fatal fin que tuvo la expedición, pues se decía que todos sus componentes habían perecido ahogados al paso de un torrentoso río

que precipitado y brumoso penetra en la selva virgen, para luego más adentro acallar su furor e ímpetu en la somnolencia del trópico.

Tal noticia que circuló en Quito, produjo la consternación de sus habitantes y el consiguiente estupor en Magdalena Moneada, que sabía también de la aventura emprendida por su querido Pedro. La joven entristeció mucho desde entonces, pero pronto sus padres en especial don Lorenzo, consiguió olvidara aquellos recuerdos que partían desde una feliz infancia; y dispuso con el mandato de un padre que contraería matrimonio con su pariente don Mateo de León, nobilísimo mozo recién llegado de Castilla a estas tierras de América, en busca de mejor suerte. Se dispuso el casamiento para fines de marzo del año de 1655, muy a pesar de la voluntad de Magdalena, que al final tuvo que acatar la disposición paternal.

Llegó el día fijado para la boda y a la usanza de esos tiempos la novia solía repartir limosnas a los menesterosos y más personas pobres que acudían, entre ellos algunos disfrazados que aunque pertenecían los más a familias nobles eran desheredados de la fortuna, y tenían vergüenza de presentarse en descubierto a implorar la caridad pública, por lo que se revestían con una amplia capa que les cubría todo el cuerpo y un capillo de la misma sobre la cabeza tapándose la cara, éstos llamábanse los cucuruchos y vagozantes.

Concurrieron muchos limosneros, ya que el matrimonio celebrado correspondía a una rica y noble pareja. Doña Magdalena había repartido un sinnúmero de monedas a todos los infelices que fueron en su demanda, e iba ya a ocultarse el sol cuando llegó a las puertas de su casa un cucurucho a solicitar la piadosa dádiva. Pronto estuvo ella, tan buena y virtuosa como era a depositar en manos del disfrazado mendigo la última moneda del reparto; estendióle la mano la desposada con Don Mateo de León y reteniéndola bruscamente el menesteroso sacó del interior de su vestido un largo puñal con el que asestó en el pecho de la novia, matándola de seguida. Al caer al suelo el cuerpo de la víctima, lanzó un grito de dolor, causando la consiguiente alarma en el vecindario y la servidumbre de su casa, los que acudieron rápidamente en auxilio de la dama que yacía tendida en el suelo, los unos, y a capturar al hechor, los otros.

A poca distancia del lugar del crimen cometido, se hallaba un limosnero, precisamente el que había dado muerte a Doña Magdalena Moneada de León, contemplando cínicamente a la infeliz asesinada que era llevada en medio de un continuo sangrar al interior de su casa; acercáronse a él, lo prendieron y levantándole el capillo que cubría su cara, reconocieron en él al desventurado Don Pedro, el antiguo enamorado de la joven a quien acababa de darle muerte. Sí, era don Pedro de Esparza, sin duda alguna, el primer amante de su perdida Magdalena, que habiendo salvado de la tragedia de la expedición al Oriente, había logrado regresar a Quito, y conociendo del matrimonio a efectuarse, resolvió acabar con su vida.

Como se ve, la infortunada novia fue ultimada por el cucurucho, sin reconocer en él a su amado que había tomado tan siniestra resolución en vista del desengaño que había sufrido, cuando días antes, Pedro envióle una misiva solicitándole una entrevista, a la que recibió una contestación negativa en la que le decía que aún cuando, en su pecho todavía abrigaba su primer amor, veíase sometida a obedecer el mandato de sus padres contrayendo nupcias con el elegido por ellos, y que por un principio de dignidad y honor estando en vísperas de celebrarse la boda, se hallaba impedida de acceder a su pedido; cosa que causó un profundo desengaño en el alma del joven, llevándole su despecho al fatal desenlace que se conoce.

Don Pedro de Es narza fue llevado a la cárcel y allí expió la condena que las autoridades del tribunal de justicia dictaron. Tal dramático crimen fue el objeto de las preocupaciones del pueblo que ha comentado por mucho tiempo.

Este es el origen de la curiosa tradición que ha perpetuado el vulgo, llamándola a la calle en que se desarrolló tan desgraciado acontecimiento con el nombre de El Cucurucho. (38).

LA DAMA TAPADA - Guayaquil

Transcripción: Modesto Chávez Franco

No se ganaba en Guayaquil el rumboso título de TUNANTE, por los años 1700, quien no había seguido siquiera una vez a la TAPADA, en alta noche por los callejones y vericuetos por los cuales llevaba allí a sus rijosos galanes.

Nunca se la veía antes de las doce ni jamás nadie oyó, en la aventura de seguirla, las campanadas del alba, a las 4 de la madrugada.

¿De dónde salía la tapada? Nunca se supo; pero el trasnochador de doce y pico que se entretuviese por algunos de los callejones de Alonzo o la Cruz, del Ahorcado o la Velería, el Descomulgado o la Curtiembre, por Chinguere o la Encrucijada, y pasando las ruinas de la Muralla por donde hoy Junín, tomase hacia el Bajo, de seguro que el rato menos pensado tenía andando delante de sí, a dos varas invariables, siempre como al alcance de la mano pero nunca alcanzable, a una mujer de gentilísimo andar, cuerpo esbeltísimo, y que aunque siempre cubierta la cabeza con mantilla, manta o velo, revelaba su juventud y su belleza, y a cuyo paso quedaba un ambiente de suavísimo perfume a nardos o violetas, reseda o galán de noche.

Todo galanteador, fuese viejo verde o joven sarmiento, sentíase irresistiblemente atraído y como medianímicamente inspirado para dirigirle los piropos. Y ella delante y él detrás, camina y camina, sin que elle alterara su ritmo pero sin dejarse nunca alcanzar ni disminuir la distancia de una vara a lo sumo; pues bajo no se sabía qué influencia, el acosador no podía avanzar a franquear esa distancia.

Y camina, camin, la damita cruzaba célere con la pericia de una buena conocedora de los vericuetos, siempre por callejones y encrucijadas, sin franquearse a calles anchas. Zas... zas... las almidonada arandelas de su pollera unas veces. Suas...suas....suas... los restregos de sus sayas de tafetán tras, pues nunca se repetían sus trajes, salvo la manta o el velo.

Sólo pequeños esguinces su gallarda cabeza, como animando a seguirla: sólo algo así como el eco imperceivable de una ahogada sonrisa juvenil, eran los acicates del galán que se empeñaba en seguir a caza tan difícil. Y cosa curiosa: a su paso los rondines dormían, si alguno estaba en la calle; y nadie que viniere de frente parecía verla: la visión era sólo para el persecutor, que ya perdida la cabeza y el rumbo, seguía inconciente, hipnotizado, cruzando callejas y callejas sin saber por dónde ni hacia donde le llevaban su curiosidad o malicia y el irresistible imán que lo precedía.

...Cuando de pronto...la tapada se detenía a raya... Daba media vuelta de precisión militar, y levantándose el velo que cubría su faz, no decía sino estas frases:

— Ya me ve usted cómo soy.... Ahora, si quiere seguirme, siga... Y el rostro tan lindamente supuesto, se mostraba en verdad bellissimo, fino, aristocrático, blanco, sonrosado, fresco, griego, magnífico....pero todo era una visión de un segundo. Inmediatamente, como hoy podemos ver en las combinaciones de la película esas transformaciones entre sombras y disfumaciones....todas las facciones iban desapareciendo como en instantánea descomposición cadavérica: a los bellísimos ojos sucedían grandes cuencas que a poco fosforecían como en azufre; a los lindos labios las descarnadas encías, a las mejillas los huesos; hasta que totalizada la calavera, un chocar macábrico de crótalos eran las mandíbulas de salteados dientes...Y un creciente olor de cadaverina reemplazaba la cauda de aromas anteriores...

Otra media vuelta de la dama...y el que alcanzara a verla la hubiera visto como evaporarse al llegar a la vieja casa abandonada de don Javia Matute, calle del Bajo, junto al callejón del Mate, después Roditi... El que no alcanzaba a ver esto, allí quedaba, paralizado y tembleque, pelipuntiparado, sudorifrío y baboso, o loco o muerto... Sólo el que había visto a la TAPADA podía adquirir el rumboso título de TUNANTE.

Y agrega la leyenda que el alma en pena era de una bella que en vida había abusado del comercio de la carne, sin ser carnicera. (14).

LA MANO NEGRA - Quito

Transcripción: Neptalí Merizalde

En el templo de San Francisco, y en tiempos idos de curiosas leyendas, sucedióse un hecho misterioso que muy pronto se hizo público entre los avecidados de esta ciudad; muchos al saberlo, se sintieron embargados de miedo, especialmente en las horas de la noche, cuando las tinieblas lo oscurecían todo. Desde entonces las mamás amenazaban a sus desobedientes párvulos con la aparición de la aterradora **Mano Negra**.

Diariamente, y por sus ocupaciones, un hermano de la Comunidad Franciscana pasaba junto a una catacumba que se halla en la capilla de Villacís —como vulgarmente se la conoce a la que está contigua a la izquierda del altar mayor— y una mano negra asomada por entre las puertas lo llamaba; la primera vez, aunque bastante se asustó el lego, no dio importancia al incidente y se quedó en silencio sin participar a nadie lo que le había pasado; pero como aquella mano aparecíasele cuantas veces necesitaba ir por allí, se sintió ya inquieto y con sobrada razón, tanto más viendo que le hacía insistentes señas de venir.

Dada la frecuencia del caso mencionado, y aunque había perdido el temor que en un principio le asaltó, optó por dar aviso de lo acontecido a sus superiores. Estos, como es natural, se alarmaron de la extraña noticia y resolvieron asistir en comunidad al misterioso sitio para verificar el asunto que tanto les preocupó.

Precedida por el Padre Provincial, avanzó la procesión cantando salmos hasta la entrada de la capilla y vieron asombrados que una mano negra realmente aparecía y llamábale ir hasta ella al hermano que se hallaba más cercano.

A la orden del Padre Superior, el religioso se vio obligado a penetrar en el tenebroso recinto, en el mismo momento que la mano negra perdíase en el interior del subterráneo; pues aunque iba cargado de numerosas reliquias, escapularios, rosarios y más amuletos de la Orden Seráfica, el infeliz se veía en peligro, ya que no dudaba de que algo grave le iba a ocurrir. Sin duda, se habrá dicho a sí mismo: «Ojos que te vieron ir, no te verán volver».

Dominado por la santa obediencia, el lego entró al lugar en que la extraña mano le llamaba. La comunidad quedó afuera con gran expectación, rezando especiales oraciones, echando conjuros y otras ceremonias para librar al desdichado hermano del enemigo malo y toda su legión de espíritus endemoniados; más de una vez entonaron la «Magníficat».

En vano esperaron su regreso. Como demorara mucho y sospechaban de algo terrible acaecido en el interior, penetraron con todo sigilo en la oscura catacumba que olía fuertemente a azufre: perfume diabólico, y espantados encontraron tan sólo hecho un montón los hábitos y más reliquias con que los superiores pretendieron asegurarle. El desventurado que los llevaba consigo había desaparecido en cuerpo y alma. La mano negra desnudándolo de su terrenal vestimenta lo transportó a las ignaras regiones del misterio.

Diversas conjeturas hicieron los frailes al respecto y al fin dedujeron que el diablo se lo había arrebatado por alguna falta grave cometida e inconfesa.

Hoy dicha catacumba se halla cerrada su entrada, por un grande bloque de piedra labrada, en el que se ven aparte de ciertas inscripciones, dos manos cruzadas como insignia de la Casa de Villacís, probablemente un filántropo, a quien se debe la erección de la capilla que hasta hoy día se conoce con ese nombre. (38).

EL UNAGUILLI - Tungurahua

Transcripción: Eugenia Tinajero Martínez

En las oscuras noches en la sierra, cuando densas nieblas resbalan por las lomas e inundan valles, quebradas y caseríos; cuando todo el mundo se ha retirado a descansar, el blanco en la casa de la hacienda, aislada y confortable y el indio en su choza de pajas y de tierra, se oye a veces un extraño grito, semejado al aullido del lobo ojal desafinado llanto de una criatura humana.

Ese como grito para cualquier civilizado, oído más de una vez en diferentes tiempos y lugares, no es más que una voz de la naturaleza, que en ocasiones, nos habla de cosas misteriosas y que nos llena el alma de indecible añoranza de cosas idas o de presentimientos vagos que experimentamos al ambular entre la sombra de los bosques, por los cebadales dormidos bajo las estrellas, en las callejuelas retorcidas de la aldea, y aún bajo el techo de la casa vieja de la hacienda, en cuyo alero se refugian las palomas y anidan las golondrinas.

Mas, para los indios con quienes he conversado sobre el misterioso grito, es el "Uñaguilli", o el niño abandonado, quien llora; y es tal el miedo que inspira que nadie se atreve a salir de su casa por la noche, porque puede encontrarse de manos a boca con ese duende o cosa parecida, producto de su imaginación, alrededor del cual se han forjado los más curiosos mitos. Unos dicen que es el alma de un niño que murió sin ser bautizado, otros, que fue una criatura mal habida que, abandonada por su madre, se convirtió en espíritu maligno para tentar a los caminantes imprudentes que cruzan las quebradas por la noche; y muchos creen que es el mismo diablo que toma diferentes apariencias; que se traslada de un punto a otro en la obscuridad; duerme sobre las **achupallas**, planta muy estimada por el demonio; se oculta en las nieblas de las lomas o en los socabones de las acequias, tratando siempre de atraerse la atención de las personas sin hijos, para llevarlos en cuerpo y alma a los infiernos.

He aquí lo que un indio viejo me contó una vez. Un **runa** muy rico y avaro, que nunca pagaba las **jochas** y cuya mujer no le había dado hijos, pasaba por la quebrada de las Lajas, situada al pie de los páramos de Quisapincha, pensando en la desgracia de no tener longos que le ayudasen en el trabajo y cuidasen de él y de su mujer a la vejez. La noche era negra como boca de lobo y el indio apenas podía caminar por la estrecha senda resbaladiza que conduce al fondo de la quebrada, cauce de un riachuelo de aguas oscuras y murmurantes. De pronto oyó el lloro de una criatura entre unas achupallas, y después de buscarla largo rato, dio con un robusto longuito, de pocos meses de nacido, que tiritaba de hambre y de frío.

Con gran cuidado lo levantó el indio, lo estrechó en sus brazos y luego de envolverlo en su gran poncho colorado, reanudó su camino. Indignado se preguntaba, quién podía ser la madre desnaturalizada que había abandonado así a su propio hijo, cuando otros, como él ansiaban por tener uno siquiera. Pero qué suerte había sido la suya, se decía, al haberlo hallado; porque entonces le pertenecía como «guiñachisca», y cuando creciera le darían el oficio de pastor y les serviría de gran ayuda... Más aún, a su tiempo lo casarían con alguna longa rica y darían una buena fiesta, para que todos los conocidos les llevaran jochas. Quizá con el tiempo hasta llegaría a ser alcalde, y, entonces, su suerte estaría asegurada; pues los alcaldes respetados, reciben regalos y hasta pueden enterrar plata bajo las **tuchspas**... ¡Qué bien había hecho en pasar la quebrada por la noche, sin importarle la oscuridad ni el peligro de caer y de romperse la cabeza ...!

El niño había cesado de llorar y se estrechaba al pecho de su padre adoptivo, que pronto comenzó a sentir un calor insuportable. Luego, para mayor asombro, la noche pareció volverse más oscura, la quebrada más honda y hasta la senda más tortuosa y resbaladiza; y cual no sería su terror, cuando el niño rompió a hablar con voz áspera y gangosa, como la de una persona ebria y enferma.

—Dientes tengo— chilló, a tiempo que un relámpago iluminó sus colmillos, largos como los de un lobo, y sus brazos que ceñían y apretaban el cuello del indio, más muerto que vivo...

Creyendo éste que soñaba o era víctima de una fiebre repentina que le hacía delirar, procuró acelerar el paso; pero la criatura se le había, vuelto tan pesada que apenas podía sostenerla, y despedía además un humo asfixiante, con olor de azufre. Enloquecido de

espanto, trató de arojarlo lejos de sí; pero fue en vano todo esfuerzo, pues el duende se prendía con más fuerza.

— (Dientes tengo I... Y por avaro y bobo te voy a llevara los quintos infiernos!— Y los dos rodaron hasta el fondo de la quebrada; el indio luchando desesperadamente por desasirse del feroz abrazo que amenazaba triturarle; y el duende riéndose a carcajadas que hacían retemblar las peñas... De sus madrigueras, volaron dos lechuzas asustadas, y fueron a posarse sobre una roca desde donde contemplaban con ojos de candela, la extraña lucha de los dos caídos.

-Hu!...Huuu - sonaba el viento; y el agua, corriendo entre las piedras, producía un chas, chas, chas, ta i lúgubre y continuo, que parecía corear las risas del demonio...

- Dientes tengo y te voy a devorar...

Sintiendo el indio los agudos dientes del monstruo, y ya casi agonizante, con dificultad logró meter la mano en el bolsillo, donde llevaba un rosario, que le había dado un misionero que pasó por la comarca no hacía mucho tiempo, e iluminado por inspiración divina tocó al duende con esta arma bendita. No bien el diablo sintió el contacto del rosario, hizo explosión con gran estruendo se convirtió en humo espeso y fétido, dejando en libertad a su víctima. Quedó el indio inconciente, con varias heridas en la cabeza y en el cuerpo, y así permaneció junto al arroyo, hasta que unos pastores dieron con él, y lo llevaron a su casa, donde estuvo enfermo muchos días, sin hablar ni moverse.

Al fin, cuando logró restablecerse del susto y de la fiebre, que le había consumido las fuerzas, contó lo que le había sucedido, y ordenó a su mujer que desenterrara el tesoro que tenía escondido debajo de la cama y que fuera personalmente a pagar las jochas que a tantos debía, para dar así paz a su conciencia.

Su mujer que no era avara como él, sintió gran satisfacción, y fue de casa en casa, repartiendo sacos de papas, pandos de chicha, docenas de cuyes, gallinas y pedazos de carne de llamingo, aconsejando a todos los vecinos del lugar que nunca pasaran por las quebradas por la noche ni frecuenta: an los lugares aislados, porque en aquellas y éstos suelen encontrarse el **Uñagüille, que es el mismísimo demonio, encargado de llevar a los malos al infierno. (65).**

3.- LOS RELATOS MÍTICOS

MITOS PREHISPÁNICOS

EL ORIGEN DE LA LEYENDA DEL DORADO

[El fundamento que hubo de donde se han levantado estas polvaredas del Dorado fue de esta suerte]: Recién poblada la ciudad de San Francisco de Quito por el capitán Sebastián de Belalcázar, el año de 1534..., este capitán andando con cuidado inquiriendo por todos los caminos que podía, sin perder ocasión de todas las tierras y provincias de que pudiese tener noticias entre los demás indios de quien se andaba informando, la hubo de que había en la ciudad un forastero y preguntándole por su tierra, dijo que se llamaba Muequetá y su cacique Bogotá [que como hemos dicho este Nuevo Reino de Granada que los españoles llaman Bogotá] y preguntándole si en su tierra había de aquel metal que le mostraban, que era oro, respondió ser mucha la cantidad que había y de esmeraldas que el nombraba en su lenguaje, “piedras verdes”, y añadía que había una laguna en la tierra de su cacique, donde él entraba algunas veces al año, [el cacique], en unas balsas bien hechas, al medio de ellas, yendo en cueros pero todo el cuerpo lleno desde la cabeza a los pies y manos de una trementina muy pegajosa y sobre ella echando mucho oro en polvo fino, de suerte que cuajando el oro toda aquella trementina se hacía todo una capa o segundo pellejo de oro, que dándole el sol por la mañana que era cuando se hacía este sacrificio y en día claro daba grandes resplandores y entrando así hasta el medio de la laguna, allí hacía sacrificio y ofrenda arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas, [con ciertas palabras que decía] y haciéndose lavar con ciertas yerbas como jaboneras que en todo el cuerpo caía todo el oro que traía a cuestras en el agua, con que se acababa el sacrificio y se salía de la laguna y vestía sus mantas. Fue esta nueva tan a propósito de lo que se deseaba el Belalcázar y sus soldados, que estaban cebados para mayores descubrimientos que iban haciendo en el Perú, que se determinaron hacer este de que daba noticia el indio, confiriendo con ellos qué nombre le daría para entenderse y diferenciar aquella región de las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la Provincia del Dorado que fue como decir cacique con el cuerpo dorado. Esta es la raíz y tronco de donde han salido por el mundo las extendidas ramas de la fama del Dorado y fuera de esto todo lo demás es pura ficción, sin cosa sobre que caiga...

[Pero para que sepa el lector el fundamento que tuvo el indio para decir lo que dijo de su tierra de Bogotá,...digo]; ¡Que entre las demás supersticiones que tuvieron los indios de este reino... en ofrecer sus sacrificios a sus...dioses, entre los cuales ponían en primer lugar al sol, era ofrecerles sacrificios en las aguas...hacían estas ofrendas no en cualesquiera aguas, sino en aquellas que parecía habla alguna particular razón por ser extraordinario su sitio, asiento o disposición, [como en partes extraordinarias de ríos, como lo hacían en una parte peñascosa del de Bosa, cuando pasa por cerca de un cerro que llaman del Tabaco..., en lagunas de sitios y puestos peregrinos...], pero entre todas estas partes el más frecuentado y famoso adoratorio fue la laguna que llaman de Guatavita que está a una legua o poco más del pueblo así llamado... Ésta lagunajtiene mil razones de lasque los indios buscaban y el demonio pedía para hacer en ella; sus ofrecimientos, porque está en la cumbre de los muy altos cerros a la parte del norte,

causase de unas fuentezuelas o manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepuja que manaron por todos como un brazo de agua que es la que de ordinario sale de la laguna o poca más, aunque puede ser tenga otros manantiales dentro del agua, que aún no se ha podido saber por ser tan profunda. La cual no tiene de ancho en redondeo aunque un poco aovada más de un tiro largo de piedra....

Aquí, pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, el cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo o culebra grande y en apareciendo le habían de ofrecer algún oro o esmeraldas, para lo cual le estaban aguardando con vigilancia los jeques en unas chozuelas a la vera del agua; practicaban estos ofrecimientos ya un tiempo hasta que se aumentaron con lo que sucedió después a la mujer del cacique de Guatavita, el cual el tiempo muy anterior, cuando los caciques gozaban libremente de su señorío, antes que el Bogotá tiránicamente los sujetóse, era el más poderoso señor que había en este reino de los muiscas, conociéndole superioridad muchos caciques, sus convecinos, no por modo de tiranía ni servidumbre, como después sucedió con el Bogotá, sino por un respeto y reverencia que le tenían como a mayor señor y de mayor linaje, sangre y prendas. Sucedió pues, que en aquella edad que entre las mujeres que tenía [dicho cacique de Guatavita] estaba una de tan buenas partes en sangre y hermosura que así como en ésta excedía a las demás también las excedía en la estimación que hacía de ella el Guatavita, la cual no advirtiendo la cacica como debiera, hizóle traición con un caballero de los de la corte, y no tan en secreto que no llegara a los oídos del marido, el cual puse tan buena diligencia en haber a las manos del adúltero y presto le cayó en ellas y desde ellas en aquel cruel tormento de muerte que usaban en tales casos como era empalarlos, habiéndole primero hecho cortar las partes de puridad con las cuales quiso castigar a la mujer, sin darle otro castigo que dárselas a comer guisadas, [en los comistrajés que ellos usaban en una fiesta que se hizo por ventura, sólo para el propósito en público por serlo ya tanto el delito, de que] fueron tan grandes los sentimientos de la mujer que no hubieran sido mayores si hubiera pasado por la pena del agresor a que se añadieron otros no menores, cantando los indios el delito en sus borracheras y coros, no sólo en el cercado y casa del cacique, a la vista y oídos de la mujer sino en los de todos sus vasallos, ordenándolo así el Guatavita por escarmiento de las demás mujeres y castigo de la adúltera.

En la cual fueron creciendo tanto los sentimientos de estas fiestas, amargas para ella que por huir de ellas trató de huir de esta vida con desesperación [para entrar en mayores tormentos en la otra], y así un día en que halló la ocasión que deseaba se salió del cercado y casas de su marido, a deshora, con el mayor secreto que pudo, sin llevar consigo más que una muchacha que llevaba cargada una hija [de la cacica] que había parido poco había de sumando el cacique, y caminando a la laguna, apenas hubo llegado cuando por no ser sentida de los jeques que estaban a la redonda en sus chozuelas, arrojó a las niñas a la agua y ella tras ellas donde se ahogaron y fueron a pique, sin poderlas remediar los mohanes que salieron de sus cabanas al golpe que oye on en el agua, aunque conocieron luego por ser de día quien era la que se había ahogado, y as viendo no tenía aquello remedio, partió uno de ellos a mayor correr a dar aviso al cacique del legraciado suceso el cual partiendo al mismo pasó por la laguna con

ansias mortales de no haberse persuadido que los sentimientos hubiesen traído a tal estado a su mujer que hiciese aquello, y por la desgracia de su hija; luego que llegó y no las vio por haberse ya sumido los cuerpos (que pretendía sacar si estuviesen sobreaguados) mandó a uno el mayor hechicero de los jeques que hiciese como sacase a su mujer e hija de aquel lago. El jeque trató luego con sus vanas ceremonias y supersticiones de poner por obra lo que se le ordenaba, para lo cual mandó luego encender lumbre a la lengua del agua y poner en las brazas unos guijarros pelados hasta que quedasen como las demás brazas y estándolo ya, y él desnudo, echólos el agua y él tras ellos zambulléndose sin salir de ella por un buen espacio como lo hace un buen nadador o buzo como él era, hasta que salió solo como entró, diciendo que había hallado a la cacica viva [embuste que el demonio le puso en la imaginación] y que estaba en unas casas y cercado mayor que el que deseaba en Guatavita y tenía el dragoncillo en las faldas, estando allí con tanto gusto que ¡unque le había dicho de parte de su marido el que tendría en que saliera y que ya no trataría más del caso pasado, no estaba de este parecer, pues ya había hallado descanso de sus trabajos a que no quería volver pues él había sido causa de que le dejaran ella y su hija, a la cual criaría allí donde estaba para que la tuviese compañía.

No se quietó el cacique con el recado del jeque y así diciéndole que le sacase siquiera a su hija, la hizo buscar otra vez con los mismos guijarros hechos ascuas y volviendo a salir traía el cuerpo de la niña muerta y sacados los ojos, diciendo se los había sacado el dragoncillo estando todavía en las faldas de la madre, porque no siendo la niña sin ojos, ni alma de provecho entre los hombres, de esta vida, la volviesen a enviar a la otra con su madre que la quedaba aguardando, a que acudió el cacique por entender así lo ordenaba el dragoncillo a quien él reverenciaba tanto, y así volvió a mandar echar el cuerpezuelo a la laguna donde luego se hundió, quedando el Guatavita sin poder consolarse en nada por lo mucho que quería la hija y madre, no obstante la que había usado de él.

No fue perezosa la fama de divulgar por toda la tierra este supuesto... Luego comenzaron a tener fuerzas los sacrificios que se hacían en la laguna, yendo con ellos allí en todas sus necesidades, pareciéndoles a los vasallos del Guatavita que pues estaba allí viva su cacica se las remediaría y lo mismo hacían los que no lo eran a quien había llegado esta fama que fue por largas tierras, viniendo de todas sus obligaciones a la laguna y así había muchas carreras o caminos anchos que estos indios usaban para ir a sus santuarios.... El demonio viendo lo bien que les había valido la traza, para asegurarlos más en aquellas vanas supersticiones, se aparecía de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna en figura, gesto y talle de la cacica desnuda de medio para arriba, y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada, y diciendo algunas cosas que habían de suceder como que habían de haber secas, hambre, enfermedades, muertes de tal o tal cacique que estaba enfermo. Desaparecía cuando los miserables persuadidos en que la cacica era la poderosa por enviar o quitar por su mano aquello que había dicho, [y veían que sucedía, con que no perdonaban el buen oro, joyas, esmeraldas, comidas y otras cosas que no ofreciesen]... [Usaban] de esta ceremonia en el ofrecimiento: tomaban dos cuerdas que pudiesen atravesar la laguna por el medio y cruzándolas de una parte a otra; en la cruz que hacían se veía el centro o medio de la laguna, a donde iban en unas balsas que son de hacer de eneas o espadañas secas, juntas y atadas

unas con otras, o de palos con que se hace un modo de barca donde pueden ir tres o cuatro o más personas... Con éstas, pues, llegaban al medio de las aguas de la laguna y allí con ciertas palabras y ceremonias, echaban en ellas las ofrendas menores o mayores, según la necesidad porque se hacía, viniendo hacer algunas de tanto valor, como hemos dicho... antes...hacía el cacique Guatavita, dorándose el cuerpo, por donde vino a decir el indio en la ciudad de Quito, lo que dijo, y los españoles ponerle a esta provincia el nombre del Dorado. (30).

MITOS QUICHUAS ANDINOS

VIRACOCCHA

Habiendo el dios que los peruanos llaman Pachayachachic, que quiere decir maestro y creador del mundo, y el dios invisible, creado el mundo y en el mundo los hombres, le fueron menospreciando, porque unos adoraban ríos, otros fuentes, montes y peñascos, y los hacían iguales a él en divinidad; sentía mucho el dios Pachayachachic semejante delito y les castigaba con rayos esta injuria. El castigo no enfrenaba su iniquidad, y así irritado del todo les arrojó tan gran aguacero y tan inmensa cantidad de agua que ahogó todos los hombres y de los cuales se escaparon algunos (no culpados) permitiéndoles este dios que se subiesen en altísimos árboles, a las cimas de los encumbrados montes y se escondiesen en cuevas y grutas de la tierra, de donde los sacó cuando el llover había cesado y les dio orden que poblasen la tierra y fuesen dueños de ella, y viviesen alegres y dichosos. Ellos agradecidos a las cuevas, montes, árboles y escondrijos los tenían en gran veneración y les comenzaron sus hijos a adorar, haciéndole a cada uno ídolo y huaca. He aquí el origen de tanta multitud de adoratorios y huacas; que fue el decir que cada familia que a su progenitor amparó tal monte, árbol o cueva enterrándose donde estaba enterrado su primogénito. Volvióse su dios a enojar e indignar y convirtió a todos los iniciadores de estas adoraciones en piedras duras porque eran tan necios, que ni rayos de fuego, ni grandes diluvios de agua podían enfrenarlos. Hasta entonces no había el Pachayachachic creado al sol, la luna y las estrellas, y fue a crear al pueblo de Tiahuanaco, a la laguna Titicaca (de la provincia) de Chuquito.

Dicen los naturales de esta tierra que en el principio o antes que el mundo fuese creado, hubo uno que llamaban Viracocha. El cual creó el mundo oscuro y sin sol ni luna ni estrellas; y por esta creación le llamaron Viracocha Pachayachachic, que quiere decir "Creador de todas las cosas". Y después de creado el mundo formó un género de gigantes deformes en grandeza, pintados o esculpidos, para ver si sería bueno hacer los hombres de aquel tamaño. Y como le pareciesen de muy mayor proporción que la suya, dijo: "No es bien que las gentes sean tan crecidas; mejor será que sean de mi tamaño". Y así creó los hombres a su semejanza como los que ahora son. Y vivieron en oscuridad.

A éstos mandó el Viracocha que viviesen sin desavenir y que le conociesen y sirviesen. Y les puso cierto precepto que guardasen so pena que, si lo quebrantasen, los

confundiría. Guardaron este precepto, que no se dice que fue, algún tiempo. Mas como entre ellos naciesen vicios y codicia, traspasaron el precepto de Viracocha Pachayachachic, y cayendo por esta transgresión en la indignación suya, los confundió y maldijo. Y luego fueron unos convertidos en piedras y en otras formas, a otros tragó la tierra y a otros el mar, y sobre todo les envió un diluvio general, al cual llaman pachacuti, que quiere decir “agua que trastornó la tierra”. Y dicen que llovió sesenta días y sesenta noches, y que se anegó todo lo creado, y que sólo quedaron algunas señales de los que se convirtieron en piedras para memoria del hecho y para ejemplo de los venideros en los edificios de Pucará, a sesenta leguas del Cuzco.

Viracocha Pachayachachic, cuando destruyó esta tierra, como se ha contado, guardó consigo tres hombres, el uno de los cuales se llamó Taguapacac, para que le sirviesen y ayudasen a crear las nuevas gentes que había de hacer en la segunda edad después del diluvio. Lo cual hizo de esta manera. Pasando el diluvio y seca la tierra, determinó el Viracocha de poblarla por segunda vez, y para hacerlo con más perfección, determinó crear luminarias que diesen claridad. Y para lo hacer, fuese con sus criados a una gran laguna, que está en el Callao, y en la laguna está una isla llamada Titicaca, que quiere decir “monte de plomo”. . . a la cual isla se fue Viracocha y mandó que luego saliese el sol, luna y estrellas (de ella) y se fuesen al cielo para dar luz al mundo. Y así fue hecho. Y dicen que creó a la luna con más claridad que el sol, y que por eso el sol envidioso al tiempo que iban a subir al cielo le dio con un puñado de ceniza en la cara, y que de allí quedó oscurecida del color que ahora aparece. Y esta laguna está frente a Chucuyto, pueblo del Collao, cincuenta y siete leguas al sur del Cuzco. Y como Viracocha mandase algunas cosas a sus criados, el Taguapaca fue desobediente a los mandamientos de Viracocha, el cual, por esto indignado contra Taguapaca, mandó a los otros dos que lo tomasen; y atado de pies y manos, lo echaron en una balsa en la laguna; y así fue hecho. Y siendo taguapaca blasfemado del Viracocha por lo que en él hacía, y amenazando que él volvería a tomar venganza de él, fue llevado del agua por el desagadero de la misma laguna, adonde no fue visto más por muchos tiempos. Y esto hecho, Viracocha fabricó en aquel lugar una solemne huaca como adoratorio en señal de lo que allí había hecho y creado.

Y dejando la isla, pasó por la laguna a la tierra firme, y llevando en su compañía a los dos criados que había conservado, fuese a un asiento, que ahora llaman Tiahuanaco, que es de la provincia de Collasuyo, y en este lugar esculpió y dibujó en unas losas grandes todas las naciones que pensaba crear. Lo cual hecho, mandó a sus dos criados que encomendasen a la memoria los nombres que él les decía que aquellas gentes que allí había pintado, y de los valles y provincias y lugares de donde los tales habían de salir, que eran los de toda la tierra. Y a cada uno de ellos mandó ir por diferente camino, llamando las tales gentes, y mandándolas salir, procrear y henchir la tierra. Y los dichos criados suyos, obedeciendo el mandamiento de Viracocha, dispusieronse al camino y obra, y el uno fue por la sierra o cordillera que llaman de las cabezadas de los llamaos, sobre el Mar del Sur, y el otro por la sierra que cae sobre las espantables montañas, que decimos de los Andes, situada al levante de dicho mar. Por estas sierras iban caminando y a voces altas diciendo: “ ¡O vosotros

gentes y naciones! ¡Oíd y obedeced el mandado del Ticci Viracocha Pachayachachic, el cual os manda salir, multiplicaros y henchir la tierra!". Y el mismo Viracocha iba haciendo lo mismo por las tierras intermedias de sus dos criados, nombrando todas las naciones y provincias por donde pasaban. Y a las voces que daban todo lugar obedeció, y así salieron unos de lagos, otros de fuentes, valles, cuevas, árboles, cavernas, peñas y montes, y henchieron las tierras y multiplicaron las naciones que son hoy en el Perú.

Otros afirman que esta creación el Viracocha la hizo desde el sitio de Tiahuanaco. . . (que las gentes, una vez dotadas de espíritu) de allí partieron a poblar las tierras. Y cómo, antes de partirse fueron de una legua, e hicieron en Tiahuanaco los edificios, cuyas ruinas ahora se ven, para morada del Viracocha su hacedor, (en partiéndose variaron las lenguas, notando las frases de fieras, tanto que tornándose a topar después, no se entendían los que antes eran parientes y vecinos).

La creación de estas gentes la hizo el Viracocha, el cual tienen noticia que fue un hombre de mediana estatura, blanco y vestido de una ropa blanca a manera de alba ceñida por el cuerpo y traía un báculo y un libro en las manos.

Y tras esto cuentan un extraño caso que como después que el Viracocha creó todas las gentes, viniese caminando, llegó a un asiento, donde se había congregado muchos hombres de los creados por él. Este lugar se llama ahora el pueblo de Cacha. Y como Viracocha llegó allí, y los habientes lo extrañasen en el hábito y trato, murmuraron de él y propusieron de matarlo desde un cerro que allí estaba. Y tomadas las armas para ello, fue entendida su mala intención por el Viracocha. Este se hincó de rodillas en la tierra en un llano, levantó las manos cruzadas y el rostro al cielo, y bajó fuego de lo alto sobre los que estaban en el monte y abrasó todo aquel lugar; y ardía la tierra y piedras como paja. Y como aquellos malos hombres temiesen aquel espantable fuego, bajaron del monte y echáronse a los pies de Viracocha pidiéndole perdón de su pecado. Y movido el Viracocha a compasión, fue al fuego y con el bordón lo mató. Mas el cerro quedó abrasado de manera que las piedras quedaron tan leves por la quemazón, que una piedra muy grande que un carro no la meneara, la levanta fácilmente un hombre. Esto se ve hoy, y es cosa maravillosa de ver aquel lugar y monte, que tendrá un cuarto de legua, abrasado todo: está en el Collao.

Después de lo cual Viracocha prosiguiendo su camino llegó al pueblo de los Urcos, seis leguas al sur de Cuzco. Y estando allí algunos días, fue servido bien de los naturales de aquel asiento. Y como de allí se partió, le hicieron una célebre huaca o estatua para adorarle y ofrecerle dones, a la cual estatua en los tiempos futuros los incas ofrecían muchas cosas ricas de oro y otros metales y sobre todo un escaño de oro, el cual después, cuando los españoles entraron en el Cuzco hallaron y partieron entre sí, que valió diecisiete mil pesos; tomólo para sí por joya del general, el marqués don Francisco Pizarro...

Viracocha prosiguió su camino, haciendo sus obras e instruyendo las gentes creadas. Y de esta manera llegó a las comarcas, donde es ahora Puerto Viejo y Manta en la línea equinoccial, adonde se juntó con sus criados. Y queriendo dejar la tierra del Perú, hizo una habla a los que había creado, avisándoles de cosas que les habían de suceder. Les dijo que vendrían gentes algunas que dijese que ellos eran el Viracocha su creador, y que no los creyesen, y que él en lo tiempos venideros les enviaría sus mensajeros, para que los ampara-

sen y enseñasen. Y esto dicho, se metió con sus dos criados por la mar, e iban caminando sobre las aguas como por tierra, sin hundirse. Porque iban caminando sobre las aguas, como espuma, le llamaron Viracocha, que es lo mismo que decir "grasa o espuma del mar". Y al cabo de algunos años que el Viracocha se fue, dicen que vino el Taguapacac, que Viracocha mandó echar en la laguna de Titicaca del Collao, como se dijo arriba, y que empezó con otros a predicar que él era el Viracocha. Mas aunque al principio tuvieron sospechas las gentes, fueron conocidos al fin por falsos y se burlaron de ellos.

Afirmaban que tuvo (Viracocha) un hijo muy malo,... que tenía por nombre Taguapica Viracocha, y éste contradecía al padre en todas las cosas, porque el padre hacía los hombres buenos y él los hacía malos en los cuerpos y en las ánimas; el padre hacía montes y él los hacía llanos, y los llanos (del padre) convertía en montes; las fuentes que el padre hacía, él las secaba, y, finalmente, en todo era contrario al padre; por lo cual, el padre, muy enojado, lo lanzó en la mar para que mala muerte muriese, pero nunca murió. (30).

MITOS DEL DILUVIO

Los de Quito conservan aún la memoria de un antiquísimo naufragio general, del cual se salvaron solo sus progenitores en una casa de palos sobre la cumbre de Pichincha. . . Provino aquel naufragio (de) que los tres hijos del primer hombre o dios, llamado Pacha, no teniendo con quienes hacer la guerra, la mantuvieron con una gran serpiente: que herida ésta con muchas flechas, se vengó vomitando tanta agua que anegó toda la tierra: que se salvó Pacha con sus tres hijos y mujeres, fabricando una casa sobre la cumbre de Pichincha, donde metió muchos animales y víveres; pasados muchos días largó al ulluhuanga (aves semejantes al cuervo) y no volvió por comer los cadáveres de los animales muertos: que echando otro pájaro, volvió con hojas verdes: que bajó entonces Pacha con su familia hasta el plan, donde es la ciudad de Quito, y que al tiempo de hacer allí la casa para vivir todos juntos ninguno pudo entender lo que hablaba el otro; separados por eso, los tres hermanos y el viejo con sus mujeres, se fueron a establecer a diversas partes de la comarca, donde todavía (hoy en día) viven sus descendientes.

En la provincia de Quito había una región llamada Cañaribamba y así llaman a los indios cañarís por el apellido de la provincia. Estos dicen que al tiempo del diluvio, a un cerro muy alto llamado Huaca yñan, que está en aquella provincia, se escaparon dos hermanos. Dicen en la fábula que como iban creciendo las aguas, iba creciendo el cerro, de manera que no les pudieron alcanzar las aguas. Después de que se les acabó la comida que allí habían recogido, salieron por los cerros y valles para buscar que comer. Se hicieron una casa muy pequeña en la cual se metieron y en donde se sustentaban con raíces y hierbas pasando grandes trabajos y hambre.

Habiendo ido un día a buscar que comer y cuando volvieron a su casilla hallaron hecho que comer y chicha para beber, sin saber de dónde ni quien lo hubiese hecho o traído allí.

Esto les acaeció durante diez días, al cabo de los cuales se pusieron de acuerdo entre sí para ver y saber quién les hacía tanto bien en tiempo de tanta necesidad. El mayor de ellos acordó quedarse escondido. (Después de poco tiempo) vio que venían dos aves que (los cañaris) llaman agua o torito, y en nuestra lengua las llaman guacamayas. Venían vestidas como los cañaris, con los cabellos de la cabeza atados sobre la frente, como ahora andan. El indio escondido vio que llegadas a la choza, la mayor de ellas se quitó la lliglla, que el manto que usan (las indias) y que empezó a hacer que comer de lo que traían. Como el hombre vio que eran tan hermosas y que tenían rostros de mujeres, salió del escondite y arremetió contra ellas. Cuando vieron al indio se salieron con gran enojo y se fueron volando, sin hacer ni dejar este día que comer.

Cuando vino el hermano menor del campo, donde había ido a buscar que comer, y como no hayase cosa aderezada tal como había sucedido los demás días, preguntó a su hermano la causa de ello, el cual se la dijo. Ambos tuvieron gran enojo por esto y el hermano menor determinó quedarse escondido para ver si volvían. Al cabo de dos días regresaron las dos guacamayas y empezaron a hacer de comer. Tan pronto como el indio viese el tiempo oportuno para cogerlas, entró en el momento en que vio que ya habían hecho de comer, corrió hacia la puerta la cerró, y las cogió adentro. Las guacamayas mostraron gran enojo y solamente pudo detener a la menor porque la mayor se fue mientras detenía a aquella. Dicen que tuvo acceso y cópula carnal con la menor de la cual, en el transcurso del tiempo, tuvo seis hijos e hijas, con las cuales vivió en aquel cerro mucho tiempo, sustentándose de las semillas que dicen trajo la guacamaya, y las cuales sembraron.

Dicen que de estos hermanos y hermanas, hijos de la guacamaya, se repartieron por la provincia de Cañaribamba y que de ellos proceden todos los cañaris. Por eso tienen por huaca al cerro llamado Huaca yñan, y a las guacamayas en gran veneración; aprecian mucho las plumas de ellas para sus fiestas.

Un indio ató una vez una llama en un lugar de buen pasto, pero el animal no quería comer, se quedaba mirando tristemente y se quejaba a su manera, gritando siempre "yu, yu". El pastor que comía un choclo (mazorca tierna de maíz) lo notó, le tiró a la llama el carozo que se llama coronta y dijo: "Imbécil, ¿por qué te quejas y no saboreas la comida? ¿acaso no te he llevado a un buen pasto?" La llama contestó: " ¡Estúpido, que sabes tu! ¿Por ventura sospechas siquiera lo que va a suceder? Sabe que mi tristeza tiene sus buenas razones. Durante cinco días subirá el mar y cubrirá toda la tierra, y todo lo que vive en ella perecerá". El hombre sorprendido de que la llama podía hablar de repente, preguntó si no había ningún medio y ninguna forma para salvarse. ¿Entonces le dijo la llama que tenía que subirse rápidamente ana cima de un gran cerro que se llama Uillcacoto, y que está situado entre San Damián y San Jerónimo de Surco; que debía llevar comida para cinco días y así se salvaría.

El hombre hizo lo que le habían dicho, tomó su carga en sus espaldas y guió a la llama, llegando así a la cima del cerro, donde encontró reunidos muchas diferentes clases de pájaros y de cuadrúpedos. Tan pronto como él y la llama habían alcanzado la cima comenzó a subir el mar y las aguas llenaban los valles y cubrían aun las cimas de las colinas, menos la cima del

Uillcacoto. Pero los animales tenían que juntarse mucho unos contra otros, ya que el agua subió tan alto, que algunos de ellos apenas tenían lugar donde pararse. Entre éstos estaban también un zorro cuya cola fue mojada por las olas; esta es la razón por la cual la punta de la cola del zorro es negra. Al cabo de los cinco días las aguas comenzaron otra vez a bajar, y el mar regresó a sus antiguos límites. Pero toda la tierra estaba sin habitantes con excepción de un hombre solitario del cual, según dice, descienden todos los hombres que existen hoy er día.

. . . Llovió tanto un tiempo, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres se ahogaron, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas muy altas montañas cuyas puertaschiquitas taparon de manera que el agua no les entrase; metieron dentro muchos bastimentos y animales. Cuando no sintieron llover, echaron fuera dos perros; y como tomaron limpios, aunque mojados, conocieron no haber menguado las aguas. Echaron después más perros, y tomando enlodados y enjuntos, entendieron que habían cesado y salieron a poblar la tierra; y el mayor trabajo y estorbo que para ello tuvieron, fueron las muchas y grandes culebras que de la humedad y cieno del diluvio se criaron, y ahora las hay tales; mas al fin las mataron y pudieron vivir seguros. (30).

Transcripción de mitos 26 a 28

Walter Kricfembery

EL ORIGEN DE LA LAGUNA YAGUARCOCHA

En tiempos muy remotos en el lugar donde se extiende la laguna conocida con el nombre de Yaguarcocha, cerca de la ciudad de Ibarra, había una gran extensión de tierra que pertenecía a un hombre muy rico, pero muy avaro.

Un día, un mendigo golpeó las puertas de su casa en demanda de un mendrugo de pan para saciar su hambre. El avaro, indignado no sólo que se rehusó a darle un bocado de su mesa, sino que ordenó que soltaran sus perros para que acabaran con el pobre mendigo. Sin embargo, un mayordomo de los que cuidaban las tierras de este hombre se compadeció del mendigo y compartió con él un pedazo de su pan que tenía para comer.

Aquel mendigo era el Dios Padre, quien indignado por la actitud de aquel hombre rico decidió castigarlo por su avaricia. Reveló su verdadera identidad al buen hombre, y en muestra de agradecimiento por lo que había hecho con el pordiosero le dijo:

— Tú has hecho una buena obra y en recompensa te voy a revelar un secreto. Esta noche se va a desatar una lluvia incontenible que cubrirá para siempre todas estas tierras. Toma a tu familia y escapa a lo más alto de los montes.

En efecto, llegada la noche, mientras el buen hombre montado a caballo huía con su familia hacia las alturas, empezó a llover como lo había dicho el Dios Padre.

Desde lo alto de los montes él vio como el agua iba inundando rápidamente las tierras de su amo hasta que las cubrió por completo, sepultando al rico avaro y a los suyos. La lluvia cesó

entonces, pero aquellas aguas nunca cesaron, formándose una gran laguna que hoy lleva el nombre de Yaguarcocha. (29).

LOS HIJOS DEL CHIMBORAZO

En tiempos muy antiguos, la madre Tungurahua acusaba a su esposo de qué no le podía dar hijos blancos como ellos.

En represalia, solía escupirle el lodo y la ceniza que hervía en su vientre.

El Padre Chimborazo por su parte, lleno de amor propio y de virilidad, no quiso que su esposa continuara escupiéndole. Así pues, hizo que una hermosa joven pasara por sus faldas en persecución de su oveja perdida, que el Padre Chimborazo dejó escapar por las breñas. Y así fue ella a sus plantas halló un hermoso frijolito de piel blanca. Lo recogió cariñosamente y lo aprisionó en la cintura, entre la faja y su vientre maternal. Así se obró el prodigio del Padre.

El frijolito buscó camino y se introdujo en el vientre de la joven. Y desde ese instante el vientre de la ungida fue creciendo día a día, mes a mes, hasta que al cabo de nueve lunas y unos poquitos días más, alumbró un hermoso niño parecido al Padre Chimborazo: piel blanca, cabellos dorados, igua al al Apu (1) de la nieve. Este fue el primogénito del Padre Chimborazo.

Recordando estas cosas, todos sostienen que estos (2) son hijos del monte.

Es por eso que nuestros mayores creen que el fréjol abulta el vientre, más aún cuando se lo come cocido y frío. Y existen también abueitos que acosejan a las jóvenes no caminar por las faldas de los mor tes ya que éstos procrean con las doncellas. (29)

EL ORIGEN DE LAS PULGAS

Un esposo había llevado consigo el rondín (3) y el pingullo. Llorando iba, cambiando, cambiando su tonillo, así se marchaba.

(1) Los Apus son espíritus que habitan dentro de los cerros. Son concebidos como una fuerza inmanente, capaz de ejercer el poder de su liderazgo y vigor sobre las cosas y las personas. Un Apu es a veces, masculino, a veces femenino; en grab medida eso depende de si es hombre o mujer a quien se le aparece.

(2) La referencia es a los albinos, considerados en la cultura quichua del Ecuador como hijos de los cerros.

(3) Este instrumento, como muchos otros introducidos a partir de la conquista, constituye en los momentos actuales un vehículo idóneo de expresión en la medida que sirve para hacer la música del propio pueblo quichua.

Había habido un supai (4) del cerro, y en medio del páramo a aquel esposo lo había desnudado.

Después de que el supai había encontrado al esposo, fue hacia la casa de la esposa.

El supai dijo:

— Mujercita, aquí estoy llegando. ¡Juiiii!, exclamó.

— Mateíto mío, en el alto páramo has estado despostando el ganado...

Así entonces, “debía traerte carne”, dijo. “No te la traje”, había exclamado, “pero traje este corazón”, “¡Tómalo, cocínalo que vengo con hambre!”.

Entonces, la mujer había lavado el corazón y se había puesto a cocinar.

— ¡Luc, luc! —murmuraba el corazón. “Soy tu marido”. “¡Tu amante soy!” ¡Luc, luc!

Dirigiéndose al supai: “mira esposo, el borboteante corazón está hablando”, había dicho

la mujer.

— Los corazones dicen cualquier cosa, él le había replicado.

Entonces, antes de que el corazón estuviera bien cocido, la mujer se lo dio de comer al marido, pero el supai —dicen— participó con ella de su comida. Más tarde, y siendo un día soleado, el supai dijo:

— Mujercita, por favor cógeme los piojos de la cabeza, pero no me toques por atrás. Me he lastimado la cabeza. ¡No me toques!, había dicho.

Mientras el supai dormía, la mujer había dicho:

— ¿Qué tendrá que no quiere que le toque la cabeza?

Voy a ver, dijo.

Una vez que lo examinó, notó que atrás tenía dos inmensos ojos que se desorbitaban de sus cuencas.

El supai había dicho:

— Me marchó donde mis padres.

- 1) **Este instrumento, como muchos otros introducidos a partir de la conquista, constituye en los momentos actuales un vehículo idóneo de expresión en la medida que sirve para hacer la música del propio pueblo quichua.**
- 2) **El supai es un espíritu maligno y no el demonio de la religión católica. Un supai tiene su morada en los lugares mágicos: los cerros, las quebradas, las vertientes, etc... Sin embargo, su representación material, en algunos lugares, paulatinamente va incorporando los elementos formales del catolicismo.**

Aquel, el venido, el que había vestido las ropas del esposo, se colocó en la parte superior de la casa.

— Eres como mi mujer, dijo. La mujer con aspereza le gritó:

— ¡Adefeso! ¡ómo puedo ser tu mujer! La tuya debe estar en tu casa.

(4) El supai es un espíritu maligno y no el demonio de la religión católica. Un supai tiene su morada en los lugares mágicos: los cerros, las quebradas, las vertientes, etc... Sin embargo, su representación material, en algunos casos, paulatinamente va incorporando los elementos formales del catolicismo.

Así había dicho la mujer y entrando en la casa le había prendido fuego, relatan. De las cenizas le ese fuego nacieron las pulgas, dicen nuestros mayores. (29)

EL CHUSALUNGU

En los tiempos antiguos, no sabemos en qué año era -y tampoco si era verdad o era mentira —, nuestros abuelos tenían estos relatos acerca del Chusalungu...

Eran entre dos, ¡el Chusalungu del cerro de Abajo y el Chusalungu del cerro de Arriba. (5) Estos eran hijos del nbabura. **Allí, esos tenían de todo.**

El Apu del Imbara de arriba y el Apu del cerro de abajo, los dos vivían en continuas peleas, dicen.

- "Nuestros dos cerros deben ser solamente para uno", decían.

Los dos cerros así habían dicho, peleándose.

— Si tú vences será solamente para tí; si yo venzo, será solamente para mí.

Y así vivían, en continuas peleas...

El Chusalungu del cerro de Arriba infatigablemente perseguía a las mujeres, seduciéndolas en cualquier parte, para acostarse con ellas.

Así pues, un día unas pastoras habían sido engañadas en el cerro mientras pastoreaban sus ovejas; él, el de Arriba, también se acostó con ellas, dicen.

Mientras ellas dormían, aquel, que se había transformado en hombre, llegó hasta allí.

— "Aquí denme posada; vengo desde tierras lejanas". "Ya no encuentro en ningún sitio nada" -"Aquí adentro dormiré..."", había dicho y para pedir posada se acercó a la choza.

En cuanto se acercó a la choza, las mujeres dijeron:

— ¿Así será...? ¡Pobre hombrecito! ¡Hecho un desastre anda!

Le habían dado posada y una vez que se la dieron, durante la noche —a la fuerza— acercándose, durmió con las mujeres.

Una de esas tías, (6) corriendo, se escapó. Aquel hombre tomó a otra y durmió con ella. Después de haberse acostado con él, se dice que la mujer se murió sin más.

Muy largo, muy largo, dicen que tenía el miembro viril...

(5) La oposición "arriba" (alto) y "bajo" es muy antigua. Implica lo masculino en oposición de lo femenino. Los dos principios incluidos en una sola totalidad. En el presente texto de lo "arriba" y lo de "abajo" están formando parte del mismo monte Imbabura, que, en su totalidad es concebido como entidad masculina, de ahí que sea el "padre" de los Chusalungus. Recuérdese que el Imbabura es la contraparte masculina del cerro Cotacahi, concebido como entidad femenina. Esto a su vez no impide que en este último también existan los contapuestos "alto" y "bajo".

Al final de este texto hay una referencia acerca del hecho de que los dos Chusalungus que se disputan son hijos de estos dos cerros. Nótese que dichos Chusalungus normalmente habitan en el Imbabura, el padre, lo que simbólicamente parece ser un indicio de la patrilinealidad y la patrilocalidad, usuales, desde antigua en las culturas andinas de la región.

(6) la palabra "tía" es un préstamo del aspañol en el quichua que no denota relación de parentesco sino un extremo respeto o cortesía.

Esa tía que salió corriendo había ido a dar aviso a los padres de la joven. Esa tía añadió:

— “Así, un hombre, poseyéndonos de este modo y después de dejar muerta a la mujer, salió corriendo y se marchó”.

Los familiares fueron hasta aquella choza donde habían estado las pastoras. Se encontraron con que allí no había nadie. Incluso el pilche estaba arrojado fuera de la choza. Como el Chusalungu desapareció, la gente dudó de si había habido o no un hombre.

(El Chusalungu es un hombre del cerro).

Viendo tal situación el padre, que llegó a dicha choza dijo:

— Ningún otro que el Chusalungu debe ser el hombre del cual hablamos. A ese hombre, por haber matado a mi hija lo mataré; sólo entonces quedaré satisfecho!

Diciendo esto, aquel padre cogió el hacha y se marchó al cerro. El sabía dónde estaba la morada del Chusalungu. Solía vivir en un inaccesible cerro Alto.

Según dicen, había una gran plancha de piedra en la cual el Chusalungu se calentaba... Aquel padre, siguiendo al Chusalungu dijo:

— Matándolo quedaré satisfecho; no voy a dejar impune lo de mi hija, se repetía.

Así pues que lo encontró calentándose sobre esa piedra plana. “Efectivamente, ha estado durmiendo”, pensó. Como el Chusalungu estaba dormido, el padre, desde arriba, le había asestado un tremento hachazo.

Estando por asestarle un nuevo hachazo, despertóse el Chusalungu y se escapó.

Corriendo hacia una oquedad -su morada—, el Chusalungu ¡se había salvado...!

He aquí que nuevamente salió el padre en busca del Chusalungu, puesto que la vez anterior no pudo matarlo y fue vencido en vista de que no tuvo la suficiente fuerza para acabar con aquel.

Antiguamente, los Chusalungus andaban en grupos de cuatro o cinco para hacerse amigos de las muchachas. Inclusive cargaban por ellas sus atados de leña y paja. Así trababan amistad con las jóvenes.

Los Chusalungus encontraban a las muchachas y jugando con ellas, no importa dónde fuera, las mataban de un palmetazo en la cabeza.

Así, las jóvenes que nuevamente se habían hecho amigas, se dejaban engañar y dormían con ellos. En esta nueva ocasión el Chusalungu —se dice— las mataba.

Así, del modo en que aquí se refiere, el Chusalungu las encontraba. Y así éste llevaba su vida por allá en el páramo...

No sabemos de dónde han salido los Chusalungus ni qué clase de hombres sean, pero se sabe que han habido dos principales.

Ya se explicó esto anteriormente.

El del monte, el hombre del monte, tenía mucha fuerza, se dice.

Un Chusalungu le había dicho al Chusalungu oponente:

— Peleemos ahora mismo. Tú mueres o muero yo, pero peleemos. — Ahora el cerro tiene que ser de cualquiera de los dos, es decir, de uno solo.

— Si tú ganas, yo te daré a ti el cerro y quedará solamente para mí si yo gano, dicen que había dicho.

Con todo, uno de ellos había llegado a saber que le faltaban las fuerzas al otro. Una vez

que lo supo, le había dicho: "Pobre bobo no te quedes abajo", Así dijo el cerro de arriba.

— Los dos con una piedra peleando nos mediremos. Yo de mi cerro te enviaré una piedra al tuyo; desde el tuyo, mándame una hacia mi cerro. — Quien de los dos lance mejor, ganará la pelea...

Los dos habían dado su aceptación.

El Chusalungu de abajo decía:

— ¿Cómo el ingenuo, cogiendo la piedra desde el cerro de arriba va a tirarla al río de abajo?

Si en el agua está la piedra.

El Chusalungu de arriba había dicho:

— ¿Cómo el ingenuo desde abajo va a tirar una piedra hasta el cerro de arriba?

Aquel que ordena, el de Arriba, en señal de respeto solía ser llevado en parihuelas hasta su casa. En cambio, abajo hay una piedra redonda como una esfera, a ésta se la conoce con el nombre de "Huantuc rumi" (Piedra del Floripondio) a la cual le ganó la pelea el cerro de Arriba. (29)

EL PADRE IMBABURA CASTIGA LA ENVIDIA

Transcripción de mitos 29 a 33. Fausto Jara y Ruth Moya.

En tiempos muy antiguos todos los hogares tenían toda clase de animales.

Cuentan que una familia poseía un buey (7) muy estimado por todos. Llevaba un bonito nombre y era en extremo querido, tanto que al llamado por él, entendía perfectamente y se acercaba a su dueño.

Un día robaron al buey, dejando sumida en la tristeza a la familia que pensaba que la vida sería imposible sin la presencia del animal.

Entonces, el padre siguiendo las huellas fue tras él.

Las huellas se dirigían hacia el Imbabura, por eso tomó dicha dirección.

Así pues, recogió algún fiambre y marchó en su búsqueda. El fiambre era un cuy (8 bien preparado, el cual se ató a la cintura, con el fin de que cuando tuviera hambre, pudiera comer.

Mientras seguía el viaje se convenció de que las huellas se dirigían al monte Imbabura. Repentinamente ¡las huellas desaparecieron!

Pensó el dueño: "Aquí lo mataron o se lo comieron aquí". Siguió dando vueltas a fin de dar nuevamente con las pisadas, pero fue inútil.'

Mientras en vano seguía buscando por las altas laderas del Imbabura, comenzaba a

(7) La presencia del buy en el relato es obviamente una superposición en la estructura de la narración.

(8) El cuy es un animal mágico; ligado a varias actividades rituales, en las que cumple un rol fundamental. Su función en el presente texto como alimento mágico es por tanto explicable.

anochece; empezó a tener hambre.

Mientras comía el hombre se dijo para sí: "Antes de hacer cualquier otra cosa, primero voy a comer; luego continuaré buscando".

Repentinamente se presentó ante él un hombre muy anciano y muy alto a quien saludó cortesmente diciendo:

— Buenas tardes, Padre mío.

Este por su parte le respondió:

— Buenas tardes, hijo. ¿Estás bien? Oyendo esto, el hombre

respondió:

— Así, así... Padre mío, me han robado mi buey y esto yendo en su búsqueda, pero no aparece.

— Acaso tú has visto a mi buey, Padre mío? El le contestó:

— No lo he visto ¿Qué clase de animal era? El campesino dijo:

— Era, mi Señor, un animalito muy querido, que ahora nos hace sufrir mucho.

Precisamente al que más queríamos, a éste nos roban, Padrecito. "¿Cómo podremos vivir sin él?", se preguntó y se puso a llorar.

Viéndolo llorar el Padre se condolió y le dijo:

— Hijo, yo tengo en mi hacienda (9) muchos bueyes; ven a conocer, tal vez se mezcló con los míos y se encuentre ahí.

— "Vamos a ver", le dijo y lo condujo a la hacienda.

Como el campesino no divisaba absolutamente nada, exclamó:

— ¿Dónde está la hacienda? Aquí no veo nada... El señor le replicó:

— Hijo mío, aquí cerca está mi hacienda, ven a ver.

Aquel señor lo condujo a unas quebradas. Una vez allí —y después de haber proferido unas palabras mágicas— se abrió un -inmenso portón. (10) Apenas entró, quedó sorprendido por la belleza de la hacienda, la cual estaba adornada con oropeles; los potreros con alta y hermosa yerba, batida por el viento. Se veía unos hombres que llevaban gran cantidad de leche por aquí y por allá.

Del patio le hizo pasar al corral a fin de que reconociera al buey, diciéndole:

— Si está aquí tu buey, reconócelo. Inmediatamente el hombre reconoció su buey y exclamó:

— Padrecito, este es mi buey, lo voy a llevar, pues veo que ha estado aquí.

Aquel señor sin ambargo señaló:

— No puedes llevarte a tu buey. Me doy cuenta de que es un hermoso animal. En lugar de que te lo laves, te lo voy a comprar.

Por su parte el hombre replicó:

(9) La inclusión de la "hacienda" es la estructura de la narración, como es obvio, es bastante tardía.

(10) Este elemento narrativo debe ser muy antiguo. En muchos otros textos, igualmente algún personaje abre las puertas de un cerro para permitir la entrada a algún elegido. Invariablemente en el interior existe una rica morada. Los elementos formales que son indicios de tal suntuosidad, son por cierto los que una sociedad agraria puede concebir.

— No se lo puedo vender, Señor; es un animal muy querido para mí.

El Señor insistió

— No hijo, este buey no te llevas de aquí; no te dejaré ir, mejor véndemelo y te pago lo que es justo.

El campesino, si bien accedió, lo hizo con mucha tristeza.

Ante la aceptación del hombre, el señor exclamó:

Toma hijo, enséñame tu poncho.

Puso algo en el poncho y en cuanto recibió aquello, el hombre se dio cuenta de que se trataba de negro carbón. El campesino, viendo eso, le dijo:

— Señor ¿por qué me das solamente carbón? El Señor respondió:

— No hijo. Ve afuera y te darás cuenta que lo que te doy es oro.

Saliendo afuera se percató que todo era oro y plata y que en su poncho tenía gran cantidad.

Mientras salía de cerro para dirigirse a su casa, observó que todas las paredes eran plateabas y que había grandes depósitos del mismo metal.

En tanto, los familiares lo esperaban muy apenados, pero, al llegar éste con la plata, todo el mundo lo recibió con alegría.

Por su parte, los vecinos habían llegado a saber cómo el hombre perdió a su buey y de qué manera llegó más tarde con todos esos bienes, así como lo que éste relató a sus familiares.

Así pues, un vecino —pensando que también a él le resultaría igual— hizo perder a un buey suyo. También salió a buscarlo y simulaba caminar muy apenado, cuando repentinamente se encontró con el anciano Padrecito.

Del mismo modo que su vecino preguntó al Señor por su buey.

— Yo no sé nada, pero, con todo, puedes venir a ver mi hacienda.

Oyendo aquel hombre esto, al siguiente día, muy por la mañana, se dirigió a la hacienda, maquinando no sé que cosas.

Después de algún rodeo llegó a la hacienda, comprobando todo aquello que su compañero había contado.

El vecino dijo:

— Mi Señor, veo que aquí ha estado mi buey.

El Padre le dijo:

— Este buey también es muy grande; es precisamente de esta clase los que yo necesito. Véndemelo.

El vecino así replicó, diciendo:

— No Señor, este animal es como si fuera mi hijo. Desde pequeño lo he criado conmigo.

— Bien, como sea —le dijo el Señor— te daré lo que quieres en plata y en oro, por el animal.

El hombre respondió:

— Si es así, llévatelo Señor.

Después de eso el Padrecito le colmó el poncho con mucha plata.

Se dice que el hombre salió muy contento de la hacienda. Así, estando casi por llegar al

camino, abrió el poncho para ver el precioso metal, pero cuál no sería su sorpresa, al encontrar que en el poncho sólo había carbón mezclado con piedras.

Entonces, el campesino muy enojado quiso regresar a la hacienda para reclamar al Padre. Repentinamente desaparecieron todos los caminos que conducían a aquella hacienda, y como es natural, no pudo llegar.

Según cuentan, nuestro Gran Padre lo castigó a causa de su envidia.

Esto he oído a mi abuela hace algunos años.

MITOS QUICHUAS DEL ORIENTE

LA GUATUSA

Cuentan los viejos que antes los “secos” eran como hombres. Cuentan también que en un lugar había una grín cantidad de gente. Iban a casara una muchacha. Y para ello comenzaron a hacer una chacra.

Cuando el hombre se marchaba a cazar al monte, la mujer se iba a la chacra para traer una canasta de yuca.

Salía de mañana y sólo volvía al atardecer para dormir. Y todo los días hacía lo mismo.

El hombre se enfadó y le dijo:

— ¿Se puede saber qué haces tanto tiempo en la chacra?

La mujer le contestó:

— Como hay mucha yuca, tengo que cortar muchos palos y no puedo correr, de modo que se me hace de noche.

Y como todos los días hacía lo mismo, su suegra comenzó a seguirle en silencio para ver qué hacía.

Su nuera una vez llegada a la chacra, dejaba a un lado la canasta y echándose en la sombra se ponía a comer piojos. La suegra viéndolo echó a correr hacia la casa. Más tarde dijo a su nuera:

— ¡Cómo me engañaste! Te pasas todo el día comiendo piojos como una guatusa y ni coges ni plantas yuca.

La mujer viendo un gran enfado se escapó a la selva diciendo:

— ¡Sí, en verdad soy una guatusa y como piojos!

Y desde dentro de la selva:

— ¡Quiuuu... quuu... quiuuu...! —chilló

Por eso ahora hy guatusas; si no, no habría.

Y por eso ahora las guatusas comen mucha yuca.(57)

EL BULLO COCO

Cuentan que un brujo salió a la selva de cacería, dejando en casa a la mujer y dos hijos. Caminó por la selva, y se perdió. Estuvo así dos meses.

La mujer, viendo que no llegaba, se casó con otro hombre.

El brujo caminó i luchos días hasta encontrarse con un pequeño gavián llamado “Bullo coco”, y éste le invitó a su casa. Allí charlaron y tomaron chicha. Más tarde el brujo llegó a su casa con mucha cacería. Preguntó a sus hijos:

— ¿Dónde está la mamá?

— En la chacra con otro hombre.

— Cocináis esto y lo coméis — les dijo. Cuando volvió su madre, los niños le contaron:

— Nuestro papá vino con esta carne.

— ¡Qué papá ni diablos!

Ellos le mostraron la carne; pero su madre, llena de ira, la tiró lejos. Los niños la recogieron luego y se la comieron.

Vino de nuevo su padre y les dijo:

— Esta noche no durmáis. Yo llegaré convertido en gavián. Así cantaré: “Bullo co, co, col”

Se hizo de noche, y los niños se quedaron a la escucha. Llegó el gavián, dio cuatro vueltas a la casa y cantó.

— ¡Bullo, co, co, co!

Los niños le contestaron:

— Aún no duerme la mamá.

Volvió otra vez el gavián, dio cuatro vueltas a la casa y cantó:

— ¡Bullo, co, co, co!

Los niños le contestaron:

— Aún no duerme la mamá.

‘ Vino otra vez y cantó:

— ¡Bullo, co, co, co!

Los niños le contestaron:

— Ya se ha dormido.

El papá gavián entró en la casa, y con la uña sacó los ojos a la mujer y los chupó. Hizo lo mismo con el hombre.

Al amanecer, la mujer y el hombre no tenían ojos y preguntaron a los niños:

— ¿Vosotros tenéis ojos?

— Sí — dijeron ellos.

— ¿Y por qué no tenemos nosotros?

Estuvieron un rato pensando. Y dijo la mujer:

— ¿Qué haré? Si me convierto en árbol moriré. Si me convierto en boa moriré. Seré bufeo.

El hombre le constestó:

— Me parece muy bien.

Fueron al río. La mujer se echó al agua y se convirtió en bufeo. Luego salió tres veces bufando.

El hombre se echó al agua, y se convirtió en bufeo. Luego salió tres veces bufando. (Por eso tienen ahora los bufeos los ojos chiquitos).

El brujo cogió a sus hijos y se los llevó al monte para que fuesen gavilanes.

— ¡Bullo, co, co, co!... (57)

LA LOMBRIZ

Hace mucho tiempo vivía un matrimonio joven sin hijos. Con ellos vivía la hermana del marido. Esta era soltera, y sin embargo estaba encinta. La muchacha nunca daba a luz, y el matrimonio no se explicaba cómo estaba encinta.

En un rincón de la casa había un fogoncito cubierto con una tabla, y un agujero que se metía en la tierra. Cuai do nadie la veía, la hermana quitaba la tabla y se sentaba sobre el agujero cubriéndose con la ropa. Luego se levantaba y ponía la tabla de nuevo sobre el agujero.

Un día la mujer dijo a su marido:

— Tu hermana se sienta siempre sobre un agujero; ¿qué podrá ser?

— Vamos a la chacra y regresaremos en seguida a ver qué sucede.

La hermana salió; a monte a recoger leña. Regresaron entonces los esposos, y la mujer golpeó el suelo en medio del hueco:

— ¡Tac, tac, tac!

En seguida salió del agujero una gran lombriz y dijo:

— ¿Qué pasa aquí?

El marido mandó calentar agua a su mujer, y cuando hirvió, la echaron por el hueco.

Dentro sonaron como estampidos de trueno:

— ¡Tauún, tauún, auuún!

Luego taparon el hueco con tierra.

Llegó la hermana, barrió la casa, y se sentó sobre el agujero. La lombriz ya no salió, y la mujer se puso a llorar.

Su hermano miraba en silencio.

Pasó mucho tiempo. La hermana tenía el vientre cada vez más hinchado, pero nunca daba a luz.

— ¿Qué haré para matar a mi hermana? —pensó el joven—. Iremos a recoger Shigua.

Fue al bosque y halló un árbol repleto. Al día siguiente salieron los tres, y la hermana recogía las pepas debajo de árbol. Entonces su hermano dio un tajo al racimo y aplastó con él a su hermana. Reventó la barriga, y de ella salieron gran cantidad de lombrices.

El marido gritó a la mujer:

— ¡Mata todas esas lombrices!

La mujer mató todas las lombrices, y dos se le escaparon: A la hermana la enterraron allí mismo. El hermano decía a la difunta:

— ¡Eres un demonio!(57)

HUAGRA PUMA

Transcripción de mitos 34 a 37: Santos Ortiz de Villalva.

Antiguamente había pumas enormes. Se los encontraba con frecuencia en la selva. Los hombres los mataban poniendo chinganas en las puntas de sus lanzas y atravesándoles el corazón. ¡Hacia falta ser muy valiente para matar estos pumas!

Había hace tiempo un joven, gran cazador. Un día mató un puma. Le cortó la cabeza y la trajo a casa. Nuevamente salió a cazar; pero no pudo vencer a uno de esos pumas gigantes. Corrieron, corrieron, corrieron escondiéndose entre los árboles.

— ¡El gran tigre, el gran tigre me persigue! — gritaba.

Oyó los gritos el padre del muchacho. Tomó la cerbatana y el matiri y se hizo puma. La cerbatana se convirtió en rabo y el matiri en testículos.

— ¡Si eres macho ven aquí! — gritó al otro puma.

El Huagra Puma, que había seguido como dos días al joven, al oír la voz del padre, y conocer que era puma, regresó de nuevo. Se encontraron los dos en una colina.

— ¿Y ahora qué? ¡Nos veremos entre machos! ¿Por qué molestas a mi hijo?

Lucharon bastante tiempo. El papá-puma saltó a un árbol y cayéndose desde allí mordió al Huagra Puma en el pescuezo, metiéndole las uñas por todo el cuerpo.

El Huagra Puma murió, y su enemigo le bebió la sangre.

A la tarde regresó a casa con su hijo, y allí se hizo hombre. (57)

LA COTO BOA

Transcripción: Jorge Trujillo

Es una boa enorme de más de cincuenta metros y del grueso de una canoa. Tiene sus crías adheridas a su cuerpo lo que le da la impresión de ser una serpiente con varias cabezas. Esta variedad de boa vive en un árbol altísimo.

Cuando un cazador se le acerca, de pronto se oscurece y nubla el día. Sólo queda una parte clara por donde suele estar la boa al acecho de su víctima. Canta parecido al mono coto lo que engaña a los cazadores (...) La boa amarun tiene grandes poderes. Uno de estos es el de hipnotizar a su presa. La boa no caza: espera a su víctima porque ésta, irremisiblemente, cae bajo su control.

La boa algunas veces se presenta como una hermosísima mujer que se aparece a un

hombre soltero, solo o niño. Le visita varias veces arreglándose su cabellera negra brillante y larga.

Luego da toda clase de cacería al hombre y le ofrece amarlo y hacerlo su esposo, y de esta manera volverlo inmortal. Le lleva después lejos, hasta la casa en la cual vive.

Algunas veces esta mujer aparece con su cuerpo de boa que se enrolla al cuerpo del hombre cuando él le ha introducido su pene; aunque mantiene como mujer sus brazos y su cabeza.

La boa de río sigue a su presa. Sigue a veces a la canoa y de pronto agita su cuerpo y provoca un oleaje que desequilibra la canoa y emboba al viajero.

En el puente Francisco de Orellana hay dos boas; viven sostenidas a los soportes del puente. Salen a las seis p.m. (67)

MITOS SHUAR

EL UNIVERSO

Los Shuar creen que la Tierra es una inmensa isla en la cual viven los hombres en continuas dificultades y guerras, molestados por antepasados maléficos, llamados íwianchi, que buscan toda clase de placer terrenal ya que no pueden ir al cielo.

La tierra limita con el abismo y está rodeada por el cielo, que separa las aguas infinitas de la atmósfera, vital para los animales.

El cielo es una extensión inmensa de planicies fértísimas, habitada por los dioses y los hombres que gozan de todo bien. Antiguamente todos los hombres podían disfrutar de la felicidad del cielo, porque podían subirse por un bejuco, que, desde las plantas del cielo, colgaba hasta la Tierra.

Bajo las aguas vive el pueblo de Tsunki, Dios poderoso que puede destruir el Universo con las tempestades y las inundaciones, y señor de cuanto hay en las aguas. Produce las lluvias abriendo los broques del cielo para que bajen las aguas de arriba.

Debajo de la Tierra vive el pueblo de Nunkui, creadora de las plantas del cielo y de la tierra.

En el cielo de arriba vive el pueblo de las Atsut, mujeres misteriosas, el pueblo de los Ya (Estrellas), hombres bienaventurados que subieron al cielo sin morir. Los pueblos de los Arutam, antepasados justificados y dioses protectores de la familia, descansan en el cielo de abajo y se comunican con los vivientes que los suplican, por medio de una puerta que hay debajo de las cascadas de los ríos. Sólo Ayumpúm el primer Arutam, vive en el cielo de arriba observando a los hombres e impidiendo las guerras con sus rayos.

Etsa (el sol) y Na itu (la luna) observan el mundo de arriba y de abajo recorriendo todos los días sus caminos. Nadie puede acercarse al sol porque se quema.

El sol es el Dios fuerte y austero que maldice a los hombres si no cumplen con sus mandatos.

Por las faltas de los hombres, entró en el mundo la guerra, la muerte, la fatiga y todo mal. Muchas de las plantas y de los animales eran seres humanos. Fueron castigados por sus faltas. Antiguamente estos seres dialogaban con los hombres, pero los uwishin (brujos) con sus maleficios, quitaron toda comunicación con el mundo misterioso. (45)

TSUNKI INUNDA LA TIERRA

Tsunki es un ser misterioso de género común que vive en las aguas, dentro de las peñas. Para comunicar su vida y sus poderes a la humanidad, tomó la forma de una hermosísima mujer y se ganó el corazón de un hombre casado.

Este, para evitar los celos de su esposa, se la llevó a la casa, escondiéndola en su pitiák (canasto impermeable con tapa), transformada en una culebrita llamada Titinknapi.

Las noches las pasaba junto a ella. La envolvía en una capa de agua para que no la descubrieran. Cuando salía de caza, prohibía severamente a los familiares abrir el pitiák.

Pero un día, su primera esposa abrió el canasto y, al salir la culebrita, la persiguió con un tizón para matarle.

Entonces se oscureció el cielo, tembló la Tierra y los ríos inundaron los valles con sus aguas turbulentas y cubrieron las altas montañas.

La humanidad entera sucumbió y fue devorada por los monstruos de los abismos. Sólo se salvó el esposo de Tsunki con su hija mayor subiéndose a la palmera más esbelta de una alta montaña.

Así, por la desobediencia y la curiosidad de una mujer, Tsunki, no pudo tener descendencia entre los hombres, ni comunicar sus poderes divinos.

Cuando los pescadores, la suplican en las orillas de los ríos, suele conceder pescado suficiente para que alimenten a sus hijos. (45)

NUNKUI CREA LAS PLANTAS

La tierra era árida y la humanidad no tenía de qué alimentarse. Nunkui se apiadó de los hombres y tomando la forma de una niña moró entre ellos.

Su palabra era todopoderosa: lo que ella nombraba se creaba inmediatamente. Creó los frutales, las hortalizas y dio la fecundidad a las mujeres y a los animales.

El mundo se transformó en un paraíso terrenal; pero unos niños maltrataron a Nunkui y le tiraron ceniza en los ojos. Ella comenzó a llorar y subiéndose al techo de la casa, ordenó a las guadúas que la llevaran. Por el hueco de las guadúas volvió a su casa debajo de la tierra.

Desde allá da vigor a la vegetación y remueve la Tierra por medio de los gusanos. Ella misma

toma la forma de una larva. Los shuar dan señales de alegría cuando la encuentran.

Hacia el atardecer, cuando las huertas están solitarias, revisa los cultivos paseándose en forma de mujer. Se enoja y maldice si la huerta no está bien arreglada.

Durante el trabajo las mujeres la ruegan con sus cantos, poniéndose en comunicación con ella por medio de unas piedrecitas, llamadas nantar, que cuidan celosamente entre los cultivos y que nadie debe tomar.

Por el mal trato dispensado a Nunkui, las plantas comenzaron a producir frutos de ínfima calidad, se originaron las plantas malas e inútiles y la humanidad no pudo tener descendencia ni poderes divinos. (45)

NUNKUI ENTREGA LA ARCILLA

A una hermosa jovencita le tocó en suerte el más valiente de los cazadores. Esto produjo la envidia de las demás mujeres que, para vengarse, rehusaron enseñarle los quehaceres domésticos, el arte culinario y, sobre todo, las técnicas de alfarería.

La pobre sufría lo indecible: vivía sola y debía preparar las ricas presas que su esposo le traía en abundancia, en tiestos viejos e inservibles tirados por sus vecinas.

Humillada y despreciada, buscaba todos los días nuevas clases de barro, pero sus ollas siempre se resquebrajaban.

Nunkui tuvo compasión de ella y se le apareció sentada en medio de la arcilla. Consoló a la jovencita y, después de indicarle las mejores clases de barro, las técnicas a usarse en alfarería y los modelos más finos de ollas, le escupió en las manos comunicándole el arte del alfarero.

Luego se despidió maldiciendo a las mujeres envidiosas que, al instante se tornaron completamente ineptas y estériles. Ellas mismas tuvieron que humillarse rogándole que les comunicara sus conocimientos.

Hasta el día de hoy y las mujeres shuar hacen las ollas según las técnicas y los modelos indicados por Nunkui. (45)

IWIA MATA A LA MADRE DE E TSA

Apareció sobre la Tierra un pueblo de gigantes horribles, llamados Iwia, que destruían cuanto Nunkui había creado, cazaban toda clase de animales y se devoraban a los mismos hombres. Comían todo sin saciarse nunca.

Regresaban de sus correrías cargando al hombro una shinkra (bolsa) llena de animales y de seres humanos. Sembraban la desolación por doquier.

Uno de ellos respetó la vida de una joven esposa, llamada Wanupá, después de haberse comido a todos los familiares, porque se comprometió a entregarle cada día una gran cantidad de peces.

Por ser mujer amada de Tsunki, recibía de ella la cantidad suficiente de pescado para aplacar el hambre de Iwia y salvar así la vida de muchos shuar.

Pero al descubrir Iwia las relaciones de esa mujer con Tsunki, la mató abriendo el vientre con su hacha de piedra.

Del vientre de la víctima salieron dos huevecitos de los cuales nacieron Etsa (el sol) y Nantu (la luna).

Apareció así sobre la tierra el salvador de los hombres, pues Etsa, auténtico hombre, pero que llevaba en su ser el poder del dios de las aguas, debía librar a la humanidad del malvado Iwia y traerle ventura sin cuento. (45)

ETSA HIERE A SU HERMANO NANTU

Etsa y Nantu crecieron fuertes, valientes y llenos de vigor. Porque se alimentaron desde la niñez con los ajíes que cogían en las huertas de Iwia.

Al hacerse adultos se casaron con una sola mujer, llamada Auju. La mujer amaba más a Nantu que pasaba continuamente con ella, mientras Etsa casi no podía usar de sus derechos.

Los muchos celos enfriaron el cariño entre los dos hermanos que comenzaron a odiarse. Un día se entabló una lucha a muerte entre los dos.

Nantu tuvo la peor parte y, muy maltrecho y avergonzado, abandonó el hogar y se subió al cielo por un bejuco colgante. Por haber perdido parte de su vigor en esa pelea, calienta ahora mucho menos que el sol.

Así aprendieron los hombres a detestar la poliandria, pero, gracias a esa pelea, la tierra es habitable; pues, si la luna calentara como el Sol, el calor nos asfixiaría. (45)

LOS SHUSHUÍ Y LOS TUYA DAN COMIENZO A LAS GUERRAS POR ESCASEZ DE ALIMENTOS

***Transcripción de mitos 39 a 45. Siró Pellizaro**

Etsa fue atrapado por Iwia mientras estaba robándole los ajíes y se puso a su servicio como cazador. Inventó a cerbatana y sus flechas eran siempre certeras. Los shuar experimentaron durante este período cierta tranquilidad porque Iwia tenía suficiente comida con lo que cazaba Etsa. Pero los animales de la selva desaparecían a ojos vista. Los cazadores regresaban a casa amargados, sin carne para sus hijos.

Vivían entonces en la tierra dos grandes tribus, igualmente poderosas: la de los Shushuí (armadillos) y la de los Tuyá. Se entrevistaron los dos jefes y decidieron declararse una guerra implacable para que disminuyera la población terrestre y hubiera así alimento suficiente.

Los Shushuí se armarón con dos lanzas: una más larga que empuñaban con la mano derecha y otra más corta colgaba de la cintura.

Los Tuyá llevaban una lanza en la mano derecha y en la izquierda un escudo que recortaron de las anchas raíces de los árboles gigantescos de la selva.

La lucha fue muy sangrienta. Los Shushuí arremetiendo violentamente con su lanza contra los escudos, derribaban a los enemigos y los apuñalaban con la lanza corta. Los Tuyá se acercaban atrevidamente defendiéndose con los escudos y clavaban sus lanzas en el pecho de los adversarios.

Perecieron así todos los guerreros y los dos jefes se midieron por largas horas sin desmayar. Reconociendo que eran invencibles, acordaron que los Shushuí ocuparían la zona montañosa y que los Tuyá vivirían en los llanos. (45)

LOS APACHI (blancos) DE DOS CARAS

Transcripción: Siró Pellizaro

Sucedió una vez que los shuar estaban de cacería. A medida que iban cazando amontonaban las presas en un lugar determinado y seguían con su tarea.

Pero un día, por cuanto presa amontonasen, desaparecía apenas se alejaban. Designaron entonces a una mujer para que la cuidara. Apenas se alejaron los shuar, la mujer vio salir de una cueva a unos hombres de dos caras. Temblando de miedo la mujer les entregó la carne a los “dos caras” que la hicieron desaparecer por sus dos bocas. Luego se retiraron a sus cuevas diciendo a la mujer que volverían por la noche y que comerían cuanto carne encontrarán, así como también carne humana. Pero los shuar no se atemorizaron, y armados con sus nánguís -29- aguardaron por la noche a los “dos caras” con el propósito de aniquilarlos.

Era una linda noche de luna. Los “dos caras” se asomaron como habían dicho. Tenían en sus ojos el poder de adormecer. Los shuar, víctimas de este poder, fueron comidos por los “dos caras”. Una mujer huyó y contó lo acaecido a los shuar de otras partes. Los guerreros se alarmaron. Cogieron sus escopetas y se apostaron cerca de una cueva detrás de algunas peñas. De allí mandaron a sus perros para que ladrasen en la entrada de la cueva —156-.

Los “dos caras”, acosados por los perros, salieron de la cueva; contra ellos los shuar dispararon sus escopetas sin lograr herirlos. Los “dos caras” eran invulnerables. Los shuar, con sobrados esfuerzos, vencieron el sueño que les infundía el enemigo. Alistaron un gran número de elefantes -156- y los lanzaron contra los “dos caras”; los cuales, aplastados por los paquidermos, volvían a levantarse y, poco a poco, dieron razón de ellos. Los shuar huyeron; pero he aquí que una manada de japa yawá (leones) acabó con los “dos caras”. Solo uno pudo escapar; pero, encontrado por los shuar mientras se acercaba a una cueva, fue asaltado. Le arrancaron los miembros uno tras otro y lo dejaron muerto. Otros “dos caras”, que vivían en otras cuevas, sobrevinieron y se comieron a todos los shuar de esa región. (74)

TSUNKI

Transcripción: Ampam Karákras

Antes existía un Shuar que era casado con varias mujeres. En una ocasión el Shuar, se fue de cacería y había hecho caer al río a una guanta y cuando estaba buscándola encontró a una pequeña culebra como la cascabel, que el Shuar arrojó al río empujándola con una rama. Mató a la guanta y regresó a la casa. En otro día, el hombre se trasladó nuevamente al río y para su sorpresa encontró a una bellísima mujer de petos negros y largos que se estaba peinando. La mujer era la hija de Tsunki, quien el dijo: «Papá quiere que le entregues la tsantsa (cabeza reducida)». El hombre se sorprendió y dijo: «yo no he matado a ningún Shuar, solamente el otro día maté a una guanta». La mujer le dijo: «sí precisamente, eso pide mi papá». El Shuar se fue a la casa y trajo solamente la calavera de la guatusa, pero tuvo miedo de sumergirse en el hondo del río. La mujer le dijo que no tuviera miedo, que se agarrara a la cintura de ella y que contenga por un instante la respiración. Se sumergieron y dentro de pocos segundos, se agarraban en la puerta de la casa. El Shuar entre sí pensó: ¿Una casa debajo del río?. Mayor fue su sorpresa, cuando la mujer le presentó a su padre, el Tsunki y cuando éste le pone de asiento una anaconda enrollada que comenzó a chuzarse para atacarle. Tsunki, sin inmutarse, le dijo que le golpee a la cabeza, él hizo sin pensar dos veces y pudo sentarse con miedo. Estando en la casa, el Shuar encontró una serie de pescados (nayump), que comenzó a recoger y cocinaba en el fuego para comer. Cuál no sería la sorpresa de él, cuando Tsunki dijo, ¿quién arrojó la cucaracha al fogón que hiede tanto?. Pero cuando los Tsunki se dieron cuenta que era el Shuar quien comía las «cucarachas», se sintieron contentos al manifestar que les ayudaba a eliminar a semejantes bichos. Las anacondas gritaban al oler la presencia del Shuar, pero Tsunki indicó que fueran a golpear las puertas de los cerdos y por la noche era Tsunki (la mujer) quien defendía al Shuar para que no fuera devorado por las anacondas. Tsunki le entregó a su hija por esposa, pero no podía tener relaciones sexuales porque su pene era muy pequeño. La Tsunki solucionó este problema de su esposo soplándole piripri en el pene que se le hizo grande. Después de una buena temporada en la casa de Tsunki, decidió regresar a su antigua casa en la tierra. Cuando llegó a su casa no podía dormir con sus antiguas esposas porque su pene era muy grande. Siempre dormía en la sección de los hombres (tankámash'). Por esa actitud tan extraña sus esposas por la noche acudían al tankámash', pero alrededor del hombre brillaba y estaba envuelto en un manto reluciente que hacía tener miedo. Por la noche la Tsunki se transformaba en una bellísima mujer y de día en una pequeñita culebra cascabel de lindos colores. En una ocasión al dejar a la Tsunki en un pitiák (cesto) dijo a sus hijos que no tocaran porque podrían morir. Cuando llegaron sus madres los hijos le dijeron: «mamá, papá nos prohibió ver el pitiák». Las mujeres se preguntaron: «¿por qué no quería que mire?». Veamos dijeron y, al abrir el pitiák, vieron a una culebra que sacaba la legua y se movía en señal de risa y contento. Pero las mujeres: «Ay! ¡Culebra!» y la arrojaron al suelo. Cogieron un tizón de fuego y la estaban aplicandoca la culebra. Ella decía yúmir, yúmir, en señal de lloro y mojando la tierra se fue debajo de la tierra. Llegó donde el papá Tsunki, llena de quemaduras en todo el cuerpo. Cuando sucedía

esto, el cielo se nubló completamente, como si fuera de noche, con truenos y rayos. El hombre al darse cuenta regresó corriendo a la casa. Preguntó: «¿qué han hecho con mi mujer?».

Una de sus hijas le dijo: «¡papá! mamá botó al suelo a una culebra y la quemaron con fuego». Entonces el hombre dijo: «Ahora que sufran y vean las consecuencias». Salió llevándose a su hija que le avisó y fue corriendo a una de las montañas más grandes y al encontrar en la cima a una de las palmeras más altas, cargó a su espalda a la hija y subió hasta la copa de la palmera. Se amarró para no caerse de sueño. Tsunki, envió todos los animales que dominan las aguas y estos diciendo wij, wij, wij, se comían a todas las personas. Las mujeres y los niños lloraban, gritaba se subían a las pequeñas tarimas de la casa, pero las aguas cubrieron toda la casa y desapareció todo ser viviente en la tierra. Las anacondas trataban de subir a la palmera, se enrollaban en la palmera, pero como era lisa se bajaban de nuevo. La palmera se movía de un lado a otro por el fuerte viento y las aguas, quedaba la sensación de que muy pronto se iría al suelo. Después de algunos días que se alimentaban de la pepa de la palmera, comenzaron a arrojar las pepas. Al principio se caían a la aguas y luego de varios intentos la pepa cayó al suelo. Con miedo bajaron al suelo y se dirigieron a la antigua casa. No había quedado ningún rasgo de la casa anterior. Al darse cuenta de que no había quedado ningún Shuar, este hombre decidió casarse con su propia hija. De esta manera el pueblo Shuar no se extinguió y nosotros somos los descendientes de ellos. (73)

MITOS CAYAPAS MITOS CAYAPAS.- PROVINCIA DE ESMERALDAS

LOS TRUENOS

...”Los truenos son dos, uno masculino y otro femenino. Por lo general son mayores que el promedio de los espíritus y tienen cuerpos de color azul pálido cubiertos con un pelo crespo y un poco como las cerdas del puerco.

Los truenos no usan vestido y no pintan sus cuerpos: tienen grandes alas azules con las que vuelan de un lugar a otro y cuyo aleteo provoca la detonación que llamamos trueno. No tienen morada especial pero frecuentan ciertos lugares más que otros, especialmente salen a visitar un cerro especialmente alto arriba del río Cayapas.

Otros informantes difieren en algunos detalles al describir a los truenos. Ellos aseguran que no tienen alas y no vuelan; que tanto uno como otra están constantemente sentados en un cerro alto, que está en las montañas. Son gigantes, con espaldas masivas y son muy fuertes.

Tienen uñas muy largas que son tan duras como la roca. De cuando en cuando las mudan. Son muy estimadas por los brujos para curar enfermedades. En lugar de tener cuerpos azulados, de cerdas, visten la indumentaria tradicional de los Cayapas, pero de color azul. Además, ambos usan gorros azules, y ambos tienen pelo largo en los brazos. Cuando se irritan los truenos hablan en voz alta y gruñen, provocando así el ruido atronador. Su irritación se manifiesta especialmente el tiempo de lluvia, mientras que en otros períodos del año son de temperamento apacible, gruñendo sólo ocasionalmente. La esposa del trueno nunca tiene nada que decir. Se dice que hasta casi una generación los truenos vivían bajo el curso del río Cayapas, pero que en años recientes se fueron a una parte muy remota de las montañas y que, por tanto, ahora los truenos se oyen menos frecuentemente en el territorio Cayapa". (72)

EL JAGUAR

..."Antiguamente el Jaguar era un ser humano que tenía una esposa Cayapa. Durante el día permanecía cerca de la casa de la manera ordinaria, sin camisa. Sin embargo, durante la noche se ponía una camisa muy adornada con colores y se iba a cazar. Mataba muchos animales y se comía gran parte de la cacería en el mismo lugar y sin cocerla. Llevaba a casa una pequeña cantidad y cuando estaba cocinada y su esposa lo llamaba a comer, no tenía nunca hambre, consumiendo una pequeña cantidad y declarando que la comida no estaba buena.

Más tarde su forma fue cambiada a la que actualmente tiene y está obligado a caminar sobre sus cuatro patas. Si la camisa tan variopinta se cambió en su actual piel moteada".(72)

EL MUNDO

..."Hay un ser gigantesco llamado Tyapatchi Tanatu que sostiene el mundo inferior sobre la palma de la mano. Sobre el mundo inferior, llamado también Taincha, que significa "dentro", está cimentado un gran pilar de oro y plata que sostiene el mundo intermedio, sobre el que vivimos. Sobre este mundo intermedio descansa otra columna de oro y plata que sostiene a su vez el mundo superior llamado Ca'isha en el que no hay nada.

El mundo inferior está poblado por los pejuru putyu. El mundo central da habitación a los seres humanos y los varios espíritus (...) En el mundo inferior las condiciones son totalmente inversas a las de este mundo. Por ejemplo, el sol y la luna viajan del poniente al oriente, teniendo, sin embargo, las mismas órbitas.

Los tres mundos de la mitología cayapa son planos cada uno, aproximadamente cuadrados y de las mismas dimensiones. A corta distancia, más allá de los orificios por los que el sol y la luna emergen, están los bordes oriental y occidental del mundo. Más allá de estos no hay nada. (72)

HECHICEROS Y ESPÍRITUS

Transcripción de mi: os 48 a 51. S. Barret.

..."Muchas moontañas y cerros tienen espíritus, sea dentro, sea en las lomas y laderas. También casi todo ai imal, ave, reptil o insecto es la morada de un espíritu completamente distinto de su alma o su sombra. Estos muchos espíritus que residen en objetos animados o inanimados, son los que instituyen el medio por el cual los brujos realizan su magia, para bien o para mal. Algunas ve :es se invoca un espíritu para servir al hechicero y mientras es llamado se separa del objeto en ¡l que vive. También puede servirle desde su morada, en cuyo caso el objeto en que vive lo acompaña en su misión. (72)

4.- LOS CASOS

ENTIERROS

Informante: Miguel Castillo, Guayaquil, 1982.

El bulto negro con los ojos de candela se presentaba... era una especie de cuco pues casi no recuerdo... eso me lo contaba mi tía abuela Hortencia Queirolo, una señora que por los años cuarenta tenía ochenta años de edad, allá en el barrio del Cerro.

Entonces parecía que no había mayores hoteles en Guayaquil. La gente venía y se hospedaba en las casas.

En este caso una viuda que tenía su hija tenía huéspedes. Ahí y fue un alemán, un joven alemán que vino pues contratado en la época de García Moreno para realizar los estudios de los ferrocarriles. El era muy de Europa, europeo de origen, de raza francesa y alemana; entonces este alemán era pues un hombre blanco pues grande y todo. Le daba buena comida, le atendía bien la señora. Pero él comenzó a adelgazarse, adelgazarse, y estaba, así, nervioso, y todos estas cosas, y le preguntan pues qué es lo que le pasaba. Resulta que este alemán no podía dormir porque todas las noches que se acostaba a dormir sentía que se le acostaba, se le sentaba a su lado un tipo con una fogata caliente, que se le acostaba al lado de él, entonces la señora se avisó y le dijo:

— Tiene que ser el muerto, pregúntele, háblele, qué es lo que quiere, entonces efectivamente nosotros vamos a estar aquí, detrás de la mampara — bueno en ese entonces eran mamparas— y vamos a e cuchar.

Ellos estaban efectivamente de noche escuchando y, efectivamente, se sintió una cosa, una voz gangosa con el bulto con los ojos de candela que estaba al lado del alemán, quien le dijo:

— Qué quieres, déjame tranquilo, déjame dormir.

Y este con voz gangosa le contestaba pues que él es un alma en pena, que no podía, no podía disfrutar pues de tranquilidad mientras no pague, pues, la avaricia, su avaricia. Que en el patio de esa casa él había hecho un entierro de su fortuna. Entonces, efectivamente, le dijo, que él vaya donde llamea, donde haya llama, entonces el entierro este. Pues vieron, efectivamente, una llama azul en el patio. Con un fierro marcaron el sitio en donde estaba la llama, esa que había llameado y al día siguiente pues escarbaron allí, sacaron las botijas de ese tiempo y estaban forradas de un cuero como eran en ese tiempo. Estaban repletas de monedas de oro, entonces la familia cambió su situación, entonces fue un grito, eso fue una cosa que se desconocía aquí y como algo cierto ¿pues no? dicen que no sé si será una cosa de verdad o será sólo una leyenda. (69)

EL CASO DEL JUDIO ERRANTE

Informante: Esther Delgado de Mendoza, Manta 1977.

Por allá, en Montecristi, en las faldas del cerro Montecristi... y había una ocasión en que vivía un hombre biseco con una barba bien tupida, ¿no? blanco tipo extranjero, pero el

ves,guarío era vestido que ahora es lujo, pero en ese entonces los vestidos era tan rústicos...así que era de yunto, de saco ¿no? como un manto, en la forma que usaban, y que se acercó allí a la escalera de aquellas que salían de las casitas ¿no?. Esas escaleras de afuera, como esas casitas de campo. Y se fue por la escalera a pedir que le dieran una limosna por el amor a Dios, un vaso de agua, a pedir un vaso de agua a mi madre. Era un tipo de hombre, así, tipo extranjero, y bajaba, pues venía del cerro, allá por donde mi abuela, pues tenía su casa en el cerro, y entonces dizque les llamaba la atención y seguido tomó el agua y muy claro había dicho: "gracias Dios le pague", y siguió por Montecristi que era un pueblo chiquito, más chico de lo que es ahora, siguió a una y otra esquina, siguió la otra y después nadie lo vio por dónde se fue, por dónde se fue el julanito, después averiguaban por todas partes, las personas que lo habían visto, pero hasta allí no más, y después buscaban y se les hizo como humo, y no dieron más, no dieron más y buscaban y perseguían, y buscaban, y no se supo nada de ese hombre que impresionó tanto mi abuela,,dice que fue una cosa real, verídica, que ella, no tanto mi madre como ella, vieron a ese personaje así que se les presentó, pero entonces no había medios de comunicación para decir que él viajaba como ahora viaja tanta gente extranjera. Entonces era curiosidad y no saben qué se les hizo.

¿Y qué pensaban que era? Pensaban, decían que era un "judío errante", que era algo así como un mensaje, como un ser mandado de Dios algo así, como un "judío errante" ¿no?

Nadie más lo vio. Nadie pues. Como en tres partes se presentó. Había un almacén más allá, había una como un negocio distinto ¿no? Y también ¿no?. O sea que siguió así, hizo como un milagro de ahí-oadie más, nadie más lo vio (69).

LA CABEZA DEL POTRERO

Eso nos pasó a mí y a mi mamá. Mi papá trabajaba en una hacienda que se llama Chamasa, allá en Uyumbicho, y entonces nos dice un día: "Véngase trayendo una olla de agua -dice- para darles la nata de la leche". Entonces ya era la tarde ¿no? y entonces la leche esa le guardaban, le ponían en acequia de agua para que amanezca fresquita para el otro día —la leche de la mañana —. Entonces ponían en tarros, hacían cargaren muías y mandaban a dejar en Tambillo a que traigan acá, a Quito. "Entonces vengan para darles las natas, para sacar las natas de cada tarro para hacer el morocho", eso nos dijo. Entoces nos vamos yo y mi mamá. Yo era un chuzo. Cuando principiamos ya a subir el camino a la hacienda mi mamá dice: "Vamos por los potreros para irnos así rectito y llegar más pronto", porque el camino era más vuelta. Cuando, al principiar el prime potrero ¡no se asoma una cabeza! Cabeza de gente. Y nosotros que caminábamos ligero y la cabeza junto, junto, al igual que mamá y yo iba la cabeza, y se acabó, acabamos ese potrero y se quedó la cabeza, no, no, ya no nos siguió la cabeza a los otros potreros, se quedó en ese potrero. Era de gente, bien redonda, no tenía cuerpo, no, nada, nada, sólo la cabeza.

Nosotros seguía nos caminando ligero y nada, juntos pero sólo hasta ese potrero, ya pasamos al otro potrero y ya no, ahí se quedó. Así que, bueno, llegamos hasta la hacienda y

papá nos dio la nata de todos los tarros, sacando la nata le contamos esto a mi papá, esto que nos pasó. El dice: "Vamos, dice, yo les dejo hasta un buen trecho". Entonces veníamos, veníamos con papá hasta un buen trecho, pero ya para el resto, venimos mamá y yo nomás, y ya no venimos por los potreros pues ya venimos por el camino, y el rato que pasábamos por el recto de este potrero que estába la cabeza ¡que miedo! ¡que niebla!. Ahí se cayó mi sombrero, parecía que nos tiraban piedras, parecía que nos tiraban palos, y así todo el camino, ya salimos al camino, al camino real, ya no pasó nada. (69)

Quito, 1977. N.N.

E L CASO DEL HOMBRE QUE NO TENIA HIEL

Informante: Laura Fi telina Jiménez, Loja, 1981.

Yo conocí al fine do Floro Villalta. Era muy amigo de mi papá. Siempre llegaba donde él a buscar "providencia" para llevar a mi casa. Yo era muy amiga de ellos. Me gustaba salir a buscar cosas para ayuda a mi papá porque éramos diez hermanos. Yo rodaba mucho. Yo me iba, andaba como unas tres haciendas: la hacienda de La Palma, la hacienda Cangopita, llegaba a la Hacienda de El Tatblón. Entonces ellos tenían bastante providencia. Me daban cosas. Cargaba mi alforjita y me iba, llorando a veces, de ver que mi papá no me iba a encontrar. Entonces esos señores eran conocidos. Cuando yo llegué a ser más señorita, entonces yo oía que el chico Villalta era enamrado de la mujer del señor Lorenzo Gaona. Y el Solórzano era también enamorado de esa señora. Ellos habían jurado que en donde le encontrarán, ellos le mataban al chico Villalta. Vivían de enemigos ellos. Entonces el finado Villalta tenía una hermana —Teresa— en la hacienda del ingenio. Entonces él dice: "Voy a dejarle a mi hermana una alforjada de providencia, allá".

Le dicen: "No te vayas, tienen enemigos, no te vayas. "No yo me voy. Al hombre nadie le entra".

Entonces viene del ingenio y al pasar frente a El Tablón había unos corrales. Pasaba la una puerta y tenía que pasar la otra. Esta le dejan abierta y la otra le dejan cerrada. Entonces él se apea y le caen los enemigos. Habían sido Lorenzo Gaona y Solórzano. Este Lorenzo le dio el primer atracón. El finado Floro le dice: "Déjate trincar — un vencino les oyó —, así no se mataa los hombres".

Pero ya estaba vencido —la pierna rota— y cae el agua.

Entonces allí lo terminan. Le hacen presas. Y allí, en su misma muía, en la misma alforja que era para la providencia, allí lo dejan. En esa misma alforja le habían puesto. Lo llevan así metido.

Al otro día... en la huerta del tal Lorenzo había una choza con soberado. Un chico se sube allí y halla la alforja llena de carne. El chico va a ver y halla la muía. Era de noche. Amanece y van a ver esas carnes para quemarlas o enterrarlas.

En cambio Solórzano...El mismo echaba malayas: "Malaya —dizque dijo— que por una mujer maté al mejor hombre". Había sido sin hiél. Floro Villalta había sido sin hiél. El mismo Solórzano cuando le administró los hígados le halla sin hiél — la hiél es la vesícula que decimos nosotros —. Cuando los hombres no tiene hiél son valientes, no tienen miedo. En el 41 el finado Floro ayudó en la guerra. (69).

CASOS DEL HOJARASQUÍN, EL POLLO DE LA ANIMAS, Etc.

Informante: Jenny Estrada, Guayaquil, 1982.

"El "Hojarasquín del monte" salía de la hojarasca y se materializaba. Tomaba la forma de un cuerpo humano pero nunca se sabía exactamente de qué sexo era el Hojarasquín. Nunca supe yo en mi infancia el sexo de este Hojarasquín y ahora no le he preguntado. Me da un poco de pudor preguntar si el Hojarasquín era masculino o femenino. Por el artículo quizá él debió ser masculino.

Lo curioso es que siempre estas leyendas se vinculan a la virginidad de la mujer. El Hojarasquín, el Tin-Tin, el Salvaje: en todos esos mitos andan tras de las mujeres y siempre de las vírgenes. Es casi como una forma de atemorizar a las niñas para que no tengan ningún contacto con seres extraños que se acercan a la casa del campo. Como el cuento del "pollo de las ánimas" que es solamente una leyenda que se cuenta en el día de los difuntos. Yola recuerdo así. Solamente en el día de difuntos contaban esas cosas. Había que recogerse muy temprano porque podía venir el "pollo de las ánimas".

Usted me preguntaba qué era el pollo de las ánimas: era un piar de un pollo negro que engañaba a las muchachas, en el campo generalmente, en el campo costeño, ya que ellas eran las encargadas de cuidar el gallinero, las mujeres, las niñas de la casa, no las adultas sino las niñas, las adolescentes tienen que cuidar de las gallinas, las crías de las gallinas desde el tiempo que están culecas, le atienden, y ellas son las que recogen las aves de corral por las tardes, las niñas de preferencia, y esta leyenda la explican como un piar alrededor de las cinco y media y seis de la tarde que e ; la hora en que se atiende los gallineros, que se recogen las aves que saben piar. Si una de ellas se quedaba a la deriva y las chicas responsables del gallinero tenía la obligación de cumplir la tarea diaria empezaban hacer la ruta de la procedencia de este piar y se apartaba de la casa porque cada vez este pollo que piaba se iba cada vez más lejos, más lejos hasta que se llevaba montaña adentro. Esa era la forma de explicar cómo después de nueve meses había una consecuencia de algún contacto que la familia probablemente no quería reconocer, no quería aceptar y se le atribuía al "pollo de las ánimas".

El salvaje se parece al Hojarasquín. Sólo que el salvaje tenía una particularidad: No se podría seguirle al Salvaje ni podía saberse a dónde llegaba porque tenía los pies al revés, el talón para adelante y los dedos para atrás; entonces al tratar de seguir la huella del Salvaje para buscar a la chica que se había llevado siempre se confundían los buscadores pues el Salvaje tenía como característica los pies virados con el talón hacia adelante y los dedos atrás. (69)

EL CASO DE AQUILINO

Informante: Miguel Castillo. Guayaquil, 1982.

Hay una historia campesina en base a las supersticiones que todavía existen en la Costa, en la provincia del Guayas. Esto lo escuché por personas de la provincia del Guayas, en Daule: había un campesino que le gustaban las fiestas, le gustaban los velorios, le gustaba la vida bohemia; le gustaba las serenatas. Este campesino vivía solo en una casa. Una vez llegó completamente mareado, como siempre borracho, un día sábado. Al otro lado del río había una casa deshabitada. En esta casa dehabitada los moradores de ese sector hablaban de fantasmas, hablaban de Tin-tín, hablaban de que penaban. Y una noche este campesino llegó mareado. El era necio, donde él escuchaba música iba y se metía así no lo hayan invitado. Iba y se metía —además de ser un poco belicoso—. Una vez llegó mareado pues a su casa, y al otro lado en la casa que ya antes mencioné, escuchó él dentro de su “lumbre” una música que llegaba del otro lado del río, es decir llegaba a su oído. Entonces el campesino cogió su canoa y atravesó el río Daule y se fue a meter a esa casa. La fiesta estaba encendida pero no se podía ver por lo lúgubre que estaba. Apenas estaban alumbrados por dos velas lascaras de las gentes que estaban en la fiesta, y para entrar a la fiesta él tenía que dejar la camisa de prenda. Y entró al baile cuando ya se había tomado otros tragos más y la fiesta estaba encendida. Escuchó una canción que decía “Aquilino nunca va a misa pero por el baile dejas hasta la camisa”, y se dio cuenta de que un poco de esqueletos y seres de ultratumba se le echaban encima como queriéndolo matar, queriéndolo ahorcar. Peleó algún rato y se pudo zafar pero aquellos individuos lo seguían hasta la orilla del río. Cuando ya prácticamente estaba perdiendo lo cogieron de nuevo, entonces un gallo manianero cantó y llegó la luz del día, amaneció y eso fue lo que le salvó al tipo para que no le pase absolutamente nada y desde ahí el tipo prometió cambiar es decir no irse a meter a fiestas donde no lo hayan invitado. (69)

CASO DE UNA APARICIÓN

Informante: Arellano Olmedo y Mera, Quito, 1977.

Entonces verá; bajaba un hombre por la Manosalvas, entonces ahí había unos wateres ¿no? Si habían wateres ahí. Entonces al pasar por ahí había una mujer que estaba acurrucada, entonces que le enamora, y le propone ir a pasear y todo. Subiendo así por la calle Sucre ahí había las “El Garitas”. Entonces le invita a brindarle un café. Entran, le sirven el café, cuando ya salían —y el café todito en el suelo — Bien tapada la cara de esta mujer. Y que le dice: No ha tomado, todito le ha botado en el suelo.

Entonces van y salieron de ahí, de las “Garitas”, y se dirigían por lado de San Francisco, para el lado del Tejar. En el Tejar había un quebradón enorme donde es ahora el parque Hermano

Miguel, un quebradón enorme, entonces, dice él: “vamos por acá”. Dizque le dice: “por otro camino, no vamos por acá, este camino es malo”.

Pero a él le parecía que le llevaba por un lindo camino y cuando... y no se acuerda más, y ha estado pero aquí sentado al borde ya de la vida (11).. Cuando él se despierta dezque dice: “¿Puchas! ni me acuerdo; y ya estaba para descenderá la vida”, y entonces el dezque tenía el escapulario de la Virgen del Carmen, dice que es lo que le salvó de irse al abismo. Era ya la una de la mañana, entonces él se puso en juicio se fue pues a la casa. Y la mujer desapareció. Claro ¡Uf!

¿Por qué dezque les decían “Garitas”? Porque se amanecían, se amanecían hasta las tres o cuatro de la mañana vendiendo café. Todo el mundo iba a parar allá, salían de los teatros a tomar café donde las “Garitas”. Eran dos hermanas que tenían ese negocio. (69)

DON NICO Y EL DIABLO

Informante: Amparo Moreira, Portoviejo, 1962.

Este caso se lo escuché a mi mamá. El pueblo se llama el Calvo. Empieza así. En un pueblo habitaba una familia muy humilde muy pobre, el jefe de familia se llamaba don Nico, la esposa Gertrudis. Tenían tres hijos pero eran sumamente pobres. Así que él ya estaba cansado de trabajar. Un día salió al campo a traer leña para el hogar y al colocarle el hacha en el tronco éste no cedía y entonces dijo una blasfemia. Dijo “por los mil diablos”. Acto seguido apareció un señor muy bien vestido y al hablar despedía cierto resplandor en la boca. Entonces este señor dijo “Quién me ha llamado” y don Nico con un poco de temor contestó que ya estaba cansado de trabajar; lo había hecho toda su vida sin conseguir nada. Entonces el señor dijo: —Haremos un trato en el cual tú adivinarás la edad que tengo. Nunca nadie lo ha hecho. Si tú lo haces yo te haré inmensamente rico. Desde ahora que vas a tu casa encontrarás que tu suerte cambiará por completo.

Don Nico aceptó el trato. Pero el señor le dijo que no se lo contara a nadie ni siquiera a la esposa. Quedaron de acuerdo en la fecha en que nuevamente se verían para decirle la edad que tenía el diablo.

Llegó a la casa. Y empezó —como le había dicho— la suerte a cambiar. Todo. En la tierra que no producía empezaron las semillas a germinar. Completamente todo empezó a cambiar. Al cabo de pocos días la gente se sorprendió de ver lo mucho que Don Nico había progresado pero él permanecía en silencio pensando y pensando lo que le diría al diablo porque si no le adivinaba la edad exacta el diablo se lo llevaría el alma y todo lo que había logrado. Entonces la mujer lo veía pensativo, triste. Le decía que qué le sucedía, y él, nada.

Ya faltaba una noche para la entrevista con el diablo y don Nico por fin se lo dijo a su mujer. Ella le dijo que no se preocupara que se fuera al campo a cazar y le trajera toda clase de aves que encontrase. Don Nico hizo esto: trajo diferentes clases de aves.

(11) “Al borde de la vida = Al borde de la muerte”

Y llegó la noche. Eran las doce. Y la esposa empezó a preparar una mezcla con brea. Ella se desnudó y se colocó esa brea ya fría en el cuerpo. Empezó a colocarse en el cuerpo desnudo las plumas de las diferentes aves. Cuando terminó esto parecía un animal raro. Así le dijo al marido que no saliera que ella iba a verse con el diablo. Y así sucedió. Fue a verlo. Se puso en una posición de animal y espero al señor ese. Cuando apareció él en su caballo, éste —el caballo— se espantó y el diablo dijo: —por los siete mil infiernos—. En treinta y tres años de mi vida nunca había encontrado un animal tan raro. Y acto seguido se dio vuelta. Entonces la mujer corrió a la casa y le dijo a su marido que el diablo tenía treinta y tres años.

Al otro día Don Nico fue a la cita y le dijo al diablo que la víspera había estado esperando y él no apareció. El diablo le contestó que sí, que había tenido un contratiempo en el camino y le pidió que le disculpara.

Entonces Don Nico le dijo que tenía treinta y tres años.

Entonces el diablo lo felicitó porque nunca nadie le había adivinado la edad exacta. Así que se despidieron y con el tiempo Don Nico —ahorita— es un señor próspero. Se llama Don Nico Cabal. Todavía vive. El es hermano de mi abuela. Mi tío abuelo. Es un señor de mediana estatura, de tez bien blanca. Ahorita ya es un viejito. Pero es un señor muy próspero, al menos hasta hace cinco años cuando estuve la última vez allí lo vi muy próspero. A diferencia de este medio que está seco, por allá sí llueve. Eso es todo. (69).

EL COME MUERTO

Informante: Miguel Castillo, Guayaquil, 1982.

En ese tiempo nosotros vivíamos, pues aquí, en el centro, entre Boyacá y Chanduy. Era el barrio del Bajo, la ciudad sólo llegaba hasta la calle Urdaneta. De la calle Urdaneta hasta la calle Julián Coronel era una pampa donde a partir de la calle Chimborazo hacia el oeste era una pampa, una pampa que llamaban la Sabana Chica, que en verano era una sabana muy chica y en invierno pues era una sola, anegado todo esto de agua, y yo recuerdo mucho una tarde que de repente —como todos tenemos una azotea de donde miramos para atrás— la gente corría, la gente del pueblo, la gente del pueblo corría por esa sabana hacia el cementerio, esa sabana del cementerio ¿qué era lo que pasaba?. Era que el escándalo del famoso Come-muerto ¿no?. Era un individuo que acostumbraba ir después de los entierros. En esa época se acostumbraban mucho los entierros, ya de noche casi, de ahí viene ese dicho tan popular, no sé si lo habrán oído. “Adelante con los faroles que el muerto pasa”.

Pues se acostumbraba a llevar a las siete de la noche, a llevarlo con antorchas, llevaban al muerto y se lo enterraban en las bóvedas que había en aquella época —como las hay hasta ahora— y entonces el cemento quedaba fresco ¿no?. Entonces este tipo una vez que se iban todos los familiares del muerto iba y sacaba el cadáver y se robaba pues todo lo que tenía, le abría la boca, sacaba las calzas de oro, la dentadura, todas estas cosas se llevaba, la ropa, y la vendía, incluso, pues cuentan que a las nueve... por eso fue que se lo descubrió, por la chica

que había estado de novia pero que no logró casarse porque la muerte se la llevó. Era la época en que en Guayaquil familias enteras se extinguían con la tuberculosis ¿pues no? Entraba la tuberculosis en la familia y se iba toda la familia. Era la época de las grandes pestes. Había la tuberculosis, se llevaba a familias enteras, la bubónica, la viruela, todas estas pestes; había muchos muertos en aquella época, los enterraban de noche, entonces este tipo se sacaba... incluso a la novia esa, por eso fue el escándalo, y ella no se pudo casar porque se murió de tuberculosis, y el tipo este pues parece que copuló con la difunta, pues ¿no? con la muerta, y el vestido de novia que en ese tiempo era importado, que todo era importado pues no lo hacían ¿no? o se mandaban hacer por la costurera... Cuando alguien lo vio y lo descubrió, y todo fue un escándalo, eso, y el Come-muerto, el Come-muerto lo cogieron y lo mandaron preso, no recuerdo en este momento el nombre de él, lo cogieron preso y todos los más grandes criminales de este tipo que estaban en la cárcel de Guayaquil, que era donde es ahora la Aduana es decir donde es la Policía aduanera, allí, entonces todos le tenían miedo, lo veían al individuo como digamos, como "pincay de mala corvina", nadie comía con él, y este tipo no alcanzó a vivir mucho tiempo en la cárcel, pues murió con tuberculosis, dicen, quizá sea por sus trágicas costumbres. Da la casualidad que el muerto que lo descubrieron fue precisamente porque el vestido de la chica lo fue a vender allí mismo, donde ella lo había comprado. (69)

LA VIUDA BANDIDA

A mí me pasó un caso, verá: para llegar a Otavalo había una quebrada en un corte cerrado. Si usted pasaba por ahí decían que le sálela viuda. Yo ya iba con ese pensamiento, por eso llevaba el yatagán sacado que iba relumbrando con la luna. Cuando llego a la quebrada, el agua... shshshshsh... sonaba. Entonces sale una vestida de negro y tapada con el pañuelón, icarajo —le dije— una gran puta, aquí te carga el diablo o qué mierda!. Cuando me vio que le iba a ensartar el yatagán me dijo: "¡no me mates, yo soy de esta no de la otra!" Había sido una bandida que hacía correr a los hombres. Y por qué andas así? le pregunté. Dijo "Sabe que mi marido se me rancla y en esta forma lo tengo sujeto". (71)

LOS BRUJOS DE MIRA

Mi papá me contó un caso que le sucedió en Mira: se fue a negociar maíz, y conoció a una señorita. Había sido casada y la encontró con un joven. En eso llegó el marido y como la señora no tenía donde esconderlo lo convirtió en gallo; salió el marido luego de merendar y mi papá vio que el gallo se convertía otra vez en el joven. Visto esto mi papá fue a pedir posada en otra casa, y vio a media noche que todo Mira se incendiaba porque en todo ese pueblo había esos que dicen que son brujos, incrédulos. (71)

EL DUENDE

Esto me sucedió en San Gabriel, cuando recién me casé y vivía en una mediagua por la carnicería vieja. A los ocho días me comenzaron a botar de la tapia terrones, arena en los platos de comida donde almorzábamos, pero sin darnos cuenta de lo que pasaba. Entonces mi mujer le había contado a la vecina lo que nos sucedía, y ella le había dicho que era el duende, ya que era una casa abandonada. Pasaron tres días, y estando durmiendo, se apareció al filo de la cama el duende y bailaba. A mí me quitó el habla, hacía esfuerzo por hablar y no podía, mi mujer lo que había estado haciendo era sintiéndome. Yo braceaba, pateaba; a ver si podía hablar y luego de un cuarto de hora volví en sí. Entonces le conté a mi mujer lo que me pasaba y le dije que prendiera la vela; luego de cuarto de hora que estaba prendida la vela, le dije a mi mujer que la apagara, y no pasó ni cinco minutos cuando se apareció nuevamente, y me quitó el habla; pero en seguida la señora prendió la vela y se desapareció. Amanecimos así y al otro día, nos dijeron que echemos agua bendita por toda la casa, y así mismo hicimos, y no apareció más. (71)

EL CARRO DE LA OTRA VIDA

Yo tenía un terreno en una parte que llamaban “La nariz del diablo” por Miraflores, y sembraba choclos, pero siempre me estaban robando. Una vez le dije a mi mujerr que me iba para conocer quienes eran los ladrones. Llegando a un carretero grande, vi una luz a lo lejos, pero era por potreros, y yo dije que raro, qué carro será el que viene por ahí o será el alumbrado de velas de algún difunto que lo van a enterrar al cementerio. Me quedé sentado en un bordo esperando, pero de ver que no alcanzaba a ver bien, dije me voy a ver quien se ha muerto y me fui bajada abajo. Cuando llegué a ese punto, no vi nada de gente, sólo oí un ruido y sentí una edentina a azufre y unas luces que se apagaban y otras que se encendían. Vía un hombre bien parado manejando un carro ¡Jesús María!. Saqué el rosario y me puse a rezar. ¡Había sido el diablo! (71)

EL ENTIERRO DE CAMPRESTINA

En cierta ocasión, a mi papá le tocó ir a un velorio de un señora que en vida fue bruja y se llamaba Camprestina. Se fueron a enterrarla de no aguantar el ruido que se sentía en la casa. Por donde iban pasando, había una quebrada oscura y silenciosa, luego cuando iban cruzando el puente, vieron acercarse una gallinacera y un viento tan fuerte que tuvieron que dejar la caja mortuoria y correrse a una cueva. Poco después, la gallinacera y el viento desaparecieron. Se dirigieron a la caja y la encontraron vacía, y para ir a enterrarla, la llenaron con un poco de piedras. (71)

LA CHORRERA DE LA VIUDA

Al señor Manuel Arellano, como es un hombre borracho, le gustaba el aguardiente. Un día se puso a tomar y, a media noche, cuando iba a su casa y ya para llegar, se le presentó una señora bien puesta, bien mudada, acomodada de anillos, joyas, guaicas, y más joyas de oro parecida a una enamorada que le interesaba a él. Ve —dizque le dice— qué suerte cuando quiere ser de uno, tiene que salirle al encuentro. El dizque corrió a abrazarla y cuando le iba a abrazar le dijo “eh, eh” y le mostró los dientes, pero él no se dio cuenta y pensó que lo llevaba a un buen puesto. Se fue, camina y camina por chaparros que a él se le parecían calles bien amplias y hermosas, pero de pronto llegaron a un sitio en que lo iba a dejar la viuda, que se le presentaba en forma de la enamorada. Era una chorrera, y lo metió allí. “Qué lindas cobijas, quien sabrá tejer —dizque decía él— tan abrigadas”. Se quedó allí, no atinaba qué hacer, y pensaba que estaba con la enamorada abrazada. Al otro día al despertar, se hallaba metido en una chorrera. (71)

EL CHURO DE MAMA ÚRSULA

Casos 61 a 67: Provincia del Carchi

Como antes había secuestros de muías, no había carreteras, andaban a pies, entonces mi mamá se fue a esconder las bestias del contrabando al monte en el punto que le decían Santa Elena, se fue por debajo de chaquilulos a esconder las bestias al río Huaquer y cuando ella se iba por el camino, como todavía era guagua cuenta que se encontró un jardín de flores en Santa Elena, o sea en el Churo de mama Úrsula, unas flores nunca vistas; iba a coger pero se dio cuenta que ella se iba más adentro y para señalar el sitio dejó el sombrero en una mata de rosa; alza a ver mira un palacio, muy bello, nunca antes visto y en la puerta del castillo estaba un perro negro.

Ella dejó en sombrero y se fue a dejar las bestias al río de Huaquer y al regresar de allá se vino a coger las flores y cuando llegó encontró el sombrero en una mata de chaquilulo y no encontró nada.

Entonces mi mamá contó a mis abuelitos y le dijeron que allí era un encanto porque había sido un virreinato y tocaban unas campanas hermosas y que salía una reina de noche vestida de blanco, un lucero en la frente, iba por el camino a Chile y salía a la Delicia y se conducía por atrás hacia El Vínculo, y que ella era la dueña del encanto y que allí se encontraba el tesoro y que veían cuartos llenos de oro y plata, y si les sacaban el diente al perro con todo anillo que estaba puesto, entonces que se desencantaba.

Encontraban junto a la reina caballos ensillados, pero sin jinete, y que en el camino que andaba ella salían unos hombres cargando un muerto, y pasaban a la hacienda de Canchaguano. Este muerto también le salió a mi mamá y le dijeron esos hombres que era el muerto que dependía de la reina. Querían desencantar ese sitio pero no podían.

Un señor llamado Rosendo Cuaspuud tenía unas chocitas allí en esa loma y él también nos conversaba que todas las tardes oía tocar las campanas y como lo fueron limpiando, ahora ya se ha perdido.

Esto es lo que llaman el Churo de Mama Úrsula, y es verídico. (71)

PACTOS CON EL DIABLO

Informante: Miguel Castillo, Guayaquil, 1982.

Ahora hay otra leyenda: también una vez un cazador... esto me lo contaron que ocurrió por la provincia de los Ríos. Hay una zona que se llama Mocache que queda por Quevedo, en un desvío, entonces Mocache, penetrándose, hay un sector que se llama Aguafría. Entonces por ahí —esa zona es montañosa— había un campesino que se dedicaba a la cacería. Una vez este señor estaba cazando pues en la montaña y se encontró digamos, estaba cazando chanchos salvajes y se encontró con un tipo, un individuo muy bien vestido con un caballo brioso, negro, con una montura de plata, le dijo que por qué cazaba esos animales, que si necesitara que no cace esos chanchos porque esos chanchos eran de él, y que si él necesitaba... si él estaba necesitando comida, estaba necesitando comida, estaba necesitando alimentación para sus hijos, para su familia, él le podría proporcionar ayuda. De tal manera que el campesino se dejó convencer por este tipo y lo llevó a una casa de hacienda grande, muy grande. Y este cazador conocía un poco de hacendados por ese sector. Y cuál es la sorpresa que cuando llega a la casa de la hacienda se encuentra con un poco de hacendados de ese sector que estaban afilando machetes como peones de este tipo, de este personaje que se había encontrado, y justo lo alcanza a distinguir al patrón, es decir, al dueño de la hacienda donde él vivía, y le dice:

- ¡Patrón!

Y el patrón lo que hizo fue agacharle la cabeza y le dice que no lo nombre, que pasa que este personaje, digamos el que lo llevó, que lo encontró cabalgando en el caballo negro, le llenó un poco de alforjas, alforjas de alimentos le dio dinero etc. y le dijo que en eso es lo que le podía ayudar.

Cuando el cazador trató de salir de ese sector buscó salir por la montaña. Pero aún conociendo bien los caminos que daban a ese sector no podía encontrar el lugar por dónde él vivía... Botó un poco de cosas, digamos botó, botó algún dinero, botó algunas cosas porque estaba cansada ya la bestia en la que iba él. ¿Pues no? y ya después varios días encontró la salida, encontró su casa ¿Y quién era el personaje? se supone que era el diablo ¿Y los hacendados lo sabían también o no? Eran tipos que tenían pacto con el diablo.

Digamos hay muchas leyendas de gentes que tienen digamos pacto con el diablo, varios hacendados ¿no? Por allá, por ese sector, y que varios hacendados han tenido pacto con el diablo. Hay una leyenda, hay otra leyenda también que es por Valencia, de un señor que se dedicaba a hacer canoas. De la noche a la mañana se hace rico. De la noche a la mañana compra

una gran cantidad de tierras —y todavía existe una hacienda que se llama Aguacatal que ahora los herederos los han dividido en Aguacatal de arriba y Aguacatal de abajo y entre ellos se matan— Es crónica esta situación. Entonces este señor cierta vez, digamos, estaba triste, se sentía triste y él era un acaudalado, un millonario, digamos, él tenía su hacienda pero seguía trabajando en su ocupación anterior, él seguía haciendo canoas ¿no? Y cierta vez estaba triste, y los obreros de él, al medio día, le dijeron que si se iba a comer con ellos, entonces él dijo que no, que vayan no más, que después él iba a ir. Cuando regresaron encontraron una canoa que casi estaba terminada con huellas de uñas, huellas de uñas de garra, y toda manchada de sangre. La familia que ya sabía del asunto de este señor que tenía pacto con el diablo, lo que hicieron es cortar un pedazo de madera, un tronco de madera y ponerlo en una caja, y no lo dejaban ver así llegara el amigo del familiar más cercano, no le dejaron ver, pues. A este señor lo enterraron en el cementerio. Al segundo día que van los familiares encuentran la caja por un lado y el tronco de madera por otro lado, y así repitieron lo mismo como dos veces. Encontraron una tapa por un lado y no tienen más remedio que quemar la caja, quemar la madera, y enterrarle y depositarle en la iglesia de Palenque. (69).

EL CONDE DE LOS LAGARTOS

Informante: Miguel Castillo, Guayaquil, 1982.

En la provincia de los Ríos, en Vinces, en la época de la pepa de oro había un agricultor que se dedicaba sólo a cultivar el cacao y después de cada cosecha —este agricultor era un tipo que no sabía leer ni escribir— Con el producto de sus cosechas, es decir con las ganancias se iba y se pegaba unos paseos por Europa y en París. Allí se enamoró de una prostituta. El la sacó de un burdel. Pero que pasa, que además hay una situación: que este agricultor decía de que descendía de condes, y todo el mundo le conocía como el conde de Mendoza. Se la trajo a esta prostituta acá y la tenía viviendo en su casa de hacienda.

Además de él dedicarse a la cuestión del cultivo de cacao, él tenía pozos grandes en donde él criaba lagartos a los cuales les sacaba el cuero y los vendía muy bien. Esta mujer como era ninfómana quería estar haciendo el amor con todo hombre que veía y hasta con el casero, es decir, el muchacho de la casa que le cortaba la leña y le llevaba agua. Una vez esta mujer se le enamoraba a todos, se les enamoraba ella, se les brindaba y cuando llegaba el marido decía que aquel tipo había querido abusar de ella. Y el conde lo que decía era:

- Bueno tú has querido abusar de ella ¡A la lagartera!

Y así mataron a un pocotón de campesinos de esa manera ¿no? En Vinces, esa es una de las leyendas del Conde de Mendoza y tiene más leyendas. (69!)

UN DIFUNTO QUE ANDABA POR LAS NOCHES

Informante: Rosa Guillen, Guayaquil, 1980.

Era en San José, hacienda San José, ahí es que todo un siempre había ese juego de gallos; bueno, ahí es que jugaban los gallos todos los domingos jugaban, entonces el que ganaba bueno, pusieron a jugar el gallo, el otro le salió ganando pues y pelea y pelea; entonces en eso en una discusión, diciendo que el gallo de él había ganado y que el otro había perdido el otro decía que no, que su gallo había ganado y que tenía que darle el dinero de lo que había ganado el gallo; entonces se dieron golpes, entonces bueno, el otro vengativo no, es que dice:

— Bueno, mi has golpeado pero que no te pese, algún día tienes que pagar, dizque le dice, lo amenazó; pero el otro andaba desprevenido de la amenaza de que lo iba a matar pues no.

Cuando un día es que iba él, sacaba y se robaba leche pues él escondido en la hacienda, dizque un tarrito dizque había llevado él para robar la leche. Cuando en un puente que él tenía que cruzar, el enemigo había estado pues, este hombre que lo había amenazado a matarlo había estado escondido, cuando él que cruzaba el puente y él que lo encuentra, dizque le dice:

— Aja!, ahora sí, de hombrea hombre pero aquí te mueres porque aquí te voy amatar yo. Le sacó el machete.

— Ah, no, dizque le dijo, cobardemente no me vas a matar pues, dizque le dijo, yo no he traído nada de arma en las manos, yo ando con las manos y mi tarrito ¿y tú me vas a matar? Afloja ese machete y nos damos una carrera de golpes, si tú me vences me matas a mí y si yo te venzo te mato a vos.

— No, dizque le dice, así no voy, dizque le dijo, a golpes no voy, dizque le dijo, ahora dizque dijo, yo te he llevado a matarte porque tú me pagastes y me jugaste sucio porque mi gallo había ganado y no el tuyo y no me quisiste pagar la cuenta y por eso te voy a matar.

— No dizque le dice, déjate de esas cosas, dizque le dice, por un gallo vamos a, ya déjalo dice, olvídale, choquemos nuestras manos y olvida de lo que hemos hecho, los dos hemos peliado.

Dice —no, yo no me puedo olvidar, tú te mueres, te mueres ya mimo te mueres, y alzó el machete y lo mató; vino y le cortó el pescuezo y el cuerpo por acá.

Entonces bueno, como ya lo mató, entonces el hombre este entonces había un árbol grande de ciruela, entonces es que cogió él, lo arrastró y lo erjté"fró junto ahí, en el ciruelo hizo el hueco y lo enterró ahí, con tarro y todo lo enterró, ahí como eso era dizque era un corral que tenían que encerrar el ganado todas las tardes y a las 5 de la mañana madrugaban a ordeñar la leche.

Dizque todas las noches dizque veía la gente que salía del tronco del árbol; el ganado se" asustaba hasta con el animalito que lo amarraban para ordeñar la leche, dizque regaban hasta la leche, la vaca asustada salía arrastrando el chivito. Dizque veían un bulto que de la tierra al zaba para arriba con el tarrito puesto ahí penaba, entonces dizque decía

— Penan ahí ¿no será algún entierro que anda ahí? porque un bulto sale, dice, pero sale con un tarro y se desaparece, dice', y el otro día, dice, estaba ordeñando, dice, ahí y yo ya había amarrado el chivito y me estaba encuncillando, dice, para sacar la leche, y a lo que me estaba encuncillado, la vaca se me espantó y me botó la medida y arrastró el chivito y yo en eso miré el tronco del árbol y veo un bulto negro que salía con un tarro, rápido como que el viento se lo llevó y se desapareció.

— No será que hay algún entierro que hay, dice, y entonces eso es lo que pena? Por qué no le armas en valor, cuando veas ese bulto que sale de ahí, te hallas en valor y le dices que cierre la boca, o déjate, dizque le dice riéndose.

— Yo no, yo capaz que hasta me muero yo, dice, si ahora sale eso, no, yo hasta me muero diciéndoles desde esta o de la otra; entonces si me contesta el muerto, dice, y el muerto tiene la voz de muerto mismo, capaz que me muero, dice, yo no dice, puede ser algún entierro.

Bueno, pasó ya un día; mi mamá, teníamos la costumbre, vivíamos en una casa grande, casa de hacienda y tenía una galería grande así, unas ventanas grandes y mi mamá no le gusta planchar de día sino de noche entre las siete ella decía.

— Por qué mojarse las manos, hace daño.

Bueno, cuando mi mamá, yo estaría de unos tres añitos, estaba chica, mi mamá que estaba planchado, cuando en eso había un puente largo que daba hasta el río y él que venía del río que venía para la hacienda, se oía tac, tac, tac, que sonaban las tablas pues no, o sea que también si se iba él también se oía. Cuando dizque del río venía con un tac, tac, tac, en la noche pues no, mi mamá plancha y plancha dizque, mira así y dizque veía un bulto que venía corriendo, venía corriendo corriendo del río para la hacienda y la utrera quedaba debajo de la casa, la utrera donde ponen los tanques para la leche onde que ordeñan los piones, ahí vaciaban en los tanques.

Entonces mi mamá dizque dice —un bulto, es un hombre que trae un tarro.

Bueno, para esto mi papá ya dizque se había acostado; mi mamá dizque por no recordarlo a mi papá para que viera que venía un hombre con un tarro, entonces mi mamá dice. Un hombre es.

Tac, tac, tac, cuando ya se paró al pie de la casa con un tarrito así; mamá dizque a conocerlo a ver si era de la hacienda o quien era, se cruzó, dice, por debajo de la casa y se pasó por la utrera como que pasara así y al otro lado; mamá dizque dejó la plancha y se fue al otro lado a ver, o sea que al otro lado era un corral, cuando ella que se asoma y lo ve parado con el tarrito así, pero no dizque le daba la cara sino la espalda, el cuerpo con su tarrito así, dizque dice, ella dizque se guindó, es que lo iba a llamar, pero a lo que lo iba a llamar dizque se le despelucó el cuerpo pues no, dizque dice.

— Uy, se me ha despelucado el cuerpo, Jesús María, qué será, ¿por qué se me habrá despescado el cuerpo? será del otro mundo ese señor que está ahí? y mi mamá dizque empezó a rezar, cuando en eso que estaba rezando, cuando ella que se había inclinado, cuando él dizque le había suspirado al pie del oído, aahhh, un suspiro en todo el oído; cuando ya suspiró dizque cogió su tarrito y se fue para adentro para el monte o sea que cogió onde él estaba enterrado, para adentro cogió y siempre salía ese señor que lo habían matado así, a la cuenta

que estaba penando con el tarrito en el hombro, toda la vida él salía, lo veían con el tarrito en el hombro. (40)

EL LAGARTO ENCANTADO EN EL RIO GUAYAS

Informante: Rosa Guillen, Guayaquil, 1980.

Les contaré del anciano que andaba navegando en una canoa. Eran unos trabajadores no, que traían así madera para acá a Guayaquil, entonces todo un siempre traían madera hasta que un día pasaba una lancha y los hundió en medio río, no ha visto Ud.?

Bueno ahí, tonce bueno se hundió ahí y viró la canoa en la ola, tonces andaban nadando nadando, cuando en una de esas se les presentó un lagarto grandote y entonces uno dizque dice;

— Mira, es un animal grande que brilla que parece oro.

Y dizque le dice el amigo

— Ahora verá que.... y se subió encima del cerrito, tonces ahí ellos treparon en el cerro y la canoa que se ha ido pues ya ya, río abajo y entonces es que un lagarto grandote que dizque brillaba en el río, dizque se hundió en el río, se hundió; entonces bueno, ya se hundió el animal

ese, dizque salieron unas muchachas, unas sirenas al poco rato, blancas bonitas las chicas dizque con el pelo blanco, dizque nadaban y silbaban con cola, dizque ellos bien atrapados en el cerro y entonces es que nadaban y nadaban y entonces el lagarto dizque salió enorme, dizque andaba nadando y se metió así, dice que adebajo de ahí de ese cerro hay como una cuesta y ahí dizque hay como oro y ese lagarto dizque hay como encantado ese animal y es de oro, dizque brilla ese animal.

Es lo único que puedo contar; eso dizque hace años dizque salla ese animal. (40)

LA SEÑORA QUE MATÓ AL BEBE

Informante: Rosa Guillen, Guayaquil, 1980.

En un barco grande de dizque s'iba a otras partes navegando, entonces dizque este bebecito era morito pues no, que lo llevaba la señora morito, y ya en la mar dizque ya se hundía el barco y ya que le dentrabá agua al barco. Entonces es que dice el capitán:

— Bueno, aquí quiero saber quién ha traído bebes aquí en el barco? Entonces dice -una señora tiene un bebe.

— Qué's, bautizado, moro, que's?

Dice —Es moro, dice la señora, no lo he bautizado.

—Bueno, dice, señora bote el bebe al río para que se calme la mar que sino aquí nos hunde, dice, y bótelo.

Y entonces ella dizque cogió y botó el bebe vivo lo botó al agua, en la mar lo botó el bebe, sí, entonces para que calmara las olas que ya le hundía pue al barco.

Bueno, así que cuando ella ya lo botó al bebe, pues ya calmó las olas, entonces que dizque se presentó un anciano ya, dizque dice

—Mala madre, dizque dice, has botado el bebe por darle gusto al capitán botastes tu bebe, tu sangre, y el día que tú te mueras andarás todos los siglos que sea andarás buscando el último huesito en la mar hasta que encuentres el niño, sino tu vida no la podrás tener tranquila, tienes que encontrar el último hueso.

Dizque bueno, ya cuando ella es que le llegó el fin de la muerte, dizque con el tiempo se murió, dizque la ven en el río la ven andar un ataúd grande, un ataúd y dizque ahí va con una velita puesta en un maticito y una velita en medio del ataúd hasta, y ahí entonces es que el ataúd va sube y baja con lasólas, sube y baja, sube y baja; dizque es ella que anda buscando el bebe, buscando el bebe a ver si lo encuentra el bebe y eso le puso Dios esa sentencia, le puso Dios.

Eso dizque pasó en la mar, en la mar sí, en la alta mar dizque le pasó eso, pero como en la mar pues, entonces allá anda todo lo que es agua mar y aquí dizque ella anda andando buscando el niño hasta encontrar el último huesito que Dios le puso la sentencia.

Y eso yo creo que sí es cierto, porque yo una vez muchacha pues, nos veníamos así por que yo estaba en el campo con mi papá, entonces mi papá dice:

—Vamonos a Guayaquil, dice, a ver, dice, cuando hubo esa natación del grillo raza, aquí en la piscina olímpica que era nuevecita pues en ese tiempo y entonces bueno, nos quedamos aquí en Guayaquil, nos quedamos y entonces nos cogió la noche como a las 7 de la noche así, o más sería: bueno, nos fuimos a la hacienda, ya nos cogió la noche.

—Vamonos, dice, cuando en oscuras pues, boga y boga el remero y el piloto, boga y boga y yo pues en el río y a mí pues yo tengo miedo no a mí me da miedo la mar pues no y yo cuando veía una lancha que venía decía:

—Papá, la lancha ahí viene.

—No le tengas miedo que nada te ha de pasar.

Cuando una de esas venía así un enorme, un ataúd negro negro, un ataúd entonces lejos que se apagaba la luz y vuelta se encendía, que se apagaba la luz.

Dice — Este, Don Víctor, dice Púchica, vamos a chocar en esa lancha, dice, vamos a chocar. Entonces dice:

—Prendé un foco más que sea la camiseta más que sea prende, dice, para que vean la claridad pues, que como es canoa no, en oscuras no ven pues la claridad.

Entonces sacó el hombre la camiseta y la prendió para que vieran la claridad pues, y así prendida la camiseta.

Cuando dice —No, dice, si no es lancha, dice, otra cosa es, dice, que viene ahí. Es como un bulto que viene.

Cuando yo alcé a ver pues a ver qué era, así que era, cuando así la canoa y pasó así la ola que hacía así y era un ataúd grande era negro y en medio del ataúd estaba un mate y una velita

y un poco de moscas que sonabaruJiacía uuuuuuuuh, como que conversaban así, como eso es oscuro así y pasó. Entonces

— Ay, no, si ha sido el ataúd de la muerta que Dios le puso la sentencia, dice, para que an de todo Guayaquil y ande todo lo que es mar ande, buscando el bebe, dice, esa es. Y después se fue lejos ya con la ola y todo ya se fué desapareciendo con la velita. Eso le puso Dios esa sentencia, que.ñenes que andar todo Guayaquil, todo lo que es agua buscando el niño hasta que aparezca el niño, el último huesito que lo recoja. (40)

EL CASO DEL BANQUERO

Guayaquil, 1980. N.N.

Ese que es del Banco La Previsora, ese dizque tenía pacto con el diablo, el Víctor Emilio Estrada.

— Sí, dizque tenía pacto con el diablo y dicen que cuando murió, dicen que como era que él tenía pacto con el diablo, dicen que cuando él falleció y se desapareció, dizque vino un viento, dizque vino y entonces la gente dizque corría cuando dizque a lo que alzaron a ver, no había nada, no dizque nabía en el ataúd dizque nada nada, vacío el ataúd, el diablo dizque se lo llevó el cuerpo y quedó el ataúd.

Entonces ellos, para, ellos dizque le metieron piedra y piedra para que crean pues que lo iban a enterrar y pesaba, eran las piedras que lo enterraban, pero dizque él, el diablo se lo llevó.

Bueno, así que un día, dizque una noche dizque andaba, un chofer por el cementerio y entonces pssh psh, dizque lo llamó un señor alto, dizque lo llamó y dizque dice.

— Dentre señor, a dónde me va a llevar? dizque le dijo.

— Lléveme, dice, lléveme al cementerio, dizque le dijo.

— Bueno, dizque le dice, bueno.

Tonce dizque se embarcó, bueno y él dizque manejaba y sentía pero pesadísimo atrás, dizque como que era que llevaba una cosa una toneladas adentro, pesado dizque sentía el carro, dizque en el espejo pues que tiene ellos no, dizque él miraba así, miraba así.

— Uy, dizque dice, pesa este señor. Dizque quería verle la cara, dizque de blanco entero dizque.

El que hace el espejo, cuando en eso dizque le ve pues, el rostro dizque era todo, dizque era un cadáver era, sí pues, dizque era vestido dizque era y la cara dizque era la cuenca de los ojos de un cadáver dizque era, y él dice que él no sabía ni para dónde darle el timón, dizque hacía un vaivén el carro del escalofrío que llevaba pues, que llevaba era un muerto atrás pues no, y él dizque lo miraba, dizque le dijo:

— A onde señor? dizque dijo.

— Ya no le digo que me lleve al cementerio? entonces cuando ya llegó

— Aquí, aquí es el cementerio.', es que le dijo.

Se bajó, dizque se bajó. Cuando él que lo miró así atrás para verlo, dizque se desapareció, no hubo nada; entonces ahí dizque empezó a conversar a los amigos, dice

— Ni sabes, dice, anoche me pasó una carrera como a las 3o4de la mañana, dice, me llama un señor en el centro, dice y se embarca y yo como que llevaba era una tonelada, una cosa atrás, dice, pesadísimo; y yo, dice, miraba cómo verlo, dice, hasta que una vez hasta que al fin le vi la cara, dice, era un cadáver era, dice, que llevaba atrás y me dice “Al cementerio es que me va a llevar”, me dijo así, y yo, dice, le daba andar y le daba hasta que llegué al cementerio, dizque le dice.

— Señor, aquí es el cementerio.

Se bajó, dice, al cementerio y se dirigió y cuando ya se iba a dirigir al cementerio y lo vi que se desapareció.

— Ah! este es el Víctor Emilio Estrada, este tiene pacto con el diablo, dicen.

Todo el mundo sabía. —Este tiene pacto con el diablo, ese ya no existe, es muerto es que dicen. Es que penaba el alma.

Hace poco así me contaba una tía que yo tengo, que el marido de ella es vigilante en la Comisión de Tránsito, o sea Cabo de la Comisión de Tránsito, así que él se había embarcado en un taxi y dizque el taxista dizque le cuenta a él, o sea que le dijo a ese taxista que lo lleve al cuartel de la Comisión de Tránsito y ahíle había ido contando que eran como las 9 o las 10 de la noche, no me acuerdo exactamente la hora, decía que el taxista es que andaba asustado, le había dicho.

- Ni sabe mi cabo, qué me pasó, dice, acabo de, un pasajero había cogido en Malecón o algo así, por el centro era, un señor bien vestido dizque era blanco, alto, todo, parecido a un anciano pero no lo vi bien la cara no, y se sube y le dice que lo lleve a la calle Julián Coronel y Avenida Quito y él lo lleva pues no, cuando dizque él va pues no, miraba por el espejo por el retrovisor de detro del carro, no veía al señor ese, pues no. Cuando ya llegan pues a Julián Coronel, dice.

— Ya señor, hemos llegado ya; mira atrás, ya no estaba nada; y según dicen, que Víctor Emilio Estrada subió porque en la calle Julián Coronel estaba la puerta principal de la entrada donde está el mausoleo pues: ¡Víctor Emilio Estrada! (40)

UNA LUZ EN EL MAR

Informante: Angélica Cano, Guayaquil, 1980.

...La orilla del río entre dos, entre tres hermanos, dos varones y yo que estaba allí; cuando hemos visto una lucecita que venía de arriba y empezó mi hermano el mayor a llorarle como criatura, y se ha venido esa luz pero hecho una flecha para onde nosotros.

Empezó mi hermano a insultarle —Anda, le dijo, desgraciado a buscar a tu hijo.

Y se desapareció la luz y fue a salir más abajo; volvió y prendió más abajo con la corriente pue. Cuando de allí, dicen que fue una señora que sacó esa criatura tras del marido propio y

porque ya estaba al llegar enmarido, lo descuartizó y lo botó al agua.

Todo estaba completo menos un dedito le faltaba y esa alma andaba penando por ese dedo que no lo podía encontrar para emparejar a la criatura.

Dizque, ahí sí ya dijo Dos----- ya no me acuerdo cómo es la historia de la muerta esa, por que era una caja y las moscas como iban atrás de esa caja sí, las moscas atrás de la caja y de noche como a las 8 o 9 de la noche era que iba la luz pero bien hecho una flecha para abajo, buscando el dedo. Ya de ahí no sé cómo quedaría.

Yo la vi, yo la vi, yo la vi.

En Vines, yo estaba pequeña, pero yo sí me acuerdo de todo, de todo me acuerdo sí, así que ni vi qué se hizo porque se desapareció ya para abajo, porque como era corriente el río no, se desapareció la luz, Eso sí he visto. (40)

ELDIABLO

Informante: Angélica Cano, Guayaquil, 1980.

Estaba yo una noche durmiendo con una comadre mía onde una señora, y cuando me dio gana de botar el orine por la ventana y las vacas de ese corral balaban y querían romper el corral, querían romperlo para salirse.

Cuando oigo un paso de abajo que venía ta ta ta ta y en noche bien oscura oscura oscura y eso era huerta. Yo decía -Cómo anda ese cristiano con esta oscuridad y en huerta cómo pasa?

Cuando se para en derecho así de la ventana y yo me paro así y me enciende un cigarrote; uy por Dios! me fui derecho a la cama y me le tiré por encima de mi comadre al espaldar de la cama a la pared.

Y me dice -Qué, qué pasa?

Le digo —Un negro se ha parado en la ventana y las vacas quieren romper el corral, quieren salirse, de allí están desesperadas, le digo, óigales como balan.

Y me dice entonces -Este es el diablo; cálese, me dice, porque este es el diablo.

Y entonces ya digo, ahí me asusté pue, hasta el sueño se me quitó pensando que me dijo que era el diablo. En Poza Seca, eso era de los Mendoza, de los Cabezones Mendoza ese pedazo ahí. El cigarro fue que yo le vi y el bosal, la frente del caballo le brillaba que parecía oro, en la oscuridad se le veía que le brillaba. Yo dije en verdad, este es el diablo, porque en verdad, pura alhaja, puro oro es; en verdad este es el diablo.

Ni más ganas de levantarme, porque yo dije me puede hasta llevar. Yo era pequeña, pero sí le vi negro negro negro y un sombrero; ahí sí le vi bien y me fui a la carrera a la cama y me le trepé por encima y me boté a la pared del toldo. (40)

NOTA

Al cierre de la presente edición hemos recibido, por cortesía del autor, algunos trabajos que antes no pudimos conseguir pero que consideramos obras claves en una bibliografía completa del cuento popular ecuatoriano. Estas obras son las siguientes;

1. **Carvalho-Neto, Paulo de O canto folklórico. Revista Folklore Americano N° 18.** Diciembre de 1974.
2. Carvalho-Neto, Paulo de. Decamerón Ecuatoriano. Publimex. México. 1975.
3. Carvalho-Neto, Paulo de. Historias a lo divino. Talleres de la Editorial Universitaria. Guatemala. 1979.
4. Carvalho-Neto, Paulo de. Historias de tramposos. (Mentiras, celadas, traiciones). Folklore Americano N° 26. México. 1978.

BIBLIOGRAFÍA

1. Anónimo. Anécdotas.
Imp. Juan Sáenz. Quito 1981.
2. Arias Sánchez Alberto. Cuentos Populares y broma en todo.
Tipografía Guayaquil. Guayaquil, 1898.
3. Barrera Inés Eulalia. Tradiciones y Leyendas del Ecuador.
Biblioteca Ecuatoriana de "Últimas Noticias" Quito. 1947.
4. Barriga Franklin. Leyendas y Tradiciones del Cotopaxi.
Ed. Pío XII. Ambato 1970.
5. Buitrón Aníbal. Taita Imbabura.
Vida indígena en los Andes. Misión Andina Quito.
6. Buitrón Aníbal. El campesino de la provincia de Pichincha.
Imp. Caja del Seguro. Quito. 1944.
7. Buitrón Aníbal. Salisbury de Buitrón Bárbara. Indios, blancos y mestizos en Otavalo.
Quito, 1952.
8. Calle Manuel J. Leyendas Históricas de América.
C. C. E. Guayaquil 1967.
9. Calle Manuel J. Leyendas del Tiempo Heroico.
Tall. Tip. Nacionales. Quito, 1929.
10. Cárdenas A. Tradiciones de Puebloviejo.
Imp. Nacional. Quito. 1877.
11. Carvalho-Neto, Paulo. Cuentos Folklóricos del Ecuador.
Ed. Universitaria. Quito. 1966.
12. Carvalho-Neto, Paulo. Cuentos Folklóricos de la Costa del Ecuador.
Serie de Folklore del I P G H. México 1976.
13. Cornejo Justino. Folklore.
Guayaquil, 1962. p.85-100.
14. Chávez Franco M. Crónicas del Guayaquil antiguo.
Imp. Taller. Municipal. Guayaquil, 1944.
15. Costales S. Alfredo y Piedad Peñaherrera de. El Quíshihuar o el árbol de Dios.
Llacta. vols. XXIII y XXIV.
16. Costales Alfredo y Piedad Peñaherrera de TUNGURAHUA.
(IÉAS. Quito, 1961)
17. Echeverría Bolívar. Seminario de Esconsulta. Quito, 1983.
18. Gangotena y Jijón Cristóbal. Al margen de la Historia.
Ed. CCE. Quito, 1969. (1924 Im. Nacional)
19. García Juan. El cuento entre los grupos negros del Ecuador.
Quito 1.982. Inédito.
20. Guevara Darío. Tradiciones etiológicas del Ecuador.
Lima Perú. (18p.) 1954. Sep. de Folklore Americano. Lima 1955.
21. Guevara Darío. Tradiciones ecuatorianas. Lecturas populares.
N.6. Quito, 1959.
22. Guevara Darío. Esquema didáctico del folklore ecuatoriano.
Ed. Ecuador, Quito, 1951.
23. Guevara Darío. Un mundo mágico y mítico en la mitad del mundo.
Imp. Municipal. Quito, 1972.
24. Guevara Darío. Exégesis de Topónimos indígenas ecuatorianos.
Ecuatoriana. Quito. 1975.
25. Guevara Darío. Expresión ritual de comidas y bebidas ecuatorianas.
Universitaria, Quito, 1960.

26. Hesse Hermán. Leyendas medievales. Bruguera. Barcelona J981.
27. Hidalgo José Nicolás. Diez Tradiciones Ibarreñas. Imp. Municipal. Ibarra. 1960.
28. Iñiguez Vintimilla Juan. El Solitario, Tradición indígena. Imp. Literaria, Cuenca, SF.
29. Jara Fausto, Moya Ruth. TARUCA. Ed. Instituto Geográfico Militar, 1982.
30. Kricfembery Walter. Mitos y Leyendas de los Aztecas, Incas, Mayas y Mishcas. Ed. Olimpia. México, 1975.
31. Lévi-Strauss Claude. Antropología Estructural. EUDEBA. Buenos Aires, 1968.
32. Lévi-Strauss Claude. Mitológicas. Fondo de Cultura Económica. México, 1968.
33. Lévi-Strauss Claude. Tristes Trópicos. EUDEBA 2da. Ed. Buenos Aires, 1973.
34. Lloret Bastidas Antonio. Cuencanerías. Imp. Taller. Municipales. Cuenca, 1978.
35. Martínez de la Vega Luis Alfonso. Tradiciones Imbabureñas. Imp. Proaño e hijos. Ibarra, 1978.
36. Mera Alejandro. Leyenda Histórica del Carchi. Edt. Ecuador.
37. Mera Juan León. Los Inocentes en Ambato. Imp. Salvador R. Porras. Atocha 19861.
38. Merizalde Neftalí. Tradiciones quiteñas. Imp. Rodolfo Défaz. Quito, 1935.
39. Mogrovejo Teresa, Lombeida Aída, Pérez Lourdes. Interpretación dinámica del cuento popular. Tesis de Licenciatura. P.U.C.E. Quito 1980. Inédito.
40. Mogrovejo Teresa, Lombeida Aída, Pérez Lourdes. Colección de cuentos populares, (inédito). 1980.
41. Muñoz Cueva Manuel M. Cuentos Morlacos. Libros para el pueblo. C.C.E. Azuay. 1977.
42. Murgueto Reinaldo. Yachay-huasi. Leyendas, relatos, fábulas, topónimos vocabularios aborígenes. Ed. CCE. Quito, 1966. 4ta. edición.
43. Noboa Guillermo. Tradiciones quiteñas. Páginas de la quiteñidad. Ed. "Voluntad". Quito, 1963.
44. Pacheco Ochoa David. A. Leyendas, tradiciones y relatos lojanos. (II parte). Imp. Graba. Guayaquil. 1979.
45. Pellizaro Siró. Mitos, leyendas, historias de la nación Shuar. Quito, 1961.
46. Pérez de Oleas Zambrano Laura. Historias, Leyendas y tradiciones ecuatorianas. Ed. CCE. Quito 1962. 2 tomos.
47. Pino Roca Gabriel. Tradiciones Guayaquilenas. Imp. "El Telégrafo". Guayaquil, 1907.
48. Propp Wladimir. Morfología del cuento Folklórico. Ed. Fundamentos. Madrid. 1974.
49. Propp Wladimir. Las raíces históricas del cuento. Ed. Fundamentos, Madrid. 1974.
50. Roca G.P. Leyendas y Tradiciones . Páginas de la Historia de Guayaquil. S.P.I.
51. Romero y Cordero Remigio. El Libro de Riobamba. Imp. Municipal. Riobamba, 1968.

52. Romero León Remigio. Leyendas olvidadas. S P I. Cuenca, 1915.
53. Romero León Remigio. Folklore Marial de Cuenca. La Virgen de los Laureles. Sp. Cuenca, 1940.
54. Romero León Remigio. Curiqinga. Leyenda Indiana. S.P.I. 1915.
55. Rumazo José. La Leyenda del cacique dorado. Tomado de EDTTEPIA. Barcelona. 55. p. 24 a 28.
56. Sánchez Contreras Jorge. Paliques de ayer. Relatos Folkóricos. Ed. CCE. Guayas. Guayaquil. 1975.
57. Santos Ortiz de Villalva. Sacha-Pacha. El mundo de la selva. Imp. Don Bosco, Quito. 1976. CICAME.
58. Sánchez Quintillano. El Padre Almeida. Juventud. S.P.I.
59. Sánchez Quintillano. El Padre Almeida. S.P.I. SL. 1929.
60. Sánchez Quintillano. El Padre Almeida. Introducción.
61. Sevilla Carlos Bolívar. Lecturas amenas, leyendas. Ambato. Ecuador. 1948.
62. Silva Francisco. Estampas humorísticas. Ed. Minerva. Ambato. 1965.
63. Sheppard. J. M. Tales of Colonial South América.
64. Scheller ULF. El mundo de los Salasacas. Cromos. Cía. Guayaquil. 1972.
65. Tinajero Martínez de Alien Eugenia. 'Leyendas indígenas. Imp. Educación. Ambato. 1954.
66. Trujillo Jorge. Los oscuros designios de Dios y el Imperio. CIESE. Quito. 1981.
67. Trujillo Jorge. Recopilación personal de mitos del Oriente. Inédito.
68. Ubidia Abdón. El cuento popular. IADAP. Quito, 1977.
69. Ubidia Abdón. Recopilación personal. 1982.
70. Varios. Tradiciones ecuatorianas. Lecturas populares. N.6. Quito. 1959.
71. Walcha: Cuadernos de Cultura Popular. N° 1 CEDIS. Quito, 1979.

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

72. Barrett S. Los Indios Cayapas del Ecuador. N. York. 1906.
73. Karákras Ampam. Extrait Des Cahiers du monde Hispanique et Luso-brasilien. Caravell N. 34. 1906.
74. Pellizaro Siró. Leyendas Shuaras. Ed. Don Bosco. Cuenca, sf.